JÉSSICA MACEDO



Grupo Editorial Portal

El HEREDERO de la Mafia

HEREDEROS DE LA MAFIA
LIBRO X

JÉSSICA MACEDO

El HEREDERO de la Mafia

HEREDEROS DE LA MAFIA
LIBRO X

Grupo Editorial Portal


MERY RIBEIR

Copyright ©2022 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada y contraportada

Jéssica Macedo

Consulte

Sonia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo 2
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve

Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Capítulo cincuenta y ocho
Capítulo cincuenta y nueve
Capítulo sesenta
Capítulo sesenta y uno
Capítulo sesenta y dos
Capítulo sesenta y tres
Epílogo

Sobre el autor
Leer También
Red social (del editor)

Sinopsis

Dante Bellucci se convirtió en el jefe de la mafia italiana. Desde niño, sabía que cuando ese momento llegara, él sería el hombre más poderoso de Italia, capaz de decidir quién viviría y quién moriría. Sin embargo, eso no lo libraba de desafíos, y lidiar con una mujer se convirtió en el mayor de ellos.

Liziane Sanchez era la única hija del jefe de la mafia española. Tras la muerte de su padre, luchó para obtener el puesto que le correspondía por derecho, aunque la dificultad de ganarse el respeto de los hombres era enorme. Decidida a imponer las reglas en su país, se convirtió en un dolor de cabeza para los Bellucci cuando interrumpió el paso de su contrabando a través de su territorio.

Dante tenía que resolver ese enorme problema que estaba interfiriendo en sus negocios, pero Liziane no estaba dispuesta a ceder ante las imposiciones del italiano. Enemigos declarados, con un choque de egos y una lucha constante por el poder, fracasaron en la difícil tarea de resistir el deseo que ardía entre ellos.

Sin embargo, lo que Dante jamás imaginó fue que tendría un hijo que la española le había ocultado.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamiento inapropiado de los personajes.

En este libro no se expresan las opiniones políticas ni religiosas de la autora.

La autora ni apoya ni está de acuerdo con el dudoso comportamiento de los personajes.

Esta es una obra de ficción y no retrata la realidad de la mafia italiana o rusa.

A pesar de la mafia de fondo, no se trata de una novela negra, así que si esperas escenas de abusos sexuales, este libro no estará a la altura de tus expectativas.

A mi querida lectora Liziane ♡

Son parejas diferentes, pero te recomiendo que lo leas primero

La virgen que yo deseo (Herederos de la mafia Libro 1)



enlace => https://amzn.to/3EGacFD

Sinopsis:

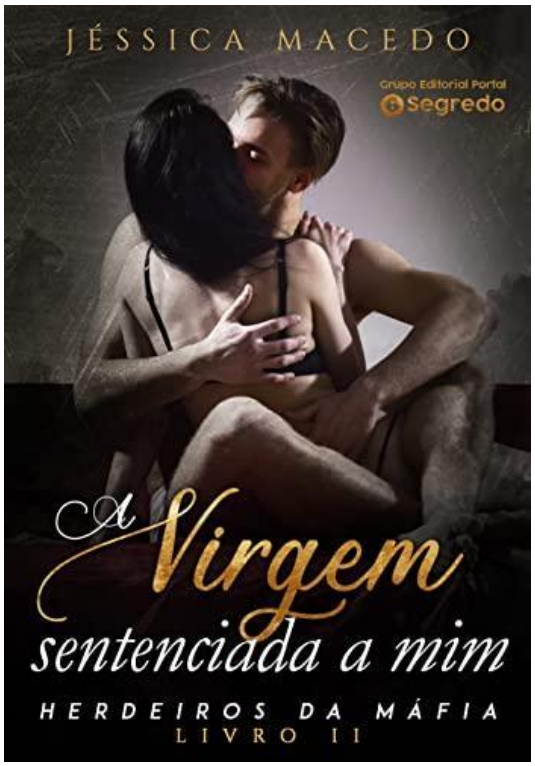
Tras convertirse en el jefe de la mafia rusa, Mikhail Orlov aprendió que, para conseguir lo que quería, tenía que mancharse las manos de sangre. Como capo, quiere tener todo lo que desea,

incluida una mujer prohibida que vio en una misión hace cuatro años, y no puede quitársela de la cabeza.

Pietra es la hija de Marco Bellucci y la princesa de los italianos. Creció en una burbuja para protegerse de los enemigos de su padre y aprendió que no hay nada más importante que la familia. Sin embargo, una visión del pasado está a punto de regresar y situarla en una delgada línea entre el deseo y la razón.

Ella conoce las reglas. Su padre es quien elegirá a su marido y ella debe permanecer casta, pero el corazón nos hace cometer locuras. Rusos e italianos son enemigos. Este romance está condenado a la tragedia. A Mikhail no le importan los demás y hará lo que sea para conseguir lo que quiere.

La virgen condenada a mí (Herederos de la mafia Libro 2)



enlace => https://amzn.to/31tDVnp

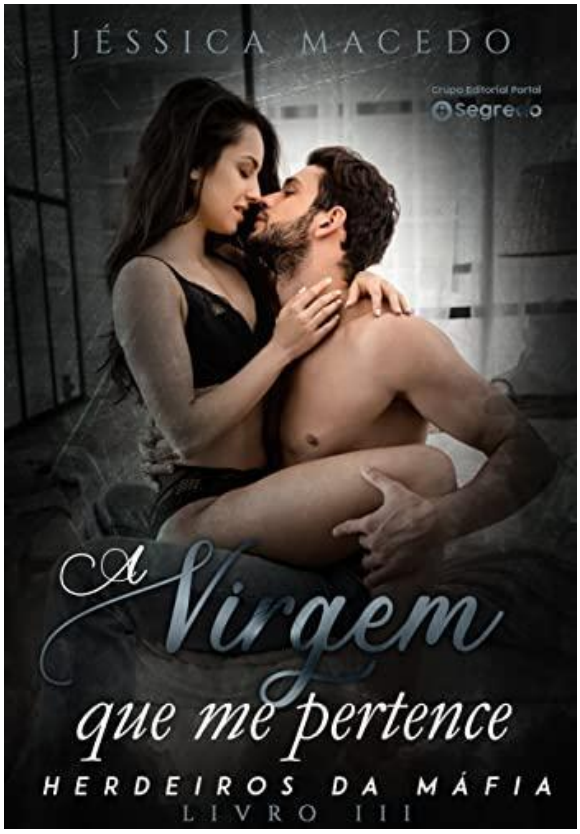
Sinopsis:

Steven Lansky es el capo de Nueva York, jefe de la mafia italiana en Estados Unidos. Asumió el legado de su padre y descubrió que ser fiel a la mafia exige sacrificios mayores que matar o morir. Aceptó una unión de conveniencia con la princesa de los italianos, un matrimonio que fortalecería a su familia. Sin embargo, la novia eligió a otra persona, lo que hirió su ego e hizo que se enfadara con la familia Bellucci.

Manuela es hija de Theo Bellucci, consigliere de la mafia italiana. Una vez creyó que no se vería arrastrada a un matrimonio concertado, pero cuando su primo se casó con el jefe de la mafia rusa, a ella le tocó mantener la alianza con los estadounidenses.

Steven y Manuela no querían casarse, pero se vieron obligados a unirse por el bien de sus familias. Una pareja de perros y gatos que se odian. En su vida matrimonial han demostrado ser enemigos declarados, pero están condenados a encontrar la manera de amarse o acabarán destruyéndose mutuamente.

La virgen que me pertenece (Herederos de la mafia Libro 3)



enlace => https://amzn.to/3plwdEv

Sinopsis:

Luca Mancini es el capo de Palermo, cabeza de Sicilia, cuna de la mafia italiana. De joven, su vida estuvo marcada por el asesinato de su padre y aprendió muy pronto que la mafia exige sacrificios. Para mantenerse en el poder y controlar una disputa con Roma, aceptó un matrimonio concertado que sellaría el acuerdo y traería la paz.

Perla es la hija de Marco Bellucci, el jefe de la mafia italiana, y siempre supo que en algún momento su padre elegiría un marido para ella. Solo que no previó que el desafío podría ser aún mayor de

lo que imaginaba. Creció entre monstruos, pero no estaba preparada para uno aún más aterrador.

Se derramó mucha sangre entre sicilianos y romanos en la lucha por el poder en Italia y la unión de la pareja no fue bien recibida por todos. Luca tuvo que estar dispuesto a enfrentarse a la alianza y proteger a Perla a cualquier precio, sobre todo cuando había un bebé en camino.

Subastado al mafioso (Herederos de la mafia Libro 4)



enlace => https://amzn.to/3Mi2s0V

Sinopsis:

Thiago Bellucci es el vástago de la familia más poderosa de Italia y desde muy joven aprendió a derramar sangre. Se convirtió en un sicario de la mafia, cruel, despiadado y temido por sus enemigos. No había razón para que un hombre como él se involucrara con ninguna mujer. Sin obligación de tener herederos, todas eran meros pasatiempos.

Juliana Kouris era una chica sencilla nacida en una isla pesquera. Con una vida tranquila, nunca imaginó que su camino se cruzaría con el de un mafioso. No conocía este peligroso mundo, pero una decisión equivocada de su padre la llevó a ser secuestrada y a descubrir el lado más cruel del ser humano.

Thiago tenía una misión: entrar, matar a los que habían desafiado a su familia y salir desapercibido, pero se encontró en un antro de pecado donde las mujeres se vendían al mejor postor. No es un alma buena y no estaba allí para hacer nada caritativo. Cuando su camino se cruzó con el de la joven inocente, ella no era más que una herramienta para sus planes, pero sería el principio de su caos personal.

Bajo la protección del mafioso (Herederos de la mafia Libro 5)



enlace => https://amzn.to/3yHtnNM

Sinopsis:

Ettore Bellucci es la mente más brillante de la temida mafia italiana. Nació en el seno de la familia que lidera la organización y desde muy joven aprendió a ocuparse de los negocios, convirtiéndolos en su principal objetivo, por el que estaba dispuesto a matar y morir.

Nedja Al-Kudsi era una joven ingenua que vio cómo su mundo se desmoronaba cuando asesinaron a su padre. Todo lo que amaba

y la poca libertad que tenía le fueron arrebatados cruelmente y evitó por los pelos perder su propia vida, pero seguir escapando de los monstruos que querían matarla sería un reto que no podría cumplir sola.

Ettore tenía un objetivo: comprar tecnología en Oriente Próximo y volver a casa. Era obvio que no debía hacerse notar ni involucrarse en ningún conflicto local, pero cuando la chica fue atacada delante de él su instinto fue protegerla. Era un hombre inteligente, sabía que tenía que salir de aquel lío cuanto antes, pero Nedja le necesitaba y la única forma de sacarla de allí sana y salva era casarse con ella.

El falso matrimonio era solo el principio de una misión mucho más difícil.

La virgen de la que me quedé embarazada (Herederos de la mafia Libro 6)



enlace => https://amzn.to/3yHtnNM

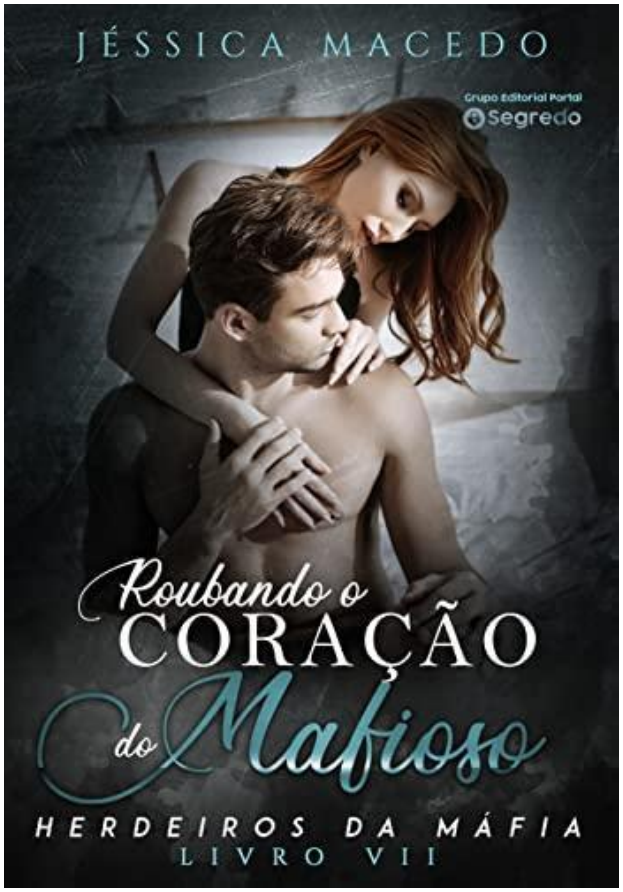
Sinopsis:

Sebastian Dauphin alcanzó la cima de su carrera cuando se convirtió en director de crimen organizado de Interpol, y para alguien en su posición solo importaba una gran detención. Llevaba años tras la pista de una de las mayores familias mafiosas del mundo y lo había convertido en su objetivo final.

Nina Bellucci tuvo el lujo de llevar una vida menos regimentada que otras mujeres nacidas en la mafia. Su padre le permitió estudiar y trabajar en la empresa con sus hermanos y otros socios, pero la vida de la inocente joven cambió cuando un irresistible profesor se cruzó en su camino.

Sebastian solo quería utilizarla como elemento enmascarador de sus planes y conseguir por fin las pruebas para detener a los hombres que había estado persiguiendo. Sin embargo, el corazón es un arma traicionera y los deseos del cuerpo pueden ser irrefrenables. Se suponía que iba a ser una tarea fácil involucrarse con una ingenua virgen, pero un embarazo accidental podría cambiarlo todo.

Robar el corazón del mafioso (Herederos de la mafia Libro 7)



enlace => https://amzn.to/3FbFJ4n

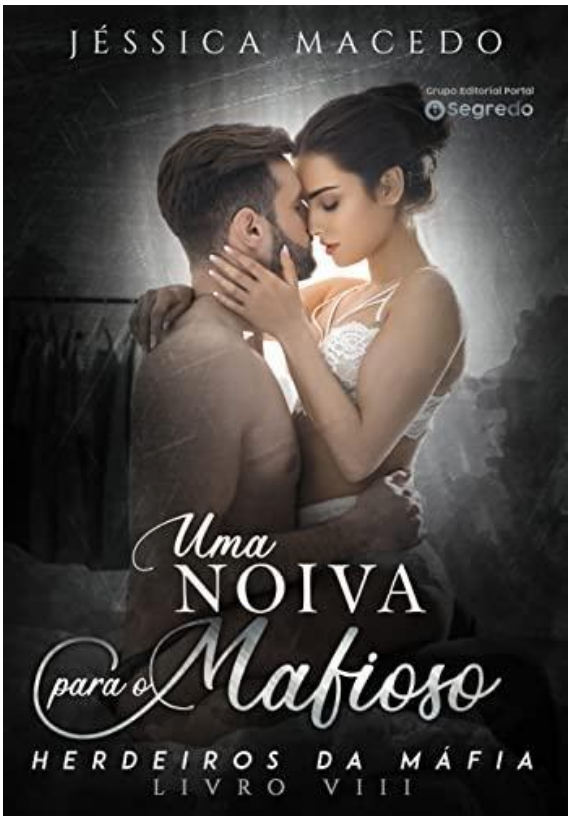
Sinopsis:

Nicolae Bellucci es el contable de la mafia italiana. Brillante y estratégico, trabaja cuidando el activo más poderoso de su familia: el dinero. Metódico, fue adoctrinado desde pequeño para seguir su propósito y no pensar en nada más que en su trabajo.

Ilza Smith creció en la calle y tuvo que aprender desde muy pequeña a ser una superviviente. Huyendo de monstruos, no esperaba cruzarse en el camino de uno de los hombres más poderosos de Italia y robarle una baza precisa que le haría darle caza.

Obligada a cumplir una misión imposible, la ingenua joven tendrá que acercarse al mafioso y descubrirá lo mucho que necesita su protección.

Una novia para el mafioso (Herederos de la mafia Libro 8)



enlace => https://amzn.to/3Im79qL

Sinopsis:

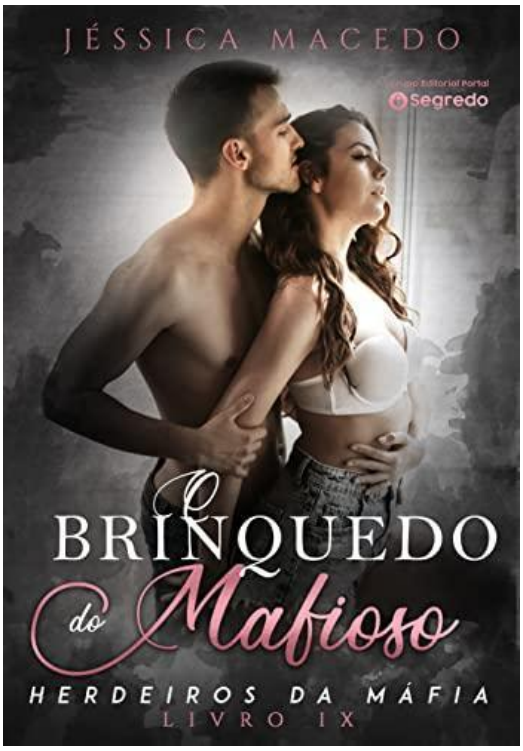
Lorenzo Bellucci fue preparado desde niño para ocupar uno de los puestos más poderosos de la mafia italiana. Tenía que ser la mente detrás de ese imperio, el consigliere, y finalmente asumió ese papel. Estaba demasiado ocupado con sus obligaciones y la transición, sin intención de involucrarse con ninguna mujer.

Patricia Marchesini es una princesa de la mafia que fue educada para ser la esposa perfecta. Su familia solo esperaba una

cosa de ella: ser seleccionada como esposa del próximo jefe de la mafia, lo que aportaría más reconocimiento y prestigio a su apellido.

Lorenzo no estaba allí para elegir esposa, ese era el objetivo de su primo, pero cuando Patricia se cruzó en su camino, quiso jugar con ella, convertirla en uno de sus caprichos. Sin embargo, no puede jugar con la doncella de otra familia poderosa sin quemarse. Para evitar un conflicto, tendrá que asumir la responsabilidad de un matrimonio que no deseaba.

El juguete del mafioso (Herederos de la mafia, Libro 9)



enlace => https://amzn.to/3zoBT59

Sinopsis:

Giovane Bellucci aprendió desde pequeño que podía tener lo que quisiera. Como un príncipe de la mafia, conoce las reglas del juego. Experto en tecnología, se ocupa de los negocios familiares y es el hacker de la mafia.

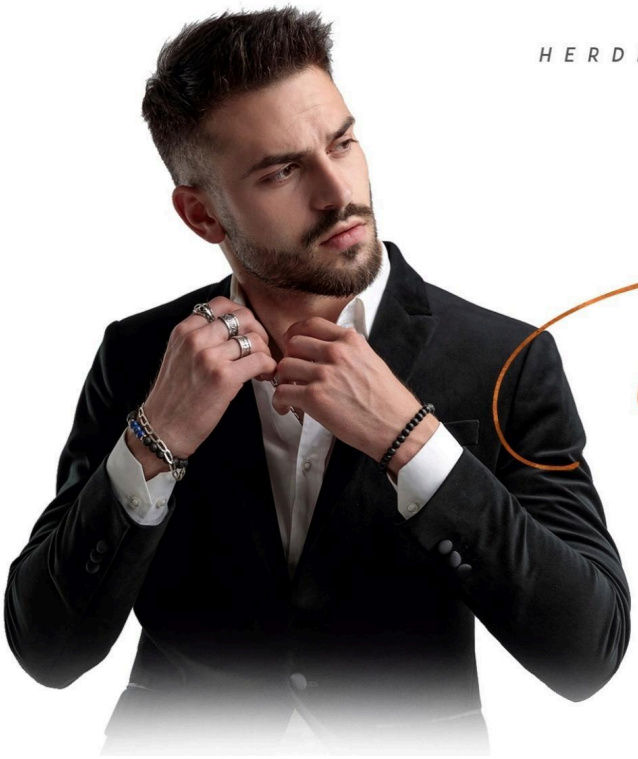
Gabriela da Silva es extranjera en Italia. Trabajó en una gran empresa tecnológica tras licenciarse en la universidad en Roma. Lo único que deseaba era construirse una vida en el país que la apasionaba.

Ya había oído rumores sobre la familia Bellucci, pero no tenía ni idea de lo arriesgado que era estar cerca de ellos hasta que llamó la atención de su jefe.

Convertirse en el juguete de un mafioso podría ser solo el principio de una vida muy peligrosa para la que no estaba preparada.



HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Prólogo

Hace cuatro años...

Aquel año el verano estaba en pleno apogeo, lo que hizo que el aire acondicionado del coche mereciera la pena mientras subíamos por la carretera hacia la cima de la montaña y el sol parecía aún más intenso.

En lo alto de la montaña había una cabaña de madera con un pequeño balcón. Había sido acondicionada como lugar de reunión de la jefa de la mafia española. Dados nuestros recientes conflictos, esperaba llegar a un posible acuerdo.

Esa desgraciada hacía todo lo posible por entorpecer mis negocios, dificultándome el paso de mis mercancías por el Estrecho de Gibraltar.

Bajé del coche frente a la cabaña, ajustándome las gafas de sol. Hacía calor bajo la chaqueta y me la ajusté.

Lorenzo me siguió, pero le hice un gesto para que se detuviera.

—Es solo una mujer, no necesito escolta. —Revisé a sus hombres parados afuera.

—¿Seguro?

—Por supuesto. —Suelto una pequeña carcajada.

Subí los escalones de madera mientras me quitaba las gafas de sol y las guardaba en el bolsillo de la chaqueta.

La casa estaba en silencio, pero el suelo crujía mientras recorría el interior hasta que encontré a la perra sentada en una de las sillas de madera de la pequeña mesa con capacidad para cuatro comensales.

La acompañaba un secuaz que se alejó de mí cuando ella le ordenó que se marchara con un movimiento de cabeza.

La miré fijamente y sus ojos marrones me devolvieron la mirada. Era demasiado joven para darme semejante dolor de cabeza. Por lo que yo sabía, era exactamente una década más joven que yo, pero aquellos llamativos ojos marrones y aquellos provocativos labios rojos eran demasiado para una mujer que apenas tenía veintiún años.

Mi relación con su padre solía ser mejor. Laurentino Sánchez era un buen jefe de la mafia y mantenía una política exterior relativamente pacífica con nosotros, pero cuando murió hace dos años, dejando solo una hija, Liziane, la chica que debería haber tenido el sentido común de dejar que otro hombre llevara el negocio, decidió tomar el control de todo y se convirtió en una de mis mayores pesadillas.

Acerqué la silla pero no me senté, manteniendo mis ojos fijos en los suyos.

—¿Tienes miedo a caerte, italiano?

—No tengo miedo de nada, español.

—Siempre hay algo que los hombres temen, incluso los más valientes.

—Desde luego, no eres tú.

—Parece que estamos de acuerdo en algo.

—Solo necesito que dejes de entrometerte en mis asuntos.

Echó hacia delante sus torneadas piernas, moviendo la falda de su vestido rojo y se agachó, como una serpiente a punto de atacar.

—¿Y si no quiero?

—Princesita mimada, esto no es un jueguito donde puedes divertirte sin consecuencias.

—Te equivocas, Dante Bellucci, no soy una princesa jugando a las muñecas, soy la reina, y en España, yo pongo las reglas.

Apoyé las manos en la mesa, inclinándome hacia ella, pero Liziane no retrocedió.

—Lamentarás interponerte en mi camino.

Soltó una carcajada que me enfureció aún más.

—Eso es lo que veremos.

—Te arrepentirás de haber provocado al hombre equivocado.

—Te equivocas si crees que te tengo miedo. —Esa mirada me volvió loco y quise estrangularla con mis propias manos.

—No me tomes el pelo.

—¿O qué?

Saqué mi pistola de la funda y le apunté a la cabeza. Pensé que eso la haría estremecerse, pero Liziane ni siquiera se inmutó. No había ni un atisbo de miedo en sus ojos mientras se movía con la agilidad de un gato y golpeaba mi muñeca. Mi pistola se disparó, golpeó la pared detrás de ella y perdí el control de mi mano por un instante, el tiempo suficiente para que ella desenfundara su propio revólver y apuntara en mi dirección.

—Deberías dejar estos asuntos a los adultos.

—Los hombres siempre se preocupan de masajear su propio ego, pero en el fondo son unos incompetentes.

—Será mejor que te retires.

—Tendrás que encontrar otra forma de traer tus drogas.

—Ten cuidado de no arrepentirte.

—Yo no soy el que está en una posición vulnerable aquí.

Había sido un error por mi parte creer que podría resolver la situación pacíficamente. Aquella lunática no estaba dispuesta a

cooperar, pero yo iba a demostrarle quién ponía las reglas y por qué la mafia italiana era conocida como la más poderosa del mundo.

Moví mi cuerpo hacia un lado, inclinando el torso para desarmarla y agarré su muñeca, apretándola hasta obligarla a soltar el arma, no sin antes disparar contra el techo de madera, haciendo que algunas partículas cayeran sobre nosotros.

Ya me había dado cuenta de que no iba a rendirse tan fácilmente, pero no pude evitar que sus altos tacones se hundieran en mi pecho y me empujaran hacia atrás, haciéndome tambalear, cayendo sobre la silla, que se rompió bajo mi peso.

Liziane vino hacia mí, pero rodé hacia un lado, escapando antes de que me golpeara de nuevo con su zapato.

Conseguí ponerme en pie de un rápido salto y la agarré por la cintura, lanzándola contra la mesa, y patinó por el suelo de madera hasta chocar contra uno de los muebles de la cocina. Fui por ella, pero antes de que pudiera golpearla, la maldita española agarró una botella de cristal del armario y me la estampó contra la sien, mareándome unos instantes mientras olía a sangre.

La agarré por el cuello y la tiré contra el mueble de madera, rompiendo el cristal de las puertas y haciendo que aquella zorra gimiera de dolor. Sin embargo, mi golpe no fue suficiente para borrar la sonrisa de sus labios.

Sus uñas me arañaron la cara, haciendo que me ardiera la piel, pero no la solté, golpeándola de nuevo contra el mueble y arrojando aún más fragmentos de cristal.

—¿Quién pone las reglas ahora, puta de mierda?

—Sigues sin ser tú. —Me golpeó en la cabeza con otra botella, obligándome a soltarla, y Liziane se retorció hacia un lado, escapando de mi agarre.

Esa zorra me estaba volviendo loco y me estaba robando completamente el control. Era como si disfrutara burlándose de mí,

pero yo iba a demostrarle que se estaba cruzando en el camino del hombre equivocado.

La agarré de la muñeca, haciéndola girar y golpearse la espalda contra la pared, lo que le arrancó un rugido. Sus uñas pintadas de rojo se acercaron a mí, pero antes de que pudiera arañarme de nuevo, la agarré de la muñeca y la inmovilicé.

—No eres tan bueno como crees, Bellucci. —Levantó la cabeza y me miró, sin dejar de burlarse de mí, aunque tenía la cara sudorosa y mostraba signos de dolor.

—Te demostraré que te hubiera sido mejor estar jugando con muñecas que entrometiéndote en los asuntos de hombres adultos.

Liziane inclinó la cabeza hacia mí, intentando morderme, pero la agarré del cuello y volví a apretarle la garganta.

Abrió la boca, pero no pudo pronunciar palabra. Le solté la muñeca y sus uñas se dirigieron a mi cuello.

Con la mano libre, le subí la falda y ella clavó aún más sus uñas en mí.

Sus ojos no hacían más que avivar la furia que ardía como un fuego incontrolable en su interior.

Liziane llevaba una tanga fina de encaje que arranqué como un trozo de papel.

—No sirves para este mundo.

—Te equivocas. —No importaba lo que hiciera, ella no se echaba atrás, lo que me enfurecía aún más.

—El precio es demasiado alto.

—Estoy dispuesto a pagarlo.

—Eso lo veremos. —Le quité la mano del cuello y la giré por la cintura, colocándola de cara a la pared.

Separé su culo perfectamente redondo antes de agarrarlo. Liziane volvió a rugir como una fiera cuando me bajé la cremallera del pantalón y me saqué la verga del calzoncillo, hundiéndola en aquella minúscula vulva sin demora, sorprendiéndome a mí mismo de lo apretada y caliente que estaba.

—Este es el único negocio que hago con mujeres como tú.

—Por eso eres tan estúpido que tendrás que encontrar otra forma de transportar tus drogas. —Incluso sometida, con mi verga empujando dentro de ella, Liziane no perdió su aplomo.

La agarré del pelo, tirando de ella hacia atrás, y le mordí el cuello, empujando con más fuerza. Quería oírla gritar mientras le metía la verga, pero no emitió ningún sonido. Mantuvo su postura mientras yo ya no podía controlarme.

La chica estaba muy buena. Su cuerpo joven, su canal extremadamente apretado y su olor a flores me volvían loco.

La apreté contra la pared, empujando profundamente hasta que no pude controlarme más, eyaculando en ella hasta la última gota.

Todavía estaba jadeando cuando me apartó, bajándose el vestido y mirándome con la misma postura, sin demostrar ni por un momento que yo había ganado.

Vi la sangre en mi verga antes de volver a metérmela en los calzoncillos. No debería sorprenderme que una mujer joven y soltera como ella no hubiera estado antes con otro hombre, pero por alguna razón no me había imaginado que fuera virgen. Liziane no se comportaba como tal y, de todos modos, después de aquel momento ya no lo era.

—Tu masculinidad no me asusta. —Me empujó en el pecho y me hizo retroceder unos pasos—. Vas a necesitar mucho más que eso para hacerme cambiar de opinión.

Se marchó, dando por zanjado el asunto y dejando claro que no estaba dispuesta a llegar a un acuerdo.

Volví a donde Lorenzo esperaba con nuestros hombres y me di cuenta de que los españoles ya se habían marchado.

—Parece que las cosas se calentaron ahí dentro. —Se rió, y noté desde un lado del coche lo magullada que yo tenía la cara.

—¿No habías pensado en entrar?

—Me aseguraste que era solo una mujer, que podías arreglártelas solo. Pensé que no querrías que interfiera.

—Quizá resultó ser un problema mayor de lo que esperaba —refunfuñé, abriendo la puerta del coche—. Vámonos de aquí.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo uno

Hoy en día...

—Habrá una licitación para la renovación de carreteras en Barcelona. El proceso comenzará dentro de dos semanas —dijo Julián, haciendo que dejara a un lado unos papeles para prestarle atención.

—Ya sabes a quiénes hay que sobornar.

—Sí.

—El concejal encargado del proyecto ya está al tanto de nuestro interés en usar una de las empresas fachada para ejecutar la obra, pero quiere el diez por ciento del monto que la alcaldía pagará, a cambio de asegurarse de que seamos seleccionados.

—¿Diez por ciento?

—A mí también me pareció una barbaridad.

—Dile que se volvió loco. Le daremos tres.

—Voy a negociar.

—Haz algo mejor. Recuérdale quién manda realmente en este país.

—Sí, jefa.

—¡Mamá! —Me giré al ver a mi pequeño corriendo hacia mí después de entrar por las puertas abiertas de la oficina.

Tomé a Javier y lo senté sobre mis piernas, mientras los otros hombres en la sala no perdían detalle de mi hijo.

El niño, con apenas tres años, era lo más importante de mi vida y lo amaba con todo mi corazón, a pesar de las circunstancias en las que quedé embarazada. Aún era una mujer soltera, y nadie sabía quién era el padre de Javier, ni siquiera mis consejeros más

cercanos o los aliados con los que compartía el control de la mafia española.

Después de un tiempo y muchas preguntas sin respuesta, dejaron de preocuparse por la identidad del hombre detrás de la concepción del niño. Lo único que realmente importaba era que la mafia tendría un heredero, un varón, para mantener vivo el apellido Sánchez.

Tras su nacimiento, me resultó más fácil consolidarme como líder, porque sabían que arrodillarse ante una mujer era solo una medida temporal. Javier iba a crecer, llevaba la sangre de mi familia y ocuparía su lugar como jefe en el futuro.

Cuando mi padre murió, muchos pensaron que otra familia tomaría el control de España, sobre todo porque yo era su única hija, una mujer joven, con apenas un poco más de dieciocho años. Pero se llevaron una sorpresa cuando vieron que no estaba dispuesta a ceder mi corona a nadie, aunque para ello tuviera que derramar mucha sangre.

Quienes intentaron desafiarme terminaron muertos, y yo acumulé muchos cuerpos hasta dejar claro que nadie me quitaría mi trono.

En algún momento, mi hijo tomaría las riendas, como dictaba la tradición, pero Javier aún era solo un niño, y faltaría mucho para que llegara ese momento.

—Disculpe, señora —dijo Madalena, la niñera, apareciendo en la puerta jadeando y con el rostro lleno de temor y nerviosismo—. El niño se me adelantó corriendo y no pude evitar que llegara hasta aquí.

—Ten más cuidado la próxima vez.

—Sí, señora.

—Ve con Madalena —dije, dejando a mi hijo en el suelo. Él me miró unos segundos antes de correr hacia la niñera.

—Cada día está más grande —comentó Julián.

—Los niños crecen rápido —murmuré.

—Tienes razón. Será un excelente jefe.

—Aún es muy pronto para pensar en eso. —Me incliné hacia adelante y lo miré con el ceño fruncido—. ¿Dónde habíamos quedado?

—En la licitación.

—Bien, ya sabes exactamente qué hacer.

—Sí.

Si no hubiera sido la jefa, si no me hubiera establecido como su líder y logrado que me obedecieran y respetaran, probablemente el hecho de ser madre soltera habría sido visto como una vergüenza. Mi honor habría quedado manchado, y ningún hombre dentro de la mafia habría aceptado casarse conmigo y criar al hijo de otro. No es que el matrimonio estuviera en mis planes; nunca lo estuvo.

Aún existía una gran posibilidad de que quisieran que mi esposo asumiera el control de la mafia, y durante mucho tiempo intentaron convencerme de aceptar a un hombre que me dirigiera, pero yo no era ninguna ingenua.

La mayoría de mis hombres creía que Javier era hijo de algún soldado, o el fruto de un amante que yo mantenía en secreto. Después de todo, no solo los hombres tienen necesidades. Nunca confirmé ni desmentí ninguna de esas teorías, sobre todo porque no importaba quién era el padre. Javier tenía mi sangre y era el heredero de la mafia española.

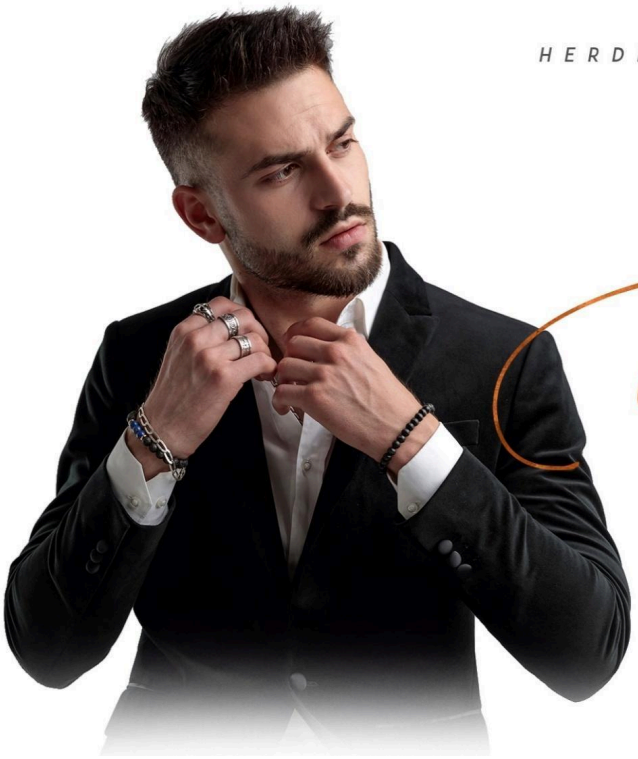
¿El padre…?

Era un secreto que pensaba llevarme a la tumba.

Ese maldito italiano me había metido la verga como si yo fuera una de sus putas, creyendo que con eso me asustaría y

retrocedería, pero no fue así, y no consiguió lo que quería. La mafia italiana podía tener poder en el mundo, pero no en España.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo 2

—Esos informes todavía están muy lejos de lo que yo espero, Nicolae. Se suponía que debíamos estar progresando, no retrocediendo.

—Los costos aumentaron mucho desde que el Estrecho de Gibraltar dejó de ser una opción para el transporte de drogas y contrabando desde América. El transporte terrestre por África incrementó nuestra tasa de sobornos y los gastos de desplazamiento.

—Los aviones...

—Lo intentamos de vez en cuando, pero la vigilancia del espacio aéreo suele ser mucho más estricta. Involucrar a la fuerza aérea termina elevando aún más los costos. La mejor forma de reducir los sobornos sigue siendo por mar. Para eso, hay que resolver el asunto con España.

—Desde que esa mujer asumió, hemos tenido muchos problemas —comentó Lorenzo, sentado a mi lado.

—Esa desgraciada disfruta hacerme perder la paciencia.

—Quizás exista algo que puedas ofrecerle y que la haga retroceder —reflexionó Ettore, considerando aquella situación molesta que ya se había prolongado por varios años.

—Solo dame la autorización y voy hasta allá a encargarme de esa puta —Thiago se inclinó hacia adelante, con los ojos brillando y su típica sed de sangre.

—No. —Fue su hermano quien lo detuvo—. Matarla solo garantizaría que España se volviera nuestra enemiga. El hecho de ser mujer obligó a Liziane a probarse diez veces más que cualquier heredero varón. La mayoría de los españoles la venera, y los que no

lo hacen al menos saben que deben respetarla. La mejor salida es llegar a un acuerdo.

—Como si yo no lo hubiera intentado antes —refunfuñé.

—¿Le llevaste flores? —preguntó Nicolae, haciendo que levantara las cejas y lo mirara de reojo—. A las mujeres les gustan las flores.

—Sí, claro… para que ella me clave las espinas en la espalda.

Ettore y Thiago se rieron con mi respuesta, pero eso no suavizó mi expresión.

Liziane se suponía que debía ser solo una mujer, pero era la mayor pesadilla para mis negocios.

Sabía que iniciar una guerra con España era algo demasiado delicado. Más allá de no conocer del todo el poder que ellos tenían, podría costarnos la vida de muchos hombres que yo no estaba dispuesto a perder.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo tres

—Me quité la bata de algodón aterciopelado que cubría mi cuerpo y lo colgué en un gancho en la pared antes de caminar desnuda hacia la bañera, que ya estaba preparada con sales que perfumaban el ambiente con un aroma agradable a flores frescas.

Tomé la botella de espumante del balde con hielo que descansaba sobre una pequeña mesa redonda junto a la bañera, y me serví una copa. Bebí un sorbo, sintiendo cómo las burbujas hacían cosquillas en el paladar mientras tragaba lentamente.

Entré en el agua caliente, hundiendo mi cuerpo y dejando escapar un gemido de satisfacción y relajación. Después de un día agitado, todo lo que necesitaba era un momento para mí, para cuidar de mi cuerpo con un poco de placer femenino.

Bebí un poco más de espumante antes de dejar la copa al lado del balde de hielo.

Metí la mano en una canasta que había en el estante de madera junto a mí, rebusqué hasta encontrar lo que quería y saqué un vibrador. El objeto, de forma cilíndrica y curvado anatómicamente, tenía un apéndice en forma de conejo, con orejitas incluidas.

Lo encendí, lo hundí en el agua y separé las piernas, introduciéndolo dentro de mí y permitiendo que mi cuerpo se relajara con las olas de placer.

—¡Ah! —Dejé que un gemido llenara el cuarto mientras los espasmos se intensificaban.

Temblé al aumentar la velocidad, mientras el apéndice vibraba sobre mi clítoris, y me entregué por completo a la satisfacción. Hasta

que el orgasmo me derrumbó en la bañera, haciendo que me desplomara contra el borde y suspirara de puro alivio.

Me gustaban los juguetes; me daban más placer y no intentaban controlarme como los hombres.

Relajada, bebí el resto de mi espumante y permanecí sumergida hasta que mis dedos comenzaron a arrugarse.

Después del baño, me puse una bata de dormir y caminé por el pasillo de la mansión hasta la habitación de mi pequeño. La niñera estaba con él, y ambos se giraron hacia mí cuando me vieron.

—Estaba intentando dormirlo, señora —comentó Madalena.

—Déjalo, yo me encargo.

—Está bien.

Ella salió del cuarto y yo me acerqué a la cama, acostándome a su lado mientras Javier acomodaba su cabecita en mi regazo.

—¿Mamá?

—Hola, mi príncipe.

Se movió un poco, observándome con esos ojos azules que había heredado de su padre.

—¿Me lees un cuento?

—¿Cuál quieres?

—Peter Pan.

Estiré el brazo y tomé el libro de la repisa que quedaba junto a su cama. Él puso su manito sobre mi pecho y acomodó mejor la cabeza para escucharme.

—"Todos los niños crecen…" —comencé a leer el inicio del libro.

Seguí leyendo durante algunos minutos, hasta que Javier se quedó dormido. Esperé un momento para asegurarme de que no despertara, me incorporé y besé su frente.

—Te amo. —Le di un beso en la coronilla y mi hijo se acomodó, abrazando su almohada.

Apagué la luz y salí del cuarto, cerrando la puerta tras de mí.

Había sido difícil llevar ese embarazo sola al principio, pero no pasaba un solo día en el que no me sintiera feliz al mirarlo.

—Señora.

—¡Miguel! —Sonreí al ver pasar a mi mano derecha por el pasillo.

El hombre, que ya pasaba de los cincuenta, trabajaba para mi familia desde la época de mi padre, y había sido quien se encargó de mi seguridad. En la actualidad, no confiaba en nadie más que en él. Sabía que los otros hombres me respetaban por miedo o conveniencia, pero Miguel estaba a mi lado y defendía mis intereses incluso cuando yo flaqueaba.

—¿Vas a dormir, Lizi?

—Todavía tengo tiempo para una copa. —Le sonreí.

Miguel hizo un gesto para que caminara primero e indicó el camino hacia una pequeña sala en el segundo piso. Me acerqué a una barra donde había varias botellas y serví una dosis de tequila para cada uno.

Tomé uno de los vasos y se lo entregué.

—Lo estás haciendo bien, jovencita.

—Ciertamente no es lo que todos piensan. —Bebí un trago mientras observaba el oscuro horizonte a través de la ventana.

—Lo que no quieren es admitir que una mujer es mejor jefa de la mafia que cualquiera de ellos.

Le sonreí.

—Tu padre estaría orgulloso si siguiera aquí.

—He intentado hacer lo mejor.

—Te esfuerzas más de lo que deberías.

—A veces parece que no es suficiente.

—No habría nada para Javier si tú no fueras su madre. Una guerra civil habría consumido España si no hubieras sido lo bastante valiente para asumir el control en lugar de dejar que tus primos se pelearan por el poder hasta que uno saliera ganador.

—Ninguno era digno. —Reí.

—Tienes toda la razón. —Hizo una pausa, bebió lo que quedaba de su copa y la dejó sobre la barra—. Tal vez haya solo una cosa con la que tu padre no habría estado de acuerdo.

—¿Cuál?

—La hostilidad con los italianos.

Sonreí, echando el cabello hacia atrás.

—Ellos creen que mandan en España, Miguel. Creen que dominan el mundo, pero están equivocados.

—¿Qué ganamos entorpeciendo sus negocios?

—¿Y qué ganamos si no los entorpecemos? —Devolví la pregunta, dejándolo pensativo.

—Tal vez tengas razón.

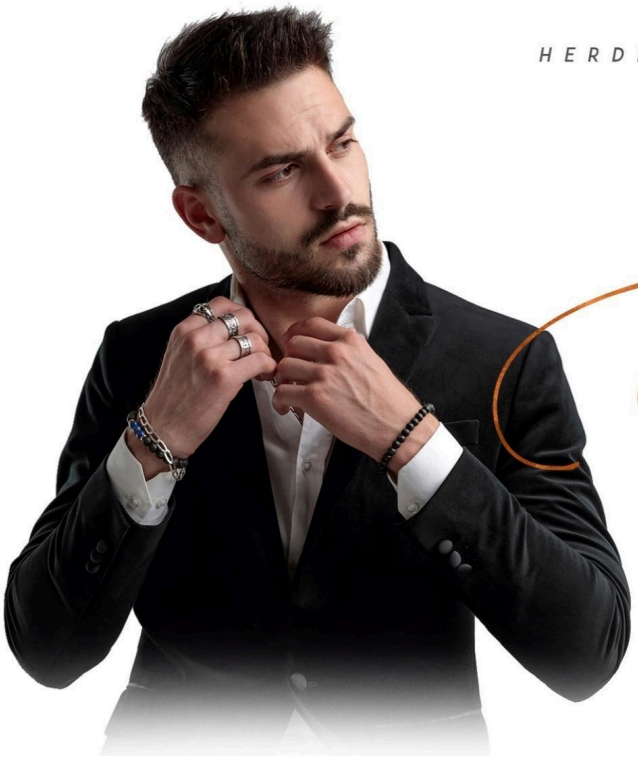
—Que se ocupen de sus asuntos fuera de nuestro territorio.

—Solo espero que esto no se convierta en una guerra.

—Si vienen, estaré preparada.

Los Bellucci no me hicieron cambiar de opinión en el pasado con gruñidos ni amenazas, y eso no iba a cambiar, sin importar cuántos años pasaran.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo cuatro

—Estaba hundido en el sillón, observando el movimiento en la sala de estar mientras la gente se divertía en el cumpleaños de mi madre.

Era una fiesta pequeña, con invitados selectos, pero lo suficientemente numerosa como para llenar la mansión.

Mis hermanas, Pietra y Perla, habían venido acompañadas de sus hijos y maridos. Mi padre me había enseñado desde joven la importancia de mantener los lazos estrechos con ellos, especialmente con mis cuñados y mis sobrinos primogénitos. Los chicos, que en algún momento heredarían el legado de sus padres, llevaban mi sangre y no podían darle la espalda a la familia.

En la mafia, la alianza siempre ha sido todo, y difícilmente eso cambiará.

Hablando de alianzas...

España era una piedra en mi zapato desde que asumí como jefe. Recordar que aún no había logrado restablecer el paso de barcos con mis drogas y demás mercancía por el estrecho de Gibraltar solo servía para hacerme hervir la sangre.

Lo único que quería era matar a esa perra, estrangularla con mis propias manos y hacer que se arrepintiera de haber provocado al hombre equivocado. Sin embargo, la maldita española sabía defenderse mejor de lo que yo quería admitir.

—Dante...

Estaba distraído, con la vista fija en la sala y la mente conectada a otra persona, cuando me tomó por sorpresa su presencia.

Isabela Sforza, mi prometida.

No sabía que la chica y su familia estaban ahí; seguramente mi madre los había invitado con la intención de mantenernos cerca y observar a la joven mientras aún no dábamos el siguiente paso.

Si había algo que no tenía prisa en hacer, era ese matrimonio. Por más que la joven fuera bonita y se esforzara en agradarme, no era más que eso.

La niña -que ya no era tan niña- se paró frente a mí con una sonrisa tímida y los brazos cruzados frente al cuerpo.

—¿Qué pasa? —pregunté con un tono áspero y autoritario.

—Yo... yo pensé que querías hablar.

—¿Sobre qué hablaría contigo?

Ella dio un paso atrás, intimidada por el tono de mi voz.

—Sobre lo que tú quieras...

—¿Por qué no vas a ver si mi madre necesita compañía?

—Pero...

—Está por allá. —Señalé con el vaso que tenía en la mano.

La chica tragó saliva y terminó alejándose.

—Pobrecita, Dante —comentó Pietra al acercarse y poner una mano sobre el brazo del sillón donde yo estaba.

—¿Pobrecita? —Alcé una ceja y miré a mi hermana.

—Es tu prometida, solo quiere un poco de tu atención.

—Tú no eres la mejor persona para darme consejos sobre cómo tratar a un prometido. ¿O ya te olvidaste de que dejaste al tuyo para casarte con otro hombre?

—¿Estás pensando en hacer lo mismo? ¿Por eso la rechazas?

—No estoy pensando en hacer nada. Y todavía falta para este matrimonio.

—Igual tengo la sensación de que elegiste a la más joven de las invitadas a propósito.

—¿Y si así fuera? ¿Cuál es el problema?

—Necesitas herederos.

—Aún soy joven. Acabo de tomar el control de los negocios.

—El tiempo pasa rápido.

—Eso significa que pronto me casaré con ella.

—Y vas a ser feliz cuando tus hijos empiecen a nacer. Pregúntale a Lorenzo o a cualquiera de los demás.

—Estás empezando a sonar como mamá. —Torcí los labios.

—Ella no está equivocada.

—¿No deberías estar pendiente de tu ruso?

—Está bien, conversando con papá. En cambio tú, no tienes la mejor de las caras.

—Solo son los negocios.

—Siempre los negocios.

—Ya deberías saber cómo es esto.

—Créeme, lo sé.

—¡Pietra! —Perla apareció en nuestro campo de visión llamándola—. ¡Ven aquí!

—Sabes dónde encontrarme si quieres hablar. —Mi hermana se alejó como si hubiera algo importante por decir, pero la verdad era que yo prefería quedarme en silencio.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo cinco

—Esto acaba de llegar —dijo uno de mis empleados al entrar en mi oficina, cargando una caja blanca con un lazo rojo.

—¿Qué es? —Estiré el cuello para ver mejor el paquete.

—No lo sé, señora.

—¿Ya verificaron si se trata de una bomba?

—Sí, me informaron que no es un artefacto peligroso.

—Está bien. Puedes irte. —Hice un gesto con la mano para que se alejara antes de deshacer el lazo.

Abrí la caja y encontré bombones y una botella de espumante caro. El regalo venía acompañado de una carta.

Espero que podamos encontrarnos en paz. Tengo términos de un acuerdo para negociar y creo que pueden interesarte.

Elegí Grecia como un ambiente neutral.

A continuación, van las coordenadas de una isla privada.

Te espero en dos días.

Cordialmente,

Dante Bellucci

Tuve que contener la risa al terminar la lectura. Parecía tan ridículo que llegaba a ser patético.

Podía apostar que Dante no había escrito esa nota. Él no era cordial, y menos conmigo, después de años de enfrentamientos sin

sentido para los cuales yo no veía razón de poner fin.

Él podía decir lo que quisiera, pero yo no iba a retroceder. Aun así, a veces aceptaba esas ridículas reuniones solo para verlo marcharse furioso cuando le decía que no.

La semana anterior había hundido tres barcos que pasaron por el Estrecho sin mi autorización. Podía suponer que al menos uno de ellos era suyo, intentando pasar debajo de mi nariz como si yo fuera estúpida. Y yo no era una mujer con la que se jugara, especialmente en lo que respectaba a los negocios.

Tomé mi celular del escritorio y le envié un mensaje a Miguel.

Lizi:

Ven aquí.

No pasó mucho hasta que el hombre, de casi dos metros de altura y con músculos que imponían respeto, apareció en la puerta.

—¿Qué necesitas?

—Avisa al piloto que viajaré a Grecia en dos días.

—¿Algo especial?

Le entregué la carta.

—Todavía están intentando una solución pacífica.

—No hay nada que tú quieras cambiar.

—¿Quién sabe? Tal vez quiera ofrecerme algo a cambio.

—Lo dudo mucho.

—¿Crees que ya se le pasó por la cabeza que es el padre de Javier?

—¡Shh! —Apreté los dientes, gruñendo para que se callara.

No quería que nadie supiera, especialmente quienes estaban más cerca de mí.

—No vuelvas a decir eso en voz alta.

—Perdón.

Nunca se lo había contado a Miguel, pero era un hombre inteligente, que me conocía demasiado bien. Además, era observador y astuto.

Cuatro años atrás, Miguel fue el primero en verme tras aquel intento de negociación con Dante Bellucci. Me vio herida, con pequeños cortes y rasguños en el cuerpo, además del olor a semen que aún escurría entre mis piernas.

Le bastó con hacer unas cuantas cuentas para suponer que quedé embarazada ese mismo día, algo que se confirmó meses después, cuando lo anuncié públicamente.

Miguel también sabía que hasta ese momento yo no me había involucrado con ningún otro hombre. Seguía siendo la princesa inmaculada que había sido criada para ser, porque como mi protector, él tenía la responsabilidad de mantener alejados a los pretendientes.

Aquel día lo enfureció, porque debió haber estado allí para protegerme, no permitir que algo así pasara. Sin embargo, ese fue solo uno de tantos desafíos que enfrenté para demostrar a todos lo fuerte que era.

Los hombres pudieron haber intentado subyugarme, pero yo seguía de pie.

—Ni él, ni Javier, ni ninguno de mis hombres sabrá la verdad. ¿Entendiste bien?

—Sí, Liziane. La decisión es tuya.

—Exacto.

—Voy a avisar al piloto y a los soldados que nos acompañarán.

—Perfecto.

—¿Necesita algo más?

—Deshazte de esto. —Empujé la caja hacia él—. Asegúrate de que ningún perro u otro animal lo coma. Podría estar envenenado.

—El empaque es tan bonito...

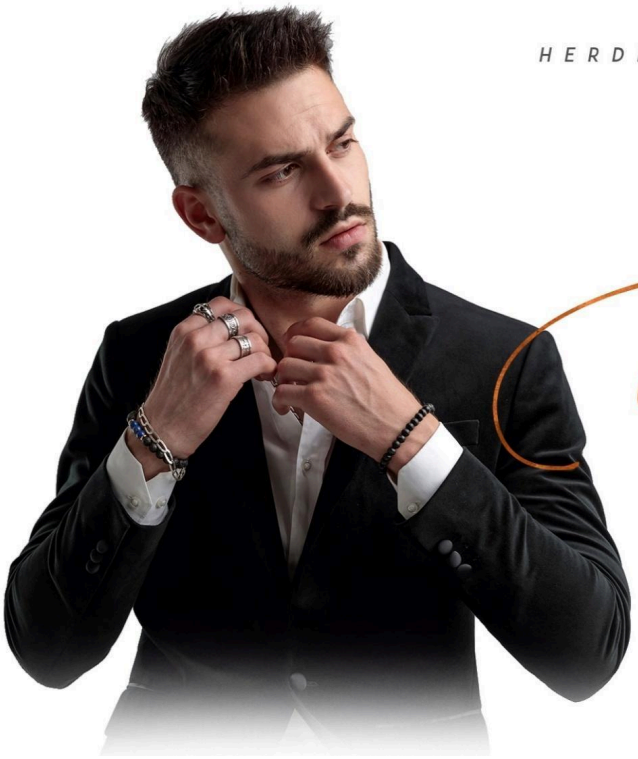
—En los frascos más hermosos se esconden los peores venenos.

Miguel tragó saliva y asintió.

No había llegado al poder ni me había mantenido allí tanto tiempo dejando de lado la cautela.

Nada era más crucial para mí que ser extremadamente prudente. Dante Bellucci no era el único dispuesto a hacer lo que fuera con tal de someterme.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo seis

Descendí del avión acompañado por Lorenzo, Thiago y Ettore. El estratega había elegido una isla al este de Grecia. El dueño era un traficante de armas y un viejo conocido nuestro. Nos prestó su propiedad, que tenía una casa frente al mar y varios bungalows que podíamos usar como quisiéramos. Presumí que, en su mente, ya se imaginaba varias fiestas con mujeres semidesnudas.

Lamentablemente, no estábamos allí para divertirnos, y yo era el único que aún no había hecho la promesa de "hasta que la muerte nos separe". Mis primos estaban casados, y en nuestra familia la traición no era tolerada.

A pesar del calor, llevaba puesto el traje. La ropa a prueba de balas, desarrollada por mi tío y perfeccionada por mis primos, era obligatoria. Además, ya había subestimado a Liziane una vez y no cometería el mismo error.

Caminamos hasta la entrada y Ettore fue el primero en cruzar la puerta. Entramos en una sala amplia, con vista al mar y mucha luz natural.

—Creo que Juliana y los niños disfrutarían pasar unos días aquí —comentó Thiago mientras miraba a su alrededor.

—No estamos de vacaciones, hermano —masculló Lorenzo.

—En otro momento. Eso, si no dejamos esta casa en ruinas.

—Es solo una mujer.

—Dante ya dijo eso una vez.

—El avión de los españoles acaba de aterrizar. —Se acercó uno de nuestros hombres para informar.

—Diles que pueden entrar.

—Sí, jefe.

Me acomodé en uno de los sillones y Thiago se quedó de pie detrás de mí, como un perro guardián, mientras los otros se sentaban en el sofá cercano.

No pasó mucho tiempo antes de que ella apareciera. Liziane entró primero, acompañada por otros cinco hombres. Se veía más alta de lo que recordaba, con el cabello oscuro cayendo en ondas sobre sus hombros y usando un traje blanco, con pantalón y tacones a juego. Sus ojos estaban cubiertos por gafas de sol que se quitó al detenerse en el centro de la sala y mirarme directamente.

Los labios pintados de rojo y el maquillaje cargado eran una provocación en sí mismos, dejando claro que no había venido con intenciones pacíficas. Supe que la negociación sería difícil incluso antes de que abriera la boca.

—¿Estamos aquí otra vez solo para perder el tiempo?

—Liziane Sánchez —Lorenzo se levantó y le sonrió, intentando ser cordial, algo que yo ya no podía fingir—, es un placer recibirla. ¿Por qué no se sienta? Voy a pedir que nos sirvan algo para beber.

—Bien frío.

—Por supuesto.

Ella se acomodó en el otro sofá, mientras sus hombres permanecían de pie tras ella, listos para atacar ante el más mínimo movimiento de nuestra parte. La española estaba preparada, y eso no debería sorprenderme.

Mis ojos volvieron a encontrarse con los suyos, y no vi que retrocediera ni un instante. Tenía soldados menos valientes que esa mujer.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo siete

En un mundo dominado por hombres, yo había aprendido a ser el lobo feroz.

Querían que sintiera miedo, pero era yo quien provocaba las peores pesadillas. Solo así logré sobrevivir y mantener mi posición como jefa tras la muerte de mi padre. La mayoría de los *capos* pensaron que no sería capaz, pero les demostré lo contrario. A los que no me creyeron, los maté.

Los Bellucci seguían intentando convencerme de que debía colaborar con ellos, o incluso ceder. Pero en esa cuerda floja iban a descubrir, de un modo u otro, que yo no era el eslabón más débil.

Una mujer se acercó con una bandeja cargada con una mezcla de limón, menta y alguna bebida que supuse era vodka. Esperé a que los Bellucci tomaran sus copas primero, y luego elegí una al azar, entregándosela a uno de mis hombres para que la probara antes que yo.

—¿Desconfías de nosotros? —preguntó el *consigliere*.

—Nunca está de más tener cuidado.

—Estás entre amigos.

—¿Y desde cuándo hay algún motivo para que lo seamos?

—¿Por qué no lo seríamos?

—Díselo tú. —Me incliné en dirección a Dante, y él hizo lo mismo. Nuestros ojos se fijaron uno en el otro con tal intensidad que pude ver chispas. La furia incontrolable de antes seguía allí.

—Vayamos al grano. —Cambió de tema Dante—. Vinimos hasta aquí para resolver esta situación, que ya se ha prolongado demasiado.

—¿Tú crees? A mí no hay nada que me incomode.

Apretó la mandíbula, y una sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios.

—Estoy seguro de que podemos llegar a una solución amigable —intentó apaciguar el *consigliere*.

—¿Él siempre habla por ti? —provocarlo era inevitable.

—¡Cállate, perra, estoy harto de ti!

—No eres el único —Reí.

—Tranquilos. —Lorenzo levantó las manos en señal de paz—. Debe haber algo que tú quieras.

—Que se mantengan lejos de mi territorio —respondí sin dudar—. No voy a permitir que lo atraviesen como si fuéramos amigos.

—Negociar con ella es una pérdida de tiempo —gruñó Dante, irritado.

—¿Entonces por qué siguen insistiendo? —Me incliné hacia él, lanzándole una mirada desafiante.

—Vas a arrepentirte de haberte metido en mi camino —amenazó.

—Ya veremos quién se arrepiente primero.

Ese hombre podía mandar en Italia y tener buenas relaciones con Rusia y Estados Unidos, pero España era mía. Y no iba a retroceder solo porque fuera mujer. Mucho menos iba a aceptar sus exigencias.

—Dante, yo creo que...

Levantó la mano, cortando las palabras del *consigliere*.

—Basta de intentar un acuerdo con esta mujer.

—En eso al menos estamos de acuerdo. —Me puse de pie con la postura altiva y le hice un gesto a mis hombres para que me

siguieran hacia la salida.

Apenas nos alejamos lo suficiente de la casa, aunque antes de llegar al avión, Miguel se acercó a mí y murmuró en mi oído:

—Confío en tu juicio, Liziane, pero ¿no crees que tal vez estás hurgando un avispero?

—¿Prefieres que agachemos la cabeza y los dejemos hacer lo que quieran, como si toda Europa les perteneciera a los italianos?

—Por supuesto que no, pero ni tu padre se atrevía tanto.

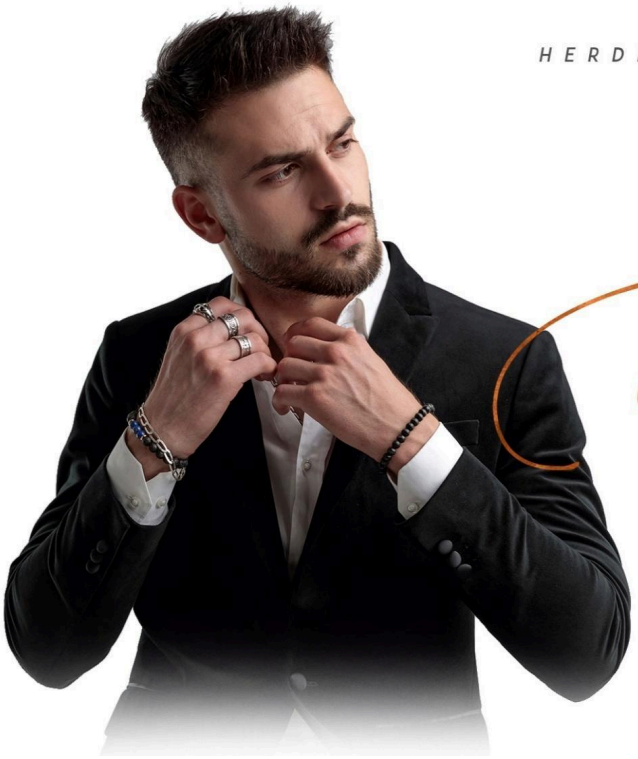
—Él decía que el coraje era para los fuertes o los tontos.

—Tú eres muy fuerte.

No respondí, pero esperaba estar en lo cierto.

Enfrentar a Dante Bellucci requeriría toda mi fuerza.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo ocho

—¡Mierda, ¿ni siquiera puedes intentarlo?! —estalló Lorenzo conmigo en cuanto los españoles desaparecieron de nuestra vista.

—¿Intentarlo? —Levanté una ceja—. Esa perra no quiere negociar.

—Tú tampoco colaboras.

—La única forma en que colaboraría con ella sería teniéndola en cuatro frente a mí, y de preferencia con ese labial rojo bien corrido.

Lorenzo negó con la cabeza y se frotó las sienes. Era un idiota si creía que podríamos resolver esto de una forma distinta. Desde que esa mujer asumió el poder hace casi seis años, se convirtió en mi mayor dolor de cabeza.

—Vamos a seguir teniendo problemas para mover nuestra mercancía —comentó Ettore.

—No si Thiago se encarga de ella.

—¿En serio? —Una sonrisa se dibujó en los labios del asesino cuando solté ese comentario.

—¿Tienes idea del riesgo que es mandar a matar a la jefa de otra mafia?

—Ni siquiera debería haber asumido en primer lugar.

—Va a ser una guerra con los españoles.

—Solo hasta que ella muera. Después de eso, el que tome su lugar no será tan idiota.

Lorenzo guardaba silencio, pensativo a mi lado, mientras Thiago mostraba señales claras de entusiasmo. Era un asesino letal, uno de los mejores que habían pasado por la historia de la mafia italiana, y no creía que fuera a tener el más mínimo problema en

deshacerse de una mujer que se creía más poderosa de lo que debía.

Liziane Sánchez se iba a arrepentir de haber osado desafiarme. Debería haberse quedado jugando con muñecas en lugar de meterse en asuntos que no le correspondían. Probablemente tenía algún primo u otro heredero más adecuado.

—¿Cuándo puedo ir? —Thiago no podía ocultar su emoción.

—Dame un poco de tiempo —pidió Ettore—. Necesito un plan.

—Solo no tarden demasiado —enfaticé—. Esta situación ya se ha alargado mucho. Quiero a esa mujer fuera de nuestros negocios lo antes posible.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo nueve

Mis hombres sabían que, después de la última reunión con los Bellucci, habría consecuencias. Pero ni siquiera aquellos que aún no aceptaban del todo obedecer a una mujer creían que yo estuviera equivocada.

Los italianos se consideraban los dueños del mundo, y la demostración de poder por parte de los españoles motivaba a los míos. Mi padre pudo haber sido un gran jefe, pero sin duda yo era mucho más valiente… o tal vez simplemente más insana.

Estiré la espalda, haciendo crujir los huesos, y moví el cuello de un lado a otro mientras observaba a los soldados que me rodeaban.

—No vamos a tener piedad, señora —comentó uno de ellos, cruzando mi mirada.

—¿En algún momento les pedí que lo hicieran?

Negaron con la cabeza.

El primero vino directo hacia mí con todo. Me moví hacia un costado y me agaché para esquivar el golpe. Tal vez no era tan fuerte como ellos, pero sí mucho más ágil, y eso lo usaba a mi favor.

Antes de que el soldado lo notara, le di un codazo en la espalda que lo hizo tambalear. Otro golpe lo obligó a arrodillarse, y una patada alta en la cabeza lo dejó inconsciente.

—¿Eso es todo lo que tienen? —los provoqué—. Estoy segura de que pueden hacerlo mejor.

Había muchos entrenamientos como ese en los que terminaba llena de moretones, con el cuerpo adolorido y marcas por todas partes, pero sabía lo importantes que eran. Los Bellucci no eran mis únicos enemigos. Mientras yo estuviera viva, aparecerían

asesinos dispuestos a matarme, y no podía permitir que me vencieran. Por más que confiara en Miguel y en algunos otros hombres, necesitaba estar preparada para cualquiera que intentara atentar contra mi vida o la de mi hijo.

Si yo caía, aquellos que querían apoderarse del control de los Sánchez irían tras el niño, y eso era algo que jamás permitiría.

Él tenía que crecer, ser un niño feliz, hasta que las responsabilidades de la mafia lo obligaran a convertirse en alguien frío e implacable.

Una cosa tenía clara desde el momento en que asumí ese cargo: debía matar a todo aquel que se interpusiera en mi camino y ser más fuerte que nunca. Maquiavelo ya lo había dicho: era mejor ser temido que amado. Estaba dispuesta a convertirme en el peor monstruo que la mafia española hubiera visto con tal de ganarme el respeto de los míos.

Usé el brazo para bloquear un puñetazo y me incliné hacia atrás para esquivar otro. Una patada vino hacia mí y la evadí agachándome, luego barrí la pierna de quien la había lanzado y lo derribé.

No vi al que me golpeó por la espalda hasta que fue demasiado tarde. Tropecé hacia adelante con el sabor metálico de la sangre en la boca antes de darme vuelta para contraatacar. Me defendí de tres golpes seguidos antes de recibir otro que me hizo tambalear, pero aun así logré derribar a dos más.

El sudor se acumulaba en mis sienes, formando hilos que descendían por mi rostro mientras me desplazaba con precisión, buscando mejorar mis movimientos y volverme más rápida, más letal.

—¿Liziane? —Mi contador entró en la sala, llamando mi atención con un tono agitado y urgente.

Levanté la mano para que los soldados se detuvieran y extendí la otra esperando una toalla. Me acerqué a Julian,

secándome la frente, y lo miré con firmeza.

—¿Qué ocurre?

—¿Tiene un minuto? Necesito discutir unas medidas contigo.

—Está bien. Continuamos después —les dije a los soldados que aguardaban mis órdenes.

Se dispersaron, y volví mi atención al contador, que me indicó el camino para que pasara primero.

Caminamos hasta mi oficina y tomé asiento en la silla de cuero. Julian se mantuvo de pie frente al escritorio y comenzó a hablar cuando me incliné hacia él, dejando claro que estaba dispuesta a escucharlo.

—¿Cuál es el problema?

—Buenas noticias sobre la licitación en Barcelona. Creo que el resultado saldrá pronto, y Juan Vargas está manejando personalmente el asunto.

—Espero que el *capo* local no exija más de lo acordado.

—Sabe que no le conviene desafiarla, jefa.

—No dejes que él, ni ningún otro, lo olviden.

—Su fama la precede.

Sabía que no podía confiar solo en una reputación, pero no dije nada.

—¿Me interrumpiste el entrenamiento solo para eso? —Torcí los labios, entrecerrando los ojos. Julian tragó saliva. Él y todos los hombres que trabajaban para mí sabían que no era buena idea hacerme perder el tiempo.

—No, señora. Necesito unas firmas y la autorización para hacer movimientos financieros.

—¿Qué tipo de movimientos?

—Vamos a recibir un cargamento del sur la próxima semana y necesitamos nuevas formas de lavar el dinero.

—¿Y los restaurantes y hoteles?

—Están estratégicamente saturados con otros fondos.

—¿Es algo temporal o serán ingresos frecuentes?

—Relativamente frecuentes.

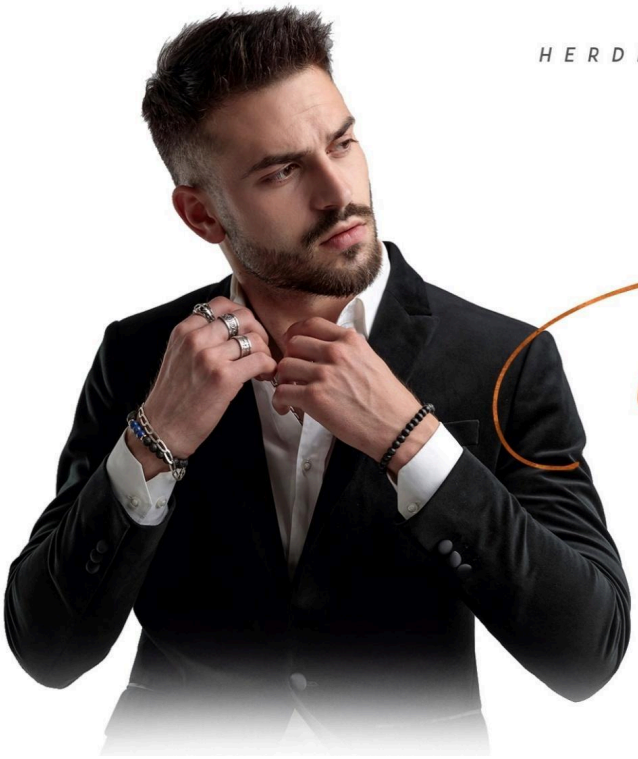
—Compra gasolineras en bancarrota o estacionamientos. Vamos a diversificar los negocios, pero que sean emprendimientos donde pueda circular dinero en efectivo sin que tengamos que justificar su origen.

—¿Solo en Madrid?

—Donde consideres más prudente, pero infórmame sobre cada decisión que tomes.

—Sí, señora.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo diez

—Me apoyé en la barandilla del balcón del segundo piso de la mansión mientras observaba el horizonte.

Esa era Roma. Mi Roma...

La ciudad que heredé de mi padre y que pertenecía a mi familia desde mucho antes que él. No solo tenía responsabilidad con su gente, sino con toda Italia. Nos encargábamos del suministro y la distribución de las drogas, de las entregas en cada ciudad y de la recolección del dinero. Nadie estaba contento con el aumento de los costos, mucho menos yo. Por más que Nicolae hiciera lo posible para equilibrar las cuentas por otros medios, y aunque fuera un excelente contador, mi primo no podía hacer milagros.

La relación que mi padre tenía con Laurentino Sánchez solía ser buena, pero la maldita hija de ese hombre era otra historia. Cuanto más pensaba en la rabia que me causaba, más difícil se volvía sacarla de mi cabeza.

Había intentado de todo para hacer que bajara la cabeza, pero parecía que la única forma de librarme de la española era matándola. Lorenzo no estaba convencido de eso; pensaba que estaríamos comenzando una guerra innecesaria. La mafia, según él, era más política que asesinatos. Sin embargo, esa guerra ya estaba ocurriendo. Lo que pasaba era que él no lo había notado. Yo no la había comenzado, fue Liziane Sánchez, creyendo que podía desafiar a la mafia equivocada.

Iba a hacer que se arrepintiera, y los que la siguieran serían arrastrados con ella.

—Estás particularmente más irritable desde hace un tiempo.

Me giré al escuchar la voz de mi padre y lo vi de pie a unos metros, observándome. Su mirada era fija y analítica, acentuando aún más las líneas de expresión que marcaban su rostro.

—Nada de lo que debas preocuparte —dije con tono firme e impasible, sin querer mostrar nada.

—¿Seguro?

—Es momento de que disfrutes tu jubilación, viejo.

Apretó los dientes, claramente no le gustó cómo me referí a él, pero no me confrontó.

—Una vez Don, siempre Don. Lo entenderás cuando tengas tus propios hijos y estés en mi lugar.

—Solo estoy enfrentando un pequeño impasse con los españoles.

—¿Aún?

—¿Ya lo sabías?

—Mi oído sigue funcionando bien.

—Desde que esa hija de puta asumió el control, cree que puede manejar los negocios como se le antoje, incluso interfiriendo con los nuestros. Lorenzo pensaba que podríamos resolverlo pacíficamente, pero ya autoricé a Thiago para que se encargue del asunto.

—No subestimes a tus enemigos, hijo.

—Es solo una mujer.

—Mi mayor dolor de cabeza también fue solo una mujer.

—Era otra situación. —Sonreí al recordarlo. Por lo que entendí, no era más que una amante resentida.

—¿Seguro?

—Estoy convencido.

—Sea como sea, no bajes la guardia.

—Puedes estar tranquilo.

Él me había enseñado mucho, y sabía que aún había mucho más por aprender, incluso después de llevar años al frente del negocio. Desde la cuna fui criado para esto: ser el heredero del imperio familiar, ocupar el lugar de mi padre y honrar el dominio que los Bellucci habían establecido en Italia durante décadas.

Pero eso no hacía las cosas más fáciles. Cada uno de mis pasos, cada decisión, cada acto imprudente, no recaía solo sobre mí, sino sobre todos los que estaban a mi alrededor.

La mayoría de las veces tendría que tomar decisiones difíciles, de las que no podría arrepentirme.

—¿Por qué no te casas de una vez? —Su pregunta cambió completamente el rumbo de la conversación y me incomodó.

—Isabela aún no es mayor de edad.

—Ya no es una niña. Puede darte los hijos que necesitas.

—Tú siempre has sido el mayor defensor de las reglas y las tradiciones.

—Los capos reaccionaron bien al matrimonio de Lorenzo.

—¿Por adelantar algo que no se puede evitar? —Me encogí de hombros.

—No pareces entusiasmado con la boda.

—Deseo y deber no siempre van de la mano.

—Tienes razón en eso. Solo espero que no haya otra mujer de por medio. Nuestras reglas existen por una razón, e involucrarse con más de una puede tener consecuencias desastrosas.

—Si lo sabrás tú....

—Usa mis errores para evitar los tuyos.

—Lo tendré presente, pero no hay otra.

—Eso me alegra.

—Ah, aquí están. —La voz de mi madre nos interrumpió desde la puerta del balcón, llamando nuestra atención—. La cena está servida.

Mi padre asintió con la cabeza, se acercó a ella, la rodeó por la cintura y la guió de regreso al pasillo.

—Voy en un momento —les avisé, y volví a mirar hacia el horizonte.

Una esposa o una amante, nunca las dos...

No creía que eso fuera un problema. De hecho, no me sentía especialmente preocupado por ninguna en este momento.

Isabela era mi prometida. Formaba parte de mi deber. Casarme con ella era un compromiso que ya había aceptado y no había forma de evitarlo, pero aún podía esperar los años que faltaban para que cumpliera los veintiuno y se mudara definitivamente a mi vida.

No había elegido solo a la más joven; era bonita, eso no podía negarlo. Tenía delicadeza, encanto y simpatía, cualidades necesarias para una futura reina. Sabía ser obediente y había sido criada para servir al marido. Muy diferente a cierta española que me atormentaba.

Después de haberla penetrado en aquella cabaña años atrás, imaginé que cedería, que se sometería y bajaría la cabeza, pero actuaba como si absolutamente nada hubiera pasado… aunque fuera virgen.

Ese demonio en forma de mujer todavía me iba a causar muchos problemas. Cuanto antes Thiago la matara, mejor.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo once

Acaricié el rostro de Javier justo después de acostarlo. Mi hijo se había quedado dormido a mi lado en el sofá y no quise despertarlo para llevarlo hasta la cama. Según la niñera, había estado corriendo y divirtiéndose durante todo el día, razón suficiente para estar tan cansado.

En algunos momentos, ella me había preguntado por el padre del niño, lanzando indirectas para que le revelara una información que alimentaba la curiosidad de todos. Madalena me insinuó si no creía que a mi hijo le haría falta una figura paterna. Pero hombres no faltaban en esa mansión, y cuando llegara el momento, cuando él fuera un poco mayor, yo misma me encargaría de introducirlo en el mundo al que pertenecía.

Con o sin un padre presente, tendría todo lo necesario para ser un buen líder cuando llegara el día de heredar el poder.

La verdad era que en nada aportaría que supieran que el padre de mi hijo era Dante Bellucci. Prefería que pensaran que me había acostado con cualquier soldado para quedar embarazada, a que supieran que fui sometida por ese maldito italiano, que me había penetrado como si fuera una de sus perras.

Si había algo que odiaba era que me vieran como débil o pensaran que podían ponerme por debajo.

Lo que ocurrió en aquella cabaña no se repetiría jamás.

Miguel era el único que sabía la verdad y esperaba que se llevara ese secreto a la tumba, porque si no lo hacía, yo misma lo mataría.

—Te amo... —Me incliné y besé la frente de mi hijo, que se revolvió un poco en la cama, pero no se despertó.

A pesar de todo, ese pequeño había resignificado muchas cosas de aquella noche para mí. Podía ser fanática del poder, cruel e implacable, pero no había nada más importante en mi vida que él.

Lo dejé en su habitación y caminé hasta la mía. Me puse una bata de dormir y seguí mi rutina en el baño: cepillarme los dientes, aplicar cremas y sérums. Aunque ahora fuera la jefa de la mafia española, la vanidad era algo que me acompañaba desde niña y no había renunciado a ella. Me gustaba mirarme al espejo y sentirme hermosa.

Cerré el botiquín del baño y me dirigí a la cama. Acomodé la almohada antes de dejarme caer sobre ella. Estaba agotada. No había sido un día fácil, pero para ser sincera, ninguno lo era desde la muerte de mi padre. Mantenerme fuerte, firme y lista todo el tiempo tenía un precio, y ese peso recaía completamente sobre mis hombros.

Si hubiera renunciado a mi derecho como hija, nadie me habría juzgado. La mafia era un territorio machista, y no hubo un solo aliado o enemigo que no me cuestionara, aunque fuera con la mirada, qué hacía yo allí. La necesidad de demostrar mi valor era constante, y tuve que demostrarles a muchos que merecía ese trono más que nadie. España estaba mejor en mis manos.

Un heredero varón habría sido recibido con alfombra roja. Yo, en cambio, abrí camino entre leones para sentarme en mi trono.

Y si algo no permitiría, era que intentaran quitarme de mi lugar.

Hacía particularmente calor esa noche, así que dejé la ventana abierta, disfrutando de la brisa que entraba en la habitación y se colaba entre los muebles. Apagué la luz, pero como siempre, tardé en dormir. Mi mente nunca se detenía. Siempre estaba alerta.

Inspiré profundamente y crucé los brazos detrás de la cabeza, pensando en los compromisos del día siguiente.

Divagaba, pero a la vez estaba atenta. Tal como había aprendido.

Duerme como los peces: con los ojos abiertos.

Esa era una lección que aprendí temprano y que nunca olvidé. Gracias a eso, seguía viva.

Vi el brillo del cañón de un arma entre los pliegues blancos de la cortina que se movía con el viento nocturno. Solo fueron unos segundos. Tal vez una ilusión. Pero rodé fuera de la cama justo antes de que un disparo perforara el centro del colchón.

El arma tenía silenciador para no alertar a mis hombres, pero aun así, pude ver el destello del disparo y oír el golpe seco del impacto. Por poco no me alcanzó.

Escondida tras la cama, abrí la mesita de noche y saqué mi propia arma. La empuñé y la destrabé en segundos, disparando hacia la cortina. No vi nada, solo el tejido ondeando, señal de que el invasor ya no estaba allí.

Moví los ojos con rapidez por toda la habitación, buscando al asesino que había venido por mi alma, pero antes de encontrar a alguien, Miguel y otros dos hombres irrumpieron por la puerta.

—¡Lizi! —Corrió hacia mí, pero no bajé el arma. El corazón me latía a mil, el sudor frío resbalaba por mis sienes.

—¿Estás bien?

Solo pude asentir con la cabeza.

Los soldados revisaron el cuarto, pero no encontraron a nadie. Uno de ellos cerró la ventana y dejé escapar un suspiro de alivio.

—¿Te asustaste y tomaste el arma? —Miguel lo dijo como una suposición.

—No. —Me puse de pie y recuperé mi postura—. Había alguien aquí. Entró al cuarto para matarme.

—¿Por dónde?

—Por la ventana. Usó un silenciador. —Señalé el agujero de bala en las sábanas como prueba.

—¿Viste quién era?

—Desafortunadamente no. Huyó cuando ustedes llegaron.

—Mandaré a los hombres a revisar la casa y las cámaras. Si ese bastardo sigue cerca, lo vamos a encontrar.

—Apuesto a que es lo suficientemente listo como para ya estar lejos —comenté, pasándome la mano por la frente sudada y normalizando la respiración.

—Eso no significa que no podamos atraparlo. —Miguel hizo un gesto para que los dos hombres se movieran—. ¡Rápido!

—Sí, señor —respondieron al unísono y salieron a toda prisa.

—¿Quieres que me quede aquí contigo? —Miguel parecía preocupado.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien. Ve a revisar la seguridad.

—¿Estás segura?

—Sé cuidarme sola. —Le mostré el arma que seguía en mi mano.

—De eso no estoy tan seguro.

—Solo asegúrate de que me traigan la cabeza de ese bastardo.

—Lo haré. —Asintió y se marchó del cuarto, dejándome sola.

Aún con el arma en la mano, salí de mi habitación y fui al cuarto de Javier. Mi mayor preocupación era él. Apenas llegué, cerré la ventana y ese movimiento brusco lo despertó.

—Ma... mamita... —murmuró con voz adormilada.

—Hola, mi príncipe.

Me arrodillé junto a su cama y dejé el arma en el suelo antes de abrazarlo.

—¿Te pasó algo?

—Nada, mi amor. —Acaricié su cabello castaño—. Mamá solo vino a verte porque te extrañaba.

—¿Me extrañabas?

—Así es. —Lo abracé con fuerza—. ¿Me das un beso?

—¡Sí! —Giró su carita y pegó sus labios pequeñitos en mi mejilla.

Javier bostezó y lo acomodé de nuevo en la cama.

—Duerme, hijo mío.

Asintió y cerró los ojos sin protestar. Estaba demasiado cansado como para pensar en otra cosa que no fuera descansar.

Antes de salir, revisé debajo de la cama, dentro del armario y en cada espacio donde alguien pudiera esconderse, incluso en el baúl de juguetes. Era como buscar al coco… aunque este era de carne y hueso.

Regresé a mi habitación, me puse un pantalón de jean y una camiseta, y bajé a la sala antes de salir al jardín. Allí encontré a Miguel conversando con algunos soldados.

—Pensé que ibas a volver a dormir —comentó al verme.

—¿Después de lo que pasó? Imposible.

—Lo entiendo, pero estamos aquí para protegerte.

Por más que confiara en él, sabía que nunca era suficiente.

—¿Lo atraparon? —Era lo único que me importaba.

—Lamentablemente no. Se escapó muy rápido, casi como una sombra.

—¿Tienen alguna pista?

—Estamos trabajando en ello.

—Quiero una cabeza. O por lo menos un nombre.

—Haré todo lo posible por darte ambos, lo antes posible —prometió Miguel.

—Eso espero. —Hice una pausa breve—. Mientras tanto, aumenten la seguridad. No quiero que entre ni una pulga a esta casa sin ser detectada.

—Ya pedí refuerzos. Doblaremos las guardias y voy a instalar más cámaras para cubrir cualquier punto ciego.

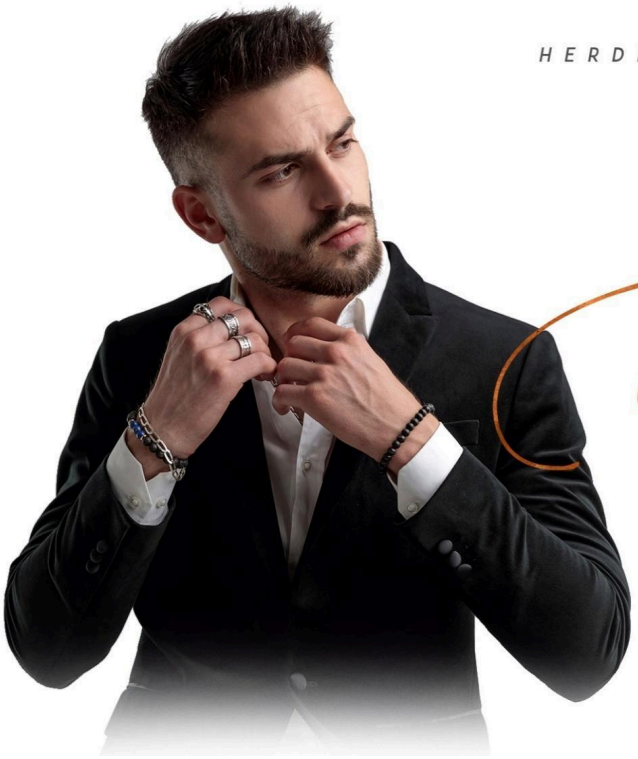
—Quiero al menos diez de los mejores hombres vigilando a Javier día y noche. Nadie se acerca a mi hijo sin que sea visto. ¿Entendiste?

—Sí, la seguridad del niño también es mi prioridad.

—Perfecto.

Seguía agitada, nerviosa y con rabia por haber estado a punto de recibir un disparo en mi propia cama. Pero esa no era la primera vez que intentaban matarme. Y dudaba que fuera la última.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo doce

Me recosté de un lado al otro de la cama en cuanto noté los primeros vestigios del sol entrando por mi ventana. Había despertado temprano… o quizá ni siquiera había dormido bien. Estaba esperando noticias de Ettore y Thiago, pero estaban tardando demasiado, y eso solo aumentaba mi impaciencia.

Tomé mi celular de la mesita de noche y, sentado en la cama, escribí un mensaje. Por suerte, la respuesta llegó rápido.

Dante:

¿Dónde están?

Ettore:

Aún en España. Escondidos en una pensión de Madrid.

Dante:

¿Todavía no hicieron nada?

Ettore:

Thiago entró ayer en su casa con mi ayuda. Puse las cámaras de seguridad en bucle y lo guié entre los guardias sin ser visto.

Dante:

¿Ya puedo celebrar su muerte?

Ettore:

Lamentablemente, no.

Dante:

¿No entraron a su casa?

Ettore:

La española es astuta. Logró esquivar el disparo de Thiago y contraatacó.

Dante:

Pensé que resolverían esto mucho más rápido.

Ettore:

Estamos haciendo todo lo posible. Si nadie descubre que fuimos nosotros, eso podría jugar a nuestro favor.

Dante:

Espero que ese "todo lo posible" sea más rápido. Tengo una reunión esta tarde con los capos y me gustaría llevarles mejores noticias sobre esa situación.

Ettore:

Estamos en ello.

Dante:

Quiero algo más alentador la próxima vez que hablemos.

Ettore:

Nos encargaremos del trabajo.

Dante:

Cuento con ello.

Tiré el celular sobre la mesita de noche, bufando. Estaba tan furioso que ni siquiera podía disimularlo. Thiago había sido criado para matar, y eso rara vez representaba un desafío para él. Sin embargo, en ocasiones se demoraba más de la cuenta, y eso me sacaba de quicio.

Llevaba años lidiando con esa maldita española, y mi paciencia tenía límites.

Mi padre había sido un gran Don, y lo último que quería era que pusieran en duda mi capacidad de liderazgo o que pensaran que, bajo mi mando, los negocios se debilitarían. Ya bastantes problemas tuvimos con los Nuvoletta. No quería otra familia italiana cuestionando nuestro poder. Muchas vidas se perdieron en aquel conflicto, y tuve que acabar con toda su línea para que no volvieran a buscarnos por venganza.

Una cosa aprendí desde muy joven: cuando el poder se veía amenazado, se tomaban decisiones estúpidas y surgían personas valientes en medio de la idiotez. No podía dejar que pensaran que era débil, para que algo así no volviera a ocurrir.

Debería haber decidido matar a la española mucho antes.

Fui al baño, me lancé agua en la cara, observando mis ojeras marcadas y la barba por arreglar. Aproveché para afeitarme y dejarla pulcra, como exigía el papel que desempeñaba. La imagen también era poder.

Me cambié de ropa, optando por un traje de raya diplomática gris, gemelos de oro y esmeralda, y zapatos de cuero.

Apenas salí del cuarto, me encontré con Lorenzo, casi como si ya me estuviera esperando.

—Buenos días.

—No sé si tan buenos —gruñí, dejando claro mi mal humor.

Había esperado durante años para ocupar el lugar de mi padre, pero jamás imaginé el peso real que eso significaría. No era por falta de advertencias, ni porque él no me hubiera preparado. Pero hay cosas que solo se comprenden viviéndolas.

—Thiago y Ettore siguen en España —dijo Lorenzo.

—Y la perra sigue viva.

—Matarla puede no ser la mejor solución.

—Pensé que estarías de mi lado —dije.

—No es que no lo esté.

—¿Entonces?

—Habrá represalias.

—Como si no hubiéramos lidiado con enemigos antes. ¿Prefieres que los capos sigan pensando que le tenemos miedo a una niña que cree que manda en España?

—Tienes razón —admitió, aunque le costó. Me miró fijamente y después añadió—. Tal vez no deberías bajar ahora.

—¿Por qué no? —Fruncí el ceño, desconfiado.

—Tu futuro suegro está abajo.

—¿Qué quiere Andrea Sforza?

—Llegó hace media hora y está esperando para hablar contigo.

—¿Sabes por qué?

Lorenzo negó con la cabeza.

—¿Ni siquiera preguntaste?

—Es tu suegro.

—*Futuro* suegro —corregí con un bufido.

Esperaba al menos tomar el desayuno en paz, pero evidentemente no iba a ser tan simple.

Bajé las escaleras ya preparado. Andrea Sforza era un buen aliado, pero como todos los que estaban de nuestro lado, siempre buscaba obtener algo a cambio.

En cuanto entré en la sala, lo vi sentado en uno de los sillones. Se levantó al verme. A su lado, como siempre, estaba mi prometida, que me dedicó una sonrisa tímida.

—Sforza.

—Bellucci.

—¿A qué debo el honor de su visita?

—Ya que estaba en la ciudad por la reunión de esta tarde, pensé que sería bueno visitar a mi querido yerno.

Yo era lo suficientemente astuto para entender que sus palabras ocultaban algo más.

—Es un gusto verlos —mentí.

Mis ojos se encontraron con los de Isabela. Sus mejillas se sonrojaron. Ya había cumplido dieciocho, pero aún parecía una niña. Una muñeca frágil que se podría romper con solo mirarla.

Me atraía. A pesar de ese aire ingenuo y angelical que delataba su pureza, ella sería pronto mía. No tenía prisa, pero negar el deseo sería absurdo. Quería besar esa boca suave y quitarle la virginidad que me pertenecía.

—No sé si ya han comido, pero sería un honor que me acompañaran en el desayuno.

Andrea miró a su hija, que asintió con la cabeza. Era una joven criada en la mafia, y yo sabía que haría todo lo que su padre le ordenara.

—Será un placer, Dante —respondió él.

—Que preparen más cubiertos —le indiqué a Lorenzo, que estaba a mi derecha. Él simplemente asintió y se alejó.

Intenté entonces entablar conversación.

—¿Cómo van los negocios en Milán?

—Lamentablemente, mis hombres aún se quejan del aumento de costos.

—Estoy resolviendo eso.

—Confío en ti, Dante. Igual que confiaba en tu padre. Pero esta situación ya lleva demasiado tiempo. Como tu suegro, pensé que podrías tener en cuenta mi posición.

Lo que quería eran beneficios. No me sorprendía.

—Vamos a solucionar lo de España y retomar el tráfico como antes.

—¿Quién habría imaginado que una mujer daría tantos dolores de cabeza? —bromeó. Me contuve para no apretar la mandíbula.

Estaba furioso con la situación, pero no podía permitir que pensara que las cosas se me estaban yendo de las manos.

—Como dije, pronto estará solucionado.

—Eso es lo que todos esperamos, ¿verdad, querida? —dijo, mirando a su hija, quien asintió.

El hecho de que la trajera a cada encuentro era una forma de recordarme el compromiso que yo había aceptado. En la mafia, los matrimonios eran alianzas. Y en el caso de Andrea Sforza, que yo hubiera elegido a su hija era como ganarse la lotería. Ser mi suegro lo colocaba por encima de muchos capos.

—Vengan a desayunar —intervino Patricia, la esposa de Lorenzo.

Les hice una seña para que me siguieran y fui adelante.

Era temprano, y la mesa estaba repleta. Salvo por mi tío Theo y su esposa, que habían viajado a EE.UU. para visitar a su hija y nietos, todos estaban presentes.

Andrea saludó a mi padre, que respondió con un gesto cortés. Ese hombre le debía mucho a mi familia, especialmente porque fue gracias a la muerte de Donatella Russo que él pudo hacerse con el poder en Milán. Los Sforza habían sido eclipsados por los Russo durante años, pero cuando Donatella cayó, mi padre reestructuró todo. Desde entonces, ellos nos debían lealtad.

Andrea no volvió a insinuar nada durante el desayuno, mucho menos delante del resto de mi familia. Sabía que si se extralimitaba, perdería los pocos privilegios que aún le quedaban.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo trece

Esperaba impaciente en mi despacho cuando Miguel finalmente apareció en mi campo de visión, seguido por sus mejores hombres.

Desde el intento de asesinato la noche anterior, no había podido pensar en otra cosa. La ansiedad me carcomía por dentro y alimentaba aún más mi furia.

—¿Trajiste la cabeza del sicario?

—Lamentablemente no.

—Intentaron matarme, y no puedo dejarlo pasar así como así, Miguel.

—No es lo que dije, Lizi.

Su expresión transmitía confianza, y eso bastó para que bajara un poco el tono.

—Entonces, ¿qué tienes?

—Rostros y un nombre. —Colocó algunas fotos sobre mi escritorio antes de murmurar—. Bellucci.

Debí haberlo imaginado. Después de dejar claro que no cedería a sus caprichos, Dante Bellucci había enviado a sus perros para matarme.

—Tardaron más de lo que esperaba —comenté con una sonrisa amarga.

—Tal vez sea el momento de proponer un acuerdo —sugirió Miguel, mientras observaba las imágenes de Ettore y Thiago Bellucci esparcidas sobre la mesa.

—¿Un acuerdo? —Solté una carcajada que lo tomó por sorpresa—. Todo lo que ese bastardo quiere es hacerme temblar, pero no tengo miedo.

—Liziane, ellos tienen recursos, armas…

—Nosotros también.

—Iniciar una guerra con ellos puede no ser la jugada más prudente.

—Si agacho la cabeza, solo estaremos confirmando el poder que creen tener sobre Europa. Que dominen Italia si quieren, pero nada más.

—¿Entonces qué planeas hacer?

—Contraatacar. —Apreté los dientes con rabia—. Quiero a nuestros mejores hombres tras ese desgraciado. Que lo maten.

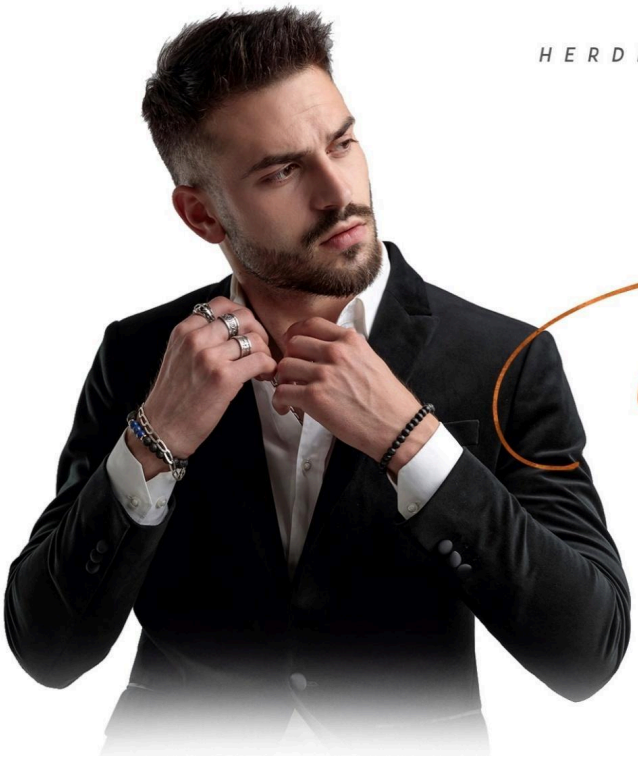
—Van a venir con todo contra ti.

—Estoy lista.

Desde que asumí los negocios, nuestros ingresos habían aumentado un cincuenta por ciento. Y aunque a los capos les costara admitirlo, yo era la mejor líder que esta familia había tenido.

Iba a demostrarles que no teníamos que temerle a los italianos. Y que nadie, absolutamente nadie, podía tocar a Liziane Sánchez sin pagar un precio.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo catorce

Las noticias de Ettore no podían ser peores. Los hombres de Liziane ya los habían detectado en Madrid y se vieron obligados a marcharse. Estaban de vuelta en Roma antes del mediodía.

Yo esperaba que pudieran encargarse de esa loca en solo unas horas, pero ella era una mala hierba difícil de arrancar.

Nunca pensé que una mujer podría causarme tanto dolor de cabeza.

Lorenzo carraspeó, haciendo que el murmullo en la sala se apagara, y recordé que estaba frente a todos los líderes locales de la mafia. Cada capo de cada rincón del país estaba ahí para escucharme, y yo esperaba poder darles mejores noticias.

Me miraban fijamente y yo mantuve mi postura altiva frente a todos.

—¿Qué pasará con nuestros negocios? —preguntó uno.

—Los costos están por las nubes y eso abre camino para la competencia. —Se quejó otro.

—¡Cállense! —gruñí—. Estamos resolviendo eso.

—Llevan años tratando de arreglar la situación, pero la perra española sigue ahí, estorbando nuestros envíos.

Miré al capo de Venecia y le lancé una mirada fulminante. No importaba si era cuñado de Lorenzo, eso no le daba derecho a hablar más fuerte que yo.

La verdad era que todos estaban muy irritados, pero más que ellos, yo lo estaba. Contenerlos era el menor de mis problemas. Lo peor sería que alguno empezara a pensar que podía ser un mejor líder que yo, como lo hicieron los Nuvoletta.

—Vamos a reducir los costos.

—¿Cuándo? —dijeron varios a la vez.

—En el próximo envío.

Eso podría causarme pérdidas, pero tendría que lidiar con la situación para calmar a mis hombres y darles algo que los dejara contentos.

Dejaron de cuestionarme, pero aún me miraban con desconfianza. Algunos murmuraban: *Si fuera Marco…*

Eso me sacaba de quicio, porque estaban poniendo en duda mi capacidad para liderar. Además, mi padre nunca tuvo que lidiar con una loca como Liziane Sánchez. Si esa mujer se hubiese casado y dejado que un hombre tomara las riendas del negocio, como era lo esperado, no estaría enfrentando todo este problema.

La reunión solo me dejó con más dolor de cabeza.

Lamentablemente, el resultado no me sorprendía. Querían una respuesta que aún no podía dar, y eso ponía en tela de juicio todas mis decisiones.

Solo una maldita mujer me estaba causando más problemas que cualquier otro jefe de la mafia europea.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo quince

Me incliné hacia Miguel, llamando su atención con la mirada, apenas entró en mi oficina.

—¿Te encargaste de esos italianos?

—Huyeron. Regresaron a Roma.

—¿Cómo?

—Iban en un avión privado que no pudimos evitar que despegara.

—¿Estás seguro de que no queda ningún hombre de los Bellucci escondido en Madrid o en otro lugar de España?

—Sí, pero no bajaremos la guardia.

—Dudo que descansen hasta lograr matarme.

—¿Y qué quieres hacer al respecto?

—Matarlos primero.

—Lizi, los Bellucci son una familia enorme, con muchos recursos, aliados...

—Vamos a demostrar que no son invencibles.

—Es un camino sin retorno.

—¿Alguna vez me he arrepentido de algo que he hecho, Miguel? —Entrecerré los ojos mientras lo seguía mirando fijamente.

Miguel no dudó en responder.

—No.

—Entonces es eso. Vamos a encargarnos de ellos.

—Como desees.

—Perfecto.

—¿Qué quieres que haga?

—Selecciona a los mejores asesinos que trabajen para nosotros. Tal vez contrata algunos mercenarios que puedan moverse sin llamar demasiado la atención entre sus sistemas de seguridad. Diles que esperen el momento indicado para actuar. El principal objetivo es Dante, pero si nos deshacemos de los demás, nos dará ventaja.

—¿De verdad quieres matar al padre de tu hijo?

Apreté los dientes y le gruñí a Miguel. Él dio unos pasos hacia atrás, arrepentido de haber dicho eso en voz alta.

—Él no es más que un donante de esperma. Ya te dije que no menciones eso jamás.

—Lo siento.

—Las disculpas son para los débiles, Miguel.

Asintió con la cabeza, dejando claro que se arrepentía del rumbo que había tomado la conversación.

—Uno de nosotros va a morir al final de todo esto. Sinceramente, espero que no sea yo.

—Nos libraremos de ellos.

—Cuento con eso. Mantenme informada de cada paso o decisión que tomes.

Miguel asintió una vez más y salió de la oficina, dejándome sola.

¿De verdad quieres matar al padre de tu hijo?

Sus palabras resonaron en mi mente, provocándome cierta inquietud. Ojalá no supiera nada sobre eso. Era un secreto que estaba dispuesta a llevarme a la tumba y que no revelaría ni siquiera al propio Javier.

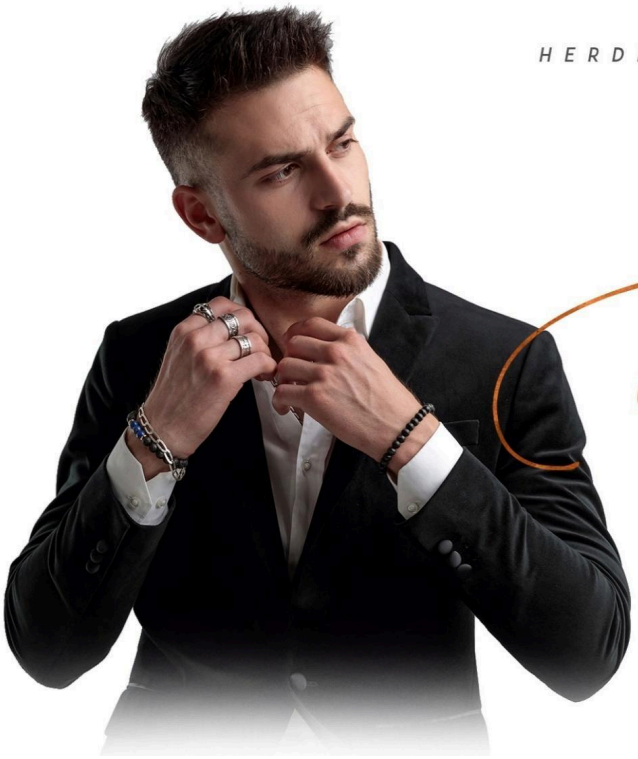
El hecho de haber quedado embarazada de Dante fue un accidente, algo que no esperaba ni había planeado. Si dependiera de mí, jamás habríamos tenido sexo en aquella cabaña, y mucho menos habría permitido que me sometiera de esa forma. No quería que ninguno de mis hombres lo supiera, ni que siquiera imaginaran lo que pudo haber ocurrido, porque lo que hacía que me obedecieran era la fuerza que veían en mí.

Yo era implacable, dura e incuestionable. Si eso cambiaba, dudaba que los Bellucci fueran los únicos que quisieran matarme.

De vez en cuando aún aparecían algunos candidatos, hombres que intentaban coquetear conmigo con la esperanza de que los eligiera como esposo. A ninguno parecía importarle que tuviera un hijo, lo cual dejaba claro que sabían que ya no era virgen.

No deseaban mi cuerpo, aunque yo consideraba que era bastante atractiva. Lo que querían era mi poder. Pero yo no se lo daría a nadie.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo dieciséis

—Reducir los costos para los capos significa que vamos a absorber toda la pérdida —comentó Nicolae cuando nos reunimos en la oficina de la empresa al final de esa misma tarde, tras mi encuentro con los líderes locales.

—Necesitaba una forma de contenerlos, y nada altera más a esos hombres que el dinero.

—No estoy cuestionando tu decisión —ponderó el contador—. Solo te estoy advirtiendo de las consecuencias.

—Estoy seguro de que puedes gestionar mejor ese dinero, y vamos a pensar en otras alternativas mientras Thiago no cumple con su trabajo.

—Si crees que es tan fácil, ve tú mismo y encárgate de ella —murmuró el asesino, visiblemente molesto. Estaba al fondo de la sala, apoyado contra la pared, con los brazos cruzados. Solo intervino cuando me referí a él.

—Es tu trabajo —respondí en el mismo tono.

—¡Ey! —Lorenzo trató de calmar la discusión—. Thiago se encargará de ella, pero mientras tanto realmente necesitamos pensar en una manera de suavizar los efectos. No podemos dejar que nuestros hombres se irriten. Una revuelta interna solo empeoraría todo.

—Seguiremos desviando la mercancía por África, donde los costos son más bajos —prosiguió Nicolae—. Uno de nosotros puede ir a negociar con las milicias locales un acuerdo para que nos ayuden con el transporte a cambio de una parte o dinero.

—No sabemos si los africanos son de fiar —murmuré.

—Tendremos que probar esa posibilidad.

—¿Y si ocultamos nuestra mercancía de los españoles? —sugirió Giovane, haciendo que todos giráramos la cabeza hacia él.

—¿Qué estás pensando, hermano? —Nicolae se mostró dispuesto a escucharlo.

—Sé que ellos inspeccionan todos los barcos que van hacia Italia. ¿Y si enviamos la carga a Grecia y la interceptamos en Sicilia?

Nicolae se rascó la cabeza, reflexionando sobre la propuesta de su hermano hasta que finalmente asintió.

—Es algo que podríamos intentar. ¿Qué opinas, Dante?

—Háganlo y vean los resultados antes de considerar negociar con los africanos.

—¿Tu cuñado sigue aquí, no?

—Creo que sí. —Reflexioné sin estar del todo seguro—. Es muy probable que Perla quiera pasar más tiempo con mis padres.

—Entonces llamémoslo. Lo necesitaremos para coordinar toda la operación.

—Está bien —asentí.

Era un momento en el que estudiar estrategias era necesario. Mientras no me librara de esa loca, no podía permitir que siguiera interfiriendo en mis negocios.

Cuando salimos de la empresa ese día ya era tarde. Estaba exhausto y muy irritado, deseando hundirme en un sillón cómodo y tomar un buen trago de whisky, con la esperanza de que ese molesto dolor de cabeza desapareciera.

Me gustaría que el motivo de mi estrés no tuviera nombre, apellido ni curvas de mujer. Sería mucho más fácil si ella se echara atrás y se sometiera como toda buena chica criada en la mafia, pero parecía creer que podía tratar con los hombres como si fuera uno de ellos. Y yo me encargaría de que pagara con creces por esa osadía.

El chófer estacionó el auto en el garaje y Lorenzo me miró antes de bajar.

—¿Quieres hablar de algo? —No solo era mi *consigliere*, también era mi mejor amigo, y trataba de aliviar un poco la tensión, aunque no hubiera nada que pudiera decir para lograrlo.

—Lo único que quiero es la cabeza de esa condenada. —Apreté los dientes con tanta fuerza que mis sienes comenzaron a palpitar.

—Mi hermano te la traerá.

—Espero que pronto.

—Ten un poco de paciencia.

—Ya tuve paciencia demasiado tiempo, Lorenzo. —Empujé la puerta y bajé del auto.

Mi primo me siguió sin decir nada más. En el fondo, sabía cuánto peso cargaba sobre mis hombros.

Mi padre me había advertido que no sería fácil cuando tomara el mando, pero no imaginé que sería tan difícil.

Apenas entramos a casa, vi a mi madre, mi hermana y mi abuela conversando en la sala. La esposa de Lorenzo también estaba con ellas, pero se levantó y fue hacia él en cuanto lo vio.

Saludé a todos con un breve movimiento de cabeza y subí las escaleras, buscando algo que aliviara mi tensión.

No sabía si ella estaba espiando o si simplemente pasó por el pasillo en el momento exacto en que yo lo hacía, pero en cuanto mis ojos se cruzaron con los de mi prometida, su rostro se llenó de sorpresa y dio un paso atrás.

—Dan... Dante... —tartamudeó.

—Isabela —dije en un tono firme.

Ella tragó saliva y desvió la mirada hacia el suelo.

—¿Dónde está tu padre? —El hombre solía estar siempre a su lado, como un perro guardián, pero esta vez la encontré sola.

—En la biblioteca, jugando a las cartas con el tuyo.

—¿Hace cuánto?

—Tal vez una hora. No lo conté.

—Hmm... —gruñí mientras la observaba, pero no tenía el coraje de sostenerme la mirada—. ¿Por qué no estás con él?

—Me mandó a quedarme con las otras mujeres. Supongo que no quería que escuchara hacia dónde podría ir la conversación.

—Ya no eres solo una niñita, ¿cierto?

Negó con la cabeza, pero sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Ven conmigo. —Extendí la mano y la tomé del brazo.

—¿A dónde vamos? —Dudó, mostrando una mezcla de susto, sorpresa y temor.

—Soy tu prometido y quiero que me acompañes.

—¿A dónde?

—A mi habitación.

—No sé si a mi padre le gustará eso. —Su voz temblaba y dejaba en claro su inseguridad mientras la guiaba hacia la puerta.

—No necesita saberlo, y tú vas a acostumbrarte al lugar que pronto también será tuyo. —La hice entrar y cerré la puerta detrás de nosotros, lo que la hizo dar un pequeño salto del susto.

—No sé si deberíamos...

Silencié sus labios con los míos. Introduje mi lengua entre ellos, obligándola a abrir la boca.

Esa muchacha ya era mía y no había nada que necesitara más en ese momento para aliviar mi estrés que un buen polvo.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo diecisiete

Había pasado el día dando órdenes, gritándoles a los hombres a mi alrededor y haciéndome respetar para que no olvidaran quién ponía las reglas. Era innegable que eso tenía un precio y me dejaba agotada. En ese momento no había nada que deseara más que relajarme un poco y disfrutar de los beneficios que el poder me daba, recordándome que no todo eran responsabilidades y pruebas constantes para mantenerme en la cima.

Escuché un golpe en la puerta de mi oficina y levanté la cabeza de la pantalla de la computadora.

—Puedes entrar.

—¿Señora? —Stefano, uno de mis guardaespaldas personales, que junto con Miguel se encargaba de mi seguridad, entró en la habitación mirándome con cierta curiosidad y un aire de duda.

—¿Tengo cara de señora para ti?

—No, jefa.

—Mejor así. —Sonreí, levantándome del escritorio y arrastrando la silla conmigo, hasta dejarla en medio del camino entre él y yo.

—¿Qué necesita?

—Cierra la puerta —ordené con firmeza, y él asintió con una sonrisa.

Stefano debía tener dos o tal vez tres años más que yo, tenía hombros anchos y una piel morena oliva que contrastaba de forma magnífica con su cabello cobrizo. Era un hombre fuerte, con la barba recién afeitada y una mirada penetrante.

A veces, una distracción que me gustaba cultivar.

Si fuera cualquier otra mujer dentro de la mafia, eso jamás estaría permitido, pero yo no era cualquiera. Yo era la jefa, la líder, y debía tener los mismos beneficios que un hombre.

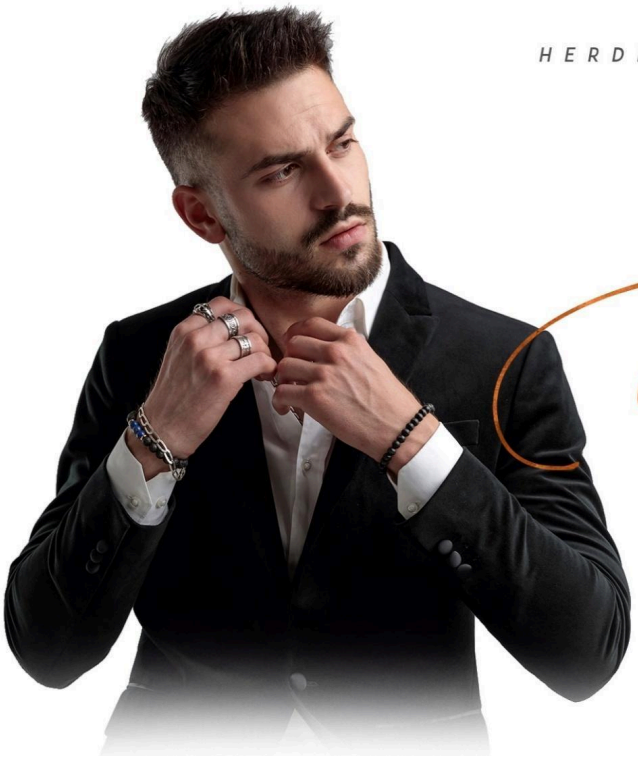
Me quité mi tanga, dejando que se deslizara lentamente por mis muslos mientras observaba cómo los ojos de Stefano se encendían, convirtiéndose en lava pura.

Volví a acomodarme en la silla y abrí las piernas, apoyándolas sobre los brazos del mueble.

—¡Arrodíllate!

Stefano dejó escapar una sonrisa y no dudó ni un segundo antes de cumplir mi orden.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo dieciocho

Empujé a Isabela contra la pared y mi boca descendió hasta su cuello. Tuve que controlarme para no dejar marcas mientras la chupaba y mordía suavemente, haciéndola estremecer. Mis manos subieron por dentro de su blusa y su cuerpo se puso rígido, demostrando que nunca antes la habían besado, mucho menos tocado de esa forma.

—Mi papá no va a estar nada contento si se entera de que dejé de ser virgen antes del matrimonio —murmuró con recelo, mientras yo metía las manos dentro de su sostén y acariciaba sus pezones, que se endurecieron al contacto.

—Tu papá no va a hacerte nada. Y además, no tienes porqué preocuparte. Pienso dejar tu vagina intacta hasta el casamiento.

—Pero...

Volví a besarla, mordisqueando su labio inferior, y la chica inocente ni siquiera sabía cómo reaccionar. Iba a tener que enseñarle todo, pero ese no era el momento para eso, porque estaba demasiado impaciente.

Le quité la blusa y el sostén, arrojándolos al suelo, y le chupé el pezón, dejando marcas donde la ropa las habría ocultado. Sus pechos eran pequeños, pero muy firmes.

Sus ojos se quedaron congelados mientras yo succionaba sus pezones y abría el cierre de su pantalón, ceñido a su cintura delgada.

—¡Eres mía! —murmuré con su pecho todavía en mi boca.

—Lo sé —susurró—. Solo que no pensé que querrías hacer esto antes del matrimonio.

—Quizá dejarte desfilar delante de mí no fue precisamente la idea más brillante que tuvo tu papá.

Le bajé los pantalones junto con la tanga de un solo tirón. Ella se encogió instintivamente, tratando de cubrirse con los brazos, pero yo estaba demasiado cerca como para que lo lograra.

Isabela claramente no estaba preparada para ese momento, porque el vello cubría su intimidad, pero eso no me importó. No la hacía menos atractiva, y además, ya le había dicho que iba a dejar esa zona intacta.

Nadie sabría que la había tocado si no rompía su himen. Para eso podía esperar al matrimonio. Además, no corría el riesgo de dejarla embarazada antes de tiempo.

—Dante... —susurró mi nombre con una mezcla de miedo y curiosidad.

Dejé de acariciar su cuerpo con las manos y de chuparla para llevarla hasta mi cama, colocándola en cuatro.

Yo tenía casi el doble de su edad y mucha más experiencia. Por la forma en que Isabela me miraba, mi joven prometida no tenía ni la menor idea de lo que pretendía al ponerla en esa posición.

Abrí el cierre de mi pantalón, saqué mi verga de la ropa interior y me incliné sobre ella, separando las nalgas redondeadas de mi prometida, dejando que la saliva resbalara entre ellas. Isabela se movió, inquieta, pero con mi agarre no tenía manera de escapar.

Sujeté mi verga y la coloqué en su entrada trasera, apretada y pequeña, mirando su vulva mientras forzaba la entrada un poco más arriba.

—¡Shhh! —Cubrí la boca de Isabela con la mano cuando soltó un grito en el momento en que la penetré por el culo—. No querrás que alguien venga a interrumpirnos, ¿cierto?

Ella asintió, moviendo la cabeza.

—Buena chica.

Empecé a moverme, con unas ganas locas de gritar. Un culo que nunca había sido tocado era mucho más estrecho que el de las

prostitutas con las que solía acostarme. Con una mano la agarré del pelo y con la otra hundí mis dedos en su culo, dejando marcas, cabalgándola hasta el punto de que la cama crujió un poco.

Isabela se volvió hacia mí cuando le tiré del pelo un poco más fuerte, pero era como si no fuera ella. Sus ojos eran los de un zorro, como si hubiera pasado de presa a depredador, lo que me volvió aún más loco. Vi el reflejo de un pintalabios rojo, aunque mi prometida solo llevaba un maquillaje ligero.

—Liziane... —dejé escapar en un susurro mientras mi cuerpo se hundía más rápido y más profundo, como si estuviera cabalgando a esa maldita puta española.

Apreté los dientes, estremeciéndome al acabar y llenarla de semen.

Solté el cabello de Isabela y ella se desplomó sobre la cama, quedando inmóvil por unos segundos mientras yo me incorporaba.

Momentos después, mi prometida se giró hacia mí y buscó mis ojos.

—¿Quién es Liziane? —preguntó.

—Nadie —respondí en un tono seco y áspero.

Caminé hasta un pequeño aparador en la esquina del cuarto y me serví una copa de whisky.

—¿Puedo ir a limpiarme? —preguntó en voz baja y serena—. ¿O prefieres que me quede aquí?

—Puedes ir. —Le señalé la puerta del baño.

Ella recogió su ropa y entró.

Yo me dejé caer hacia atrás y golpeé la cabeza contra la pared.

Acababa de hacerle el culo a mi prometida, pero estaba lejos de sentirme mejor.

¡Maldita puta española! Sentía que solo iba a encontrar paz cuando esa desgraciada finalmente muriera.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo diecinueve

Cerraba los labios, pero aún no podía evitar que algunos gemidos se escaparan.

Estaba embriagada por la sensación, sintiendo los dedos de él hundirse en mis glúteos mientras su lengua recorría mis labios íntimos, alternando entre pequeños golpecitos y movimientos circulares sobre mi clítoris.

Clavé las uñas en los brazos de la silla mientras sentía que el placer se acercaba. Solo podía pensar en cuánto deseaba que lo hiciera más rápido, con la presión justa y en el lugar correcto. Aquello era una tortura que me tenía desesperada.

Apreté su cabello, empujando su rostro aún más contra mí y me moví sobre su boca, exigiendo en silencio que se esforzara más para darme el orgasmo que mi cuerpo suplicaba.

Ah...

Me estremecí cuando las ondas de placer comenzaron a pulsar desde mi clítoris, y el clímax recorrió todo mi cuerpo con una fuerza arrolladora.

Aún estaba aturdida cuando él levantó la cabeza y me miró. Me sobresalté al encontrarme con unos ojos azules. En lugar de cabello cobrizo, era oscuro como el carbón y el rostro...

Dante...

—¿Qué pasa, jefa? —preguntó Stefano, claramente sorprendido por mi expresión de impacto.

Parpadeé varias veces y volví a ver a mi soldado.

—¿Está todo bien?

—Sí. —Lo empujé suavemente para poder levantarme. Bajé la falda del vestido y recogí mi tanga del suelo—. Ahora puedes irte.

—¿No quiere nada más?

—Estoy satisfecha.

—Pero...

—Ya te dije que puedes irte.

—Sí, jefa. —No dijo nada más al abrir la puerta y salir de mi oficina.

Di unos pasos hasta el escritorio y apoyé ambas manos sobre la superficie de madera, jadeando.

Era el colmo. Ni siquiera podía tener un orgasmo en paz sin que ese desgraciado me persiguiera.

El hecho de que él me hubiera quitado la virginidad y me dejara embarazada no cambiaba nada. Lo odiaba igual.

Me quedé un rato más en la oficina para recomponerme y luego fui a mi habitación, me di una ducha y salí al encuentro de mi hijo, que jugaba en la sala bajo la supervisión de la niñera.

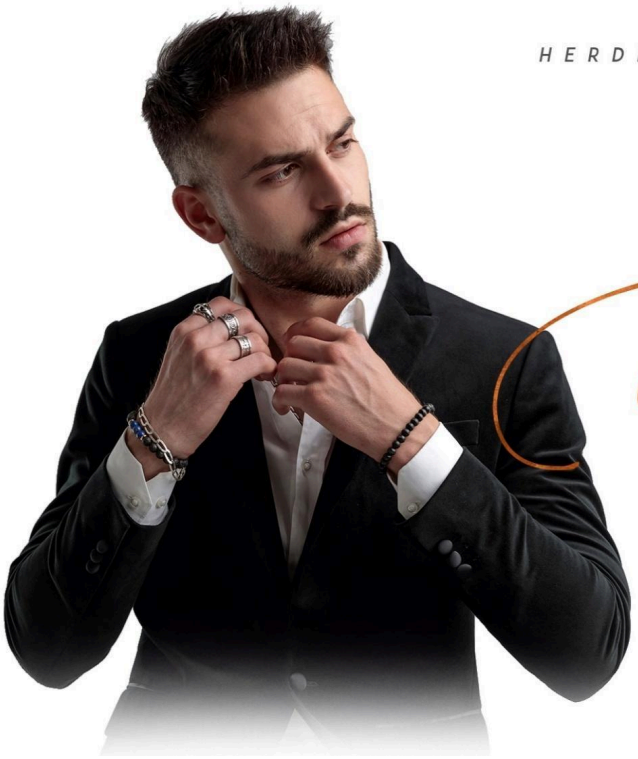
—¡Príncipe!

—¡Mami! —Corrió hacia mí y lo llené de besos.

Era increíble cómo podía amar y odiar ese mismo par de ojos azules. Todo sería mucho más fácil si Javier hubiera heredado los míos y no los de su padre. Quizás era eso lo que tanto me molestaba: la presencia involuntaria, pero constante, de Dante Bellucci en mi vida.

Pero yo creía que cuando ese hombre muriera, por fin encontraría paz.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo veinte

Mis ojos se cruzaron con los de mi prometida durante el desayuno. Sus mejillas se sonrojaron, pero su padre, sentado a su lado, no mostró ningún cambio en su expresión. Señal clara de que no tenía idea de lo que había pasado la noche anterior.

Mantuve mi expresión habitual mientras tomaba sorbos de mi taza de café.

A pesar de haber disfrutado del momento íntimo, mi noche había sido un desastre. No dejaba de pensar en cuán amenazado estaba mi poder y en las consecuencias a largo plazo si no conseguía resolver esa situación.

Íbamos a poner en marcha el plan de Giovane, pero no había garantía de que funcionara. Sin embargo, la única preocupación de mis capos era si la mercancía seguiría llegando al mismo precio de siempre. Eso era algo que necesitaba mantener a toda costa.

—Hoy habrá una hermosa presentación de ópera —comentó mi madre, haciéndome alzar la vista hacia ella—. ¿Por qué no aprovechas que Isabela está aquí y la llevas al espectáculo? Ya que se van a casar, es importante que pasen más tiempo juntos.

Me giré hacia el padre de ella, que esbozó una leve sonrisa.

—No veo por qué no.

—¿Quieres ir a la ópera?

Ella asintió con la cabeza.

—Compra las entradas, mamá.

—Ya lo hice.

—Claro que sí —ironicé.

Terminé mi comida en silencio y me levanté cuando Lorenzo me hizo una señal con la cabeza para que lo siguiera.

—Ahora tengo asuntos que atender —le dije a Isabela—. Nos vemos más tarde.

Me despedí de ella y de los demás en la mesa antes de seguir a mi primo hacia la salida, pero justo al pasar por la sala de la mansión, mi abuela me llamó.

—¿Dante?

—Sí, nona. —Giré sobre mis talones y la vi sentada en uno de los sillones, leyendo lo que parecía ser una novela romántica.

—¿Tienes un minuto?

—Ya voy —le avisé a Lorenzo.

—Te espero en el auto.

—Está bien.

Me acerqué a mi abuela y ella cerró el libro para mirarme con más intensidad. Esa anciana a veces me daba escalofríos, como si conociera a todos mejor de lo que nos conocíamos a nosotros mismos.

—Ella es joven, ingenua y tiene un alma muy pura. Ten cuidado de no romperla y terminar lamentándolo.

—¿De qué estás hablando, abuela?

—Tú sabes muy bien, Dante.

—Es mi prometida.

—El matrimonio debe ir más allá de la violencia. Y tú sabes que no la elegiste por amor.

—Como si el amor fuera un criterio en los matrimonios de la mafia.

—Puede surgir si hay espacio para ello, pero ¿hay espacio en tu corazón?

—Abuela, tengo problemas mucho más grandes en este momento. Hablamos luego. —Me incliné para darle un beso en la

mejilla, sin dejarle margen para seguir con ese discurso que no nos llevaría a ningún lado.

—¿Qué quería la nona? —preguntó Lorenzo cuando me senté en el asiento trasero del coche junto a él.

—Dar consejos.

—¿Sobre?

—Cosas innecesarias.

—Lo que dice la nona nunca es innecesario.

—Estás hablando de cuando te casaste con Patricia porque la nona te vio intentando acostarte con la venezolana en la biblioteca.

—Es más que eso.

—¿Y me vas a salir con el tema del matrimonio justo hoy?

—Tiene sus beneficios.

—Además de estar atado a una mujer por el resto de tu vida.

—Tener con quién compartir momentos, alguien que te espere todas las noches cuando vuelves a casa, convertirte en padre...

—¿Te estás escuchando?

—Por supuesto.

—¡Vámonos de aquí! —Golpeé el respaldo del asiento del conductor para que el chofer arrancara hacia la empresa donde solíamos reunirnos.

Durante el trayecto, Lorenzo no volvió a hablar y yo tampoco le di pie, pasando todo el tiempo observando por la ventana el centro histórico de Roma mientras nos dirigíamos a la parte más moderna de la ciudad.

Bajamos del auto en el estacionamiento y luego al subsuelo, donde operaban las actividades directamente ligadas a la mafia. En la parte visible del negocio, manteníamos una empresa de tecnología con fachada legal de desarrollo e innovación. Giovane se encargaba

de esa parte, pero también nos asistía en temas informáticos que Ettore no podía cubrir por sí solo.

Tecleé el código de seguridad en la pesada puerta metálica y entré acompañado por Lorenzo y nuestros guardias.

—Dante, Lorenzo... —Ettore levantó la vista del ordenador y nos miró.

—¿Qué tienes para mí?

—Un plan. —Salió de detrás del escritorio y se acercó con una tablet en la mano.

Había otros hombres en la sala que no se movieron, sobre todo Thiago, que permanecía al fondo, observándome con el ceño fruncido.

—Tal vez haya una forma más sencilla de resolver esto que simplemente matar a la jefa de la mafia española.

—Como si no hubiéramos intentado hablar con ella ya varias veces —bufé, y Lorenzo no dijo nada, porque sabía que era cierto.

—No tan pacífica, pero podría ser eficaz.

—Te escucho.

Aún deseaba verla muerta a esa puta de mierda, pero necesitaba mantener algo de racionalidad y aceptar cualquier solución inmediata para calmar la insatisfacción de mis capos por los problemas causados por esa mujer en el transporte de mi contrabando.

—Ella tiene un hijo. —Ettore hizo que una foto de un niño apareciera en las pantallas detrás de él—. Si logramos capturarlo, podríamos tener una excelente herramienta para hacerla retroceder.

—Se parece a ti —dijo Lorenzo entre risas, y noté que no era solo cosa mía.

Liziane era morena, de ojos y cabello castaños, pero el niño tenía ojos azules y cabello oscuro. No solo eso: algunos de los

rasgos de mi rostro estaban presentes en sus facciones infantiles.

Podía estar alucinando, pero no era el único que veía las similitudes.

—Ella no está casada —murmuré.

—Desde cuándo eso impide un embarazo —comentó Thiago soltando una larga carcajada.

—¿Quién es el padre del niño? —Miré fijamente a Ettore, exigiendo una respuesta.

—No lo sé.

—¡Averígualo! —Golpeé la mesa con la palma, haciendo que mis primos se sobresaltaran por mi estallido.

—¿Por qué eso es importante?

Yo seguía haciendo cálculos, pero Lorenzo se adelantó.

—¡Carajo, no me digas que ese niño puede ser tuyo!

—¡¿Qué?! —Ettore se quedó boquiabierto—. ¿Cuándo tuviste sexo con la española sin que lo supiéramos?

—Hace unos cuatro años —confesé—. En aquella reunión en la cabaña. Fue algo impulsivo, no se repitió.

—Con razón está tan terriblemente furiosa. —Thiago se rió, pero no era momento para bromas.

—¿Cuántos años tiene el niño, Ettore?

—Aproximadamente tres.

—Eso significa...

—Que matemáticamente sí puede ser tuyo.

—¿¡Por qué nadie me dijo nunca que esa maldita tuvo un hijo!? —grité, en un arranque de furia difícil de controlar.

—Nunca pareció una información relevante.

—El hecho de que tenga un heredero lo cambia todo. —Apreté los dientes, aún más enfurecido.

—Un niño de tres años que será asesinado por otra familia hambrienta de poder en cuanto no tenga a su madre para protegerlo.

—Tráiganlo aquí.

—Negociaremos con ella una tregua a cambio del regreso del niño.

—Tal vez —mi respuesta tomó por sorpresa a Ettore.

—¿Qué quieres hacer primero?

—Una prueba de ADN.

—¿Y si realmente es tu hijo?

—No sé si voy a devolverlo.

—¿Crees que a los Sforza les va a gustar saber que tienes un hijo ilegítimo? —cuestionó Lorenzo, pensando en la familia de mi prometida. Pero sinceramente, esa era la última de mis preocupaciones.

—Primero traigan al niño a Italia y confirmemos si es mío. Después, déjenme el resto a mí. Dudo que, sea cual sea el motivo, Andrea cancele el matrimonio.

—No, pero se va a enfadar.

—Ese ya no es mi problema. —Me encogí de hombros al girarme hacia Thiago, que seguía en el fondo de la sala observándonos—. No le hagas daño.

—Como si yo fuera a lastimar a un niño.

—Mejor así.

Me quedé mirando la imagen al fondo de la sala: un niño, posiblemente mi hijo.

No había manera de no sentirse perturbado con esa información.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo veintiuno

Dinero y poder...

Al final, el mundo entero se resumía en eso, no solo cuando se trataba de la mafia y el resto del crimen organizado. Grandes empresas, políticos, organizaciones... todos tenían el mismo propósito: hacer que sus líderes fueran aún más influyentes.

Estaba distraída, mirando una hoja de cálculo frente a mí, un resumen de nuestra recaudación mensual. Los valores seguían subiendo, lo que me dejaba satisfecha, y también a los que estaban a mi alrededor.

Apostaba que ese era otro de los motivos por los cuales los líderes locales de España me respetaban: yo les hacía ganar mucho más dinero que cuando mi padre manejaba los negocios.

Quien tenía dinero, tenía el control...

Escuché que llamaban a la puerta y me acomodé en la silla.

—Puedes entrar.

Una de las empleadas de la mansión abrió la puerta con algo de dificultad y entró equilibrando un enorme ramo de rosas rojas y flores silvestres. Estaban arregladas en un florero con un poco de agua.

—¿Dónde puedo dejarlas, señora?

—Allí. —Señalé una consola en la esquina del salón—. ¿Quién las mandó?

—No lo sé, pero hay una tarjeta. ¿Quiere que la deje entre las flores?

—No, tráemela.

—Está bien. —La empleada me entregó el sobre y luego salió del cuarto.

Saqué el pequeño mensaje que había dentro.

Rosas rojas como tus hermosos labios.

Espero que aceptes este regalo y una invitación a cenar.

Manuel Díaz

—Lindas flores —comentó Miguel, lo que me hizo notar su presencia en mi oficina—. ¿Quién las ha enviado?

—El capo de Sevilla. —Arrugué la nota y la arrojé a un cesto de basura.

—¿Otro de tus admiradores?

—Más bien otro interesado en arrebatarme el poder.

—¿De verdad no piensas casarte?

—¿Para someterme a alguien que crea que puede mandarme? —Solté una carcajada.

—Hablo de querer a alguien. De tener a quién amar y a quién dedicarse.

—Para eso ya tengo a mi hijo, Miguel.

—Tienes razón. —Cruzó los brazos detrás del cuerpo.

A veces sentía que se preocupaba demasiado, como si fuera un padre, intentando abrir espacio para sentimientos que, en el mundo en el que estábamos, yo no me podía permitir.

—Apuesto a que no viniste a hablar de eso, ¿verdad?

—No.

—¿Entonces, qué pasa?

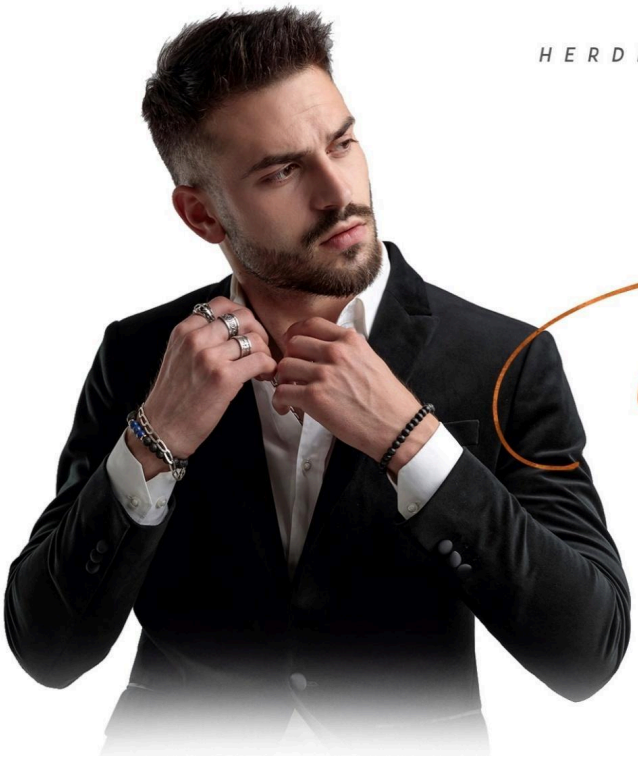
—Los hombres que envié a Italia ya llegaron y están posicionados, esperando el momento adecuado para actuar.

—Esa sí que es una excelente noticia.

—¿Quieres seguir adelante con el plan?

—Por supuesto que sí. Dante cree que me voy a arrepentir de haberme cruzado en su camino, pero es exactamente al revés.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo veintidós

Extendí la mano hacia mi prometida en cuanto bajamos de la limusina frente a la ópera. Isabela me dedicó una sonrisa suave mientras yo la observaba con atención: llevaba un vestido negro, largo y discreto, pero lo suficientemente ajustado como para resaltar las curvas de su cuerpo.

Se veía hermosa, a pesar del maquillaje muy tenue. La suavidad de su ropa y del labial le daban un aire aún más ingenuo y angelical. Era sutil, delicada, y sabía muy bien cómo comportarse, cuándo hablar y cuándo guardar silencio. La esposa perfecta para un hombre como yo.

No podía negar que Andrea había hecho un gran trabajo al criarla. Cuando nos casáramos, Isabela ya estaría lista para acompañarme a cada evento, sonreír a las personas adecuadas y callar cuando fuera necesario.

Puse la mano en el centro de su espalda y la guié escaleras arriba hacia el palco que mi madre había reservado para nosotros.

Íbamos acompañados por dos soldados que no quitaban la vista de todo lo que sucedía a nuestro alrededor.

—Este lugar es tan bonito —se atrevió a decir Isabela cuando le corrí la silla para que se sentara.

—¿Nunca has venido a la ópera?

Negó con la cabeza.

—Mi papá no creía que fuera seguro salir sola, y no tenía tiempo para acompañarme a este tipo de eventos. Gracias por traerme.

—Haremos más planes así en algunos años.

—¿Cuando estemos casados?

—Exactamente.

—Mi padre pensó que tal vez querrías adelantar la boda.

—¿Y por qué haría eso?

—Bueno... —Tragó saliva—. Después de lo que pasó...

—¿¡Se lo dijiste!?

—No... no... —balbuceó—. No se lo dije a nadie.

—Eso, mejor que se mantenga como nuestro secreto.

—Está bien. —Desvió la mirada unos segundos antes de atreverse a hablar de nuevo—. Solo pensé que, si estuviéramos casados, nadie podría oponerse.

—El sexo no es algo exclusivo de esposos, Isabela.

—Yo... ya lo sé. Imagino que has tenido muchas...

—Es mejor que no llenes esa cabecita linda con esas cosas. —Giré la cabeza y miré a mis dos escoltas—. Esperen afuera.

—Sí, jefe.

Ellos salieron, cerrando la cortina del palco y dejándonos a solas.

—¿No es mejor que se queden? —preguntó, abriendo los ojos con preocupación.

—Pueden cuidar nuestra seguridad desde afuera. —Moví mi silla para acercarme más a ella.

—Creo que la función va a empezar... —Se inclinó hacia adelante justo cuando puse la mano sobre su muslo.

—La función no es lo importante.

—Dan... Dante... —murmuró mi nombre, temblorosa, mientras mi mano subía por debajo de su falda.

Se estremeció cuando mis dedos rozaron por encima de su tanga, y dejó escapar un gemido ahogado. La forma en que esos ojos inocentes se abrían ante mi perversión encendía al depredador dentro de mí.

Con la otra mano, abrí mi pantalón de vestir y saqué mi verga de mi ropa interior negra. Estaba semirrígida y terminó de endurecerse cuando Isabela la miró de reojo, poniéndose aún más colorada.

Tomé su mano pequeña y delicada, guiándola hacia mí. Soltó un quejido y todos sus músculos se tensaron en una mezcla de vergüenza y desconcierto.

—Esto es tan... —susurró.

—¿Tan qué? —exigí que completara la frase.

—Indecoroso...

—No tienes idea de las cosas indecorosas que voy a hacerte.

Vi que seguía temblando, así que rodeé su mano con la mía, enseñándole cómo debía envolverme la verga y mover los dedos de arriba abajo. Con el tiempo fue tomando ritmo y relajándose, hasta que solté su mano y la dejé continuar sola.

Se sentía bien, pero yo quería mucho más que sus dedos.

La ópera ya había comenzado en el escenario cuando puse la mano en su cintura y la atraje hacia mí.

—¡Ven aquí!

Isabela se puso de pie frente a mí, y la miré hasta que se arrodilló entre mis piernas.

Sus ojos, llenos de dudas, temor y una pizca de curiosidad, buscaron los míos.

Deslicé la mano por su rostro suave y angelical, recorriendo los contornos de su cara hasta presionar sus labios con el pulgar, haciéndolos verse aún más rojos.

Error mío, porque esa boca roja encendía pensamientos que no debía tener.

¡Maldita sea, sal de mi cabeza! Cerré los dientes con fuerza, le tomé el cabello y lo recogí en una coleta, empujándola hacia abajo. Sus labios tocaron la punta de mi verga, pero no sabía cómo reaccionar ni qué hacer.

—¡Abre la boca! —rugí con tono autoritario—. Chúpamela.

Aún estaba confundida cuando abrió los labios y la empujé hacia abajo. Me deslicé hasta su garganta y comencé a mover su cabeza, cada vez más rápido, de una forma que apenas podía seguir. Entonces Isabela apretó mis muslos con las manos.

Solté su cabello y ella levantó la cabeza, jadeando. Iba a decir algo, probablemente que no podía respirar, cuando vi un destello.

Sus ojos se abrieron de golpe y cayó hacia adelante, recostándose sobre mi regazo. Lo único que escuché en los segundos siguientes fue el sonido de la bala rodando por el suelo, tras impactar contra mi traje blindado.

Giré hacia un lado antes de que el siguiente blanco fuera mi cabeza y me subí el cierre del pantalón mientras una mancha de sangre se extendía alrededor de la cabeza de mi prometida.

Corrí la cortina gritando.

—¡Hay un francotirador aquí dentro! —rugí a mis soldados, que reaccionaron con asombro.

Gracias al grito del tenor en escena, el disparo había quedado completamente disimulado.

Aún agachado en el suelo, saqué mi arma, tratando de identificar de dónde había salido el disparo que mató a Isabela. Pero era imposible ver al tirador en la oscuridad del teatro y desde ese ángulo.

—Tenemos que sacarlo de aquí, jefe. —Uno de los guardias se interpuso, cubriéndome con su cuerpo mientras me guiaba por un

pasillo lateral para salir de la ópera.

Mi corazón latía acelerado y corría con fuerza, sujetando el arma en una mano y el celular en la otra, marcando el número de mi primo.

—¿Dante? —Ettore finalmente contestó.

—Vengan a la ópera, averigüen quién intentó matarme. —Corté la llamada apenas subí al auto, que ya me esperaba afuera.

La adrenalina y el instinto de supervivencia que corrían por mis venas me impedían soltar el arma, aunque ya estuviera dentro de un vehículo blindado.

Apenas el conductor arrancó, aparecieron motocicletas a ambos lados, disparando contra los costados del coche y las ventanas. Pero todos los tiros rebotaban mientras doblábamos por otra esquina.

Por más que me moría de ganas, no me atreví a bajar la ventanilla para devolver los disparos. Ellos no iban tras el auto. Iban tras mí.

Entramos en un túnel y seguimos por una avenida que nos llevaba hacia mi mansión. En medio del camino oscuro, con una iluminación reducida, mis perseguidores desaparecieron. Los desgraciados sabían que no lograrían atraparme dentro de la limusina, pero eso no significaba que fueran a desistir de intentarlo en otro momento.

Seguía respirando con dificultad cuando los neumáticos chillaron al frenar de golpe dentro del garaje de la mansión, y finalmente salí del auto, caminando con pasos fuertes hacia el interior.

Solo entonces guardé el arma, al pisar la sala de estar y sentir la seguridad de estar en casa.

Mi padre y mi futuro suegro estaban cerca del bar. Andrea levantaba un vaso de whisky con hielo, a punto de hacer un brindis,

cuando escuchó el ruido de mi llegada y ambos se giraron hacia mí.

Sus ojos se abrieron de par en par al verme, y el vaso se le cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

—¿Dónde está mi hija?

No respondí. Aún estaba intentando asimilar lo que había ocurrido. Todo había pasado demasiado rápido.

Andrea cruzó los trozos de vidrio y se lanzó hacia mí, agarrando la solapa de mi saco, manchándose las manos con la sangre que me había salpicado.

—¿¡Dónde está Isabela!? —exigió, aún más furioso.

Yo era unos centímetros más alto y bajé la cabeza hacia él, apretando los dientes.

—Quita tus manos de encima mío.

Dudó un poco, pero terminó retrocediendo.

Andrea miró sus palmas de las manos manchadas de rojo, y su rostro se transformó. Sus ojos se desorbitaron, invadidos por el pánico.

—Ella... ella... —balbuceó, sin atreverse a decirlo.

—Está muerta —respondí con frialdad, sin rodeos ni emoción.

—¡Tú la mataste, desgraciado! —Se lanzó sobre mí otra vez, pero antes de que me tocara, saqué el arma y la apunté en su dirección, haciéndolo retroceder al instante.

—Cuidado con las acusaciones que haces.

Tuvo que tragarse sus palabras y calmar su actitud agresiva.

—Dante, ¿qué pasó? —preguntó mi padre con tono calmo, intentando controlar los ánimos.

Respiré hondo, relajé los hombros y guardé el arma. Andrea no sería tan estúpido como para intentar algo en mi casa, delante de mi padre y de mis hombres.

—Estábamos en el palco de la ópera cuando alguien disparó.

—¿Quién?

—No sé de dónde vino el tiro. Estaba distraído.

—¿Por qué alguien le dispararía a mi hija? —Andrea seguía fuera de sí.

—El disparo no era para Isabela. Era para mí. Ella terminó poniéndose en el medio.

—¿¡Y por qué diablos la usaste de escudo!?

No respondí. Decirle que su hija de dieciocho años estaba en medio de una chupada de verga cuando todo sucedió no lo calmaría, al contrario.

—No la usé como escudo, fue un accidente. Mi traje es blindado, no salgo sin él.

—Pero mi hija... —balbuceó, en un tono más bajo, devastado.

—Lo lamento. —No había más que pudiera decir en ese momento.

—¡¿Dónde está?!

—Enviaré a mis hombres a recogerla.

—¿¡La dejaste ahí tirada!? —Volvió a apretar la mandíbula.

—Lo único que podía hacer era no terminar como ella.

Andrea resopló, gruñó y descargó su rabia en el aire, pero no se atrevió a tocarme otra vez. Sabía los riesgos. Yo seguía siendo el Don, y tenía mucho más poder que él.

—¿Alguien fue tras el tirador? —preguntó mi padre.

—Ettore y Thiago ya están trabajando en ello.

—Deberían traer información pronto.

—Eso espero.

—Mi niña... —murmuraba Andrea. Su llanto contenido llenaba mi mente con la última imagen de Isabela, desplomándose muerta en mi regazo.

Al menos fue rápido. No sintió dolor.

—Me voy a dar una ducha. —Me di la vuelta y me dirigí a mi habitación.

Estaba alterado. No era la primera vez que intentaban matarme, pero nunca era sencillo.

Me quité el saco, manchado con la sangre de mi prometida, y lo lancé a un rincón del baño. Había algunas salpicaduras en mis manos y rostro que desaparecieron cuando abrí la ducha y el agua caliente comenzó a correr por mi cuerpo.

Dejaría que Ettore y Thiago hicieran su trabajo, pero en el fondo no necesitaba que me dijeran quién había dado esa orden.

—¡Maldita española! —gruñí, golpeando el azulejo con el puño cerrado.

Ya veremos quién se arrepiente primero...

Thiago había ido tras ella y esa maldita respondió enviando a sus matones tras de mí. Pero Isabela murió como daño colateral en esta guerra.

Esa bala iba dirigida a mi cabeza, no a la de mi prometida. Pero no podía decir que me arrepentía de seguir vivo.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo veintitrés

Javier se rió conmigo mientras encajaba un bloque en el castillo de piezas que estábamos construyendo juntos.

—¡Así se hace, hijo! —lo animé, y él aplaudió, emocionado por cómo estaba quedando nuestra escultura.

Con el rabillo del ojo, vi a Miguel entrar en la sala y detenerse detrás del sofá, con los brazos cruzados.

—Mamá ya regresa —le dije a Javier, besando su mejilla antes de ponerme de pie y acercarme a mi mano derecha.

Me detuve junto a Miguel, y él dio unos pasos hacia atrás, llevándome con él, alejándonos lo suficiente para que mi hijo no pudiera oír nuestra conversación.

—¿Qué pasó?

—Tengo noticias de Roma.

—¿Mataron al bastardo?

—Estuvo cerca.

—Cerca no es suficiente, Miguel.

—Estaba en la mira, pero la prometida se metió en el medio.

—¿Y ella?

—Está muerta.

No podía negar que una parte de mí se estremeció de satisfacción con esa noticia. Después de esa noche, él entendería que yo no estaba jugando, y que mandar a alguien a matarme sin esperar represalias era un error.

—La cabeza de él es la que quiero, Miguel.

—Y la vas a tener.

—Eso es lo que estoy esperando.

Nadie había estado lo bastante cerca como para derribar a los Bellucci, destruir la realeza de la mafia italiana, pero yo estaba dispuesta a hacer historia.

—¡Mamá! —me llamó Javier.

—Ya voy, hijo.

—Voy a reforzar tu seguridad —afirmó Miguel—. Después de lo que pasó, vendrán con todo.

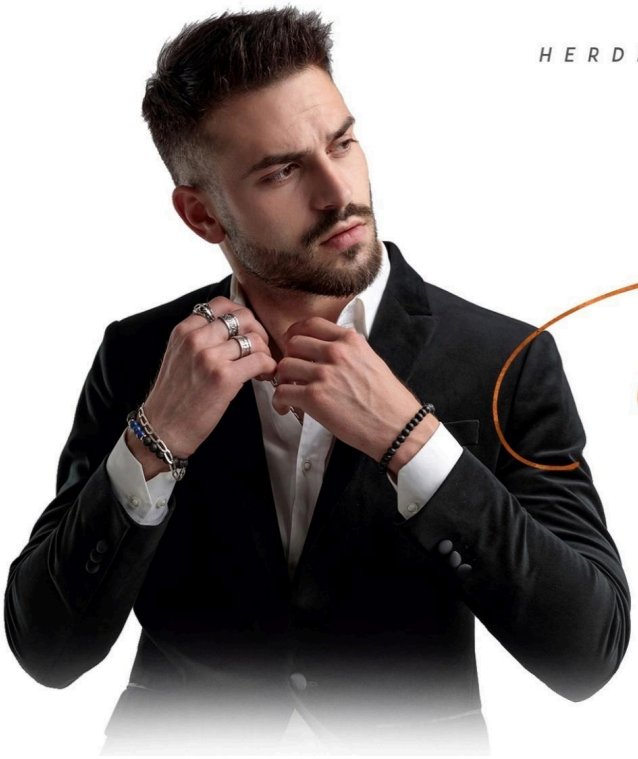
—Estaremos preparados.

—Sí, jefa.

—Encárgate de los hombres en Roma. Aún tienen que terminar el trabajo.

Miguel asintió con la cabeza y se alejó, dejándome volver a jugar con mi pequeño.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo veinticuatro

El soldado colocó el cuerpo de Isabela sobre la cama de la habitación de invitados, y yo me fijé en ella. Antes de llevarla ante su padre, se habían encargado de cerrarle los ojos y limpiarle la mayor parte de la sangre del rostro. Si no fuera por el agujero en medio de su frente, podríamos decir que la chica simplemente estaba dormida.

Andrea se arrodilló junto al cuerpo y hundió la cabeza en su pecho, llorando desconsoladamente. No sabía si todo ese dolor era real o parte de su intento de convencerme de lo devastado que estaba con lo que había pasado.

Yo estaba de pie al lado de la cama, con mi padre de un lado y Lorenzo del otro, solo observando al hombre y dejándolo expresar sus sentimientos o montar su teatro. Fuera lo que fuera, no era mi mayor preocupación en ese momento.

—¿Quién fue el maldito que mató a mi hija? —lloriqueó, rugiendo con la cabeza aún hundida en su cuerpo.

—Lo vamos a descubrir —aseguró mi padre.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—Tienen que vengarse.

—Nos encargaremos de eso —murmuró Lorenzo, mientras yo seguía de brazos cruzados y en silencio.

Por más que tenía mis sospechas, que rozaban la certeza, no las expresé. No cambiaría en nada el hecho de que Isabela estaba muerta, y no necesitaba darle a los capos, y sobre todo a Andrea, un motivo más para exigirme la muerte de Liziane Sánchez.

Esa española tenía que morir, y después de lo que había pasado esa noche, mi determinación al respecto sería todavía mayor.

Escuché pasos y me giré justo cuando Ettore y Thiago aparecieron en la puerta de la habitación. No dijimos ni una palabra; solo algunos gestos con la cabeza fueron suficientes para entender que ellos traían la información que yo buscaba.

—Vigílalo —murmuré a mi padre antes de tocar el hombro de Lorenzo y hacerle una seña para que me siguiera.

Los cuatro caminamos en silencio hasta la sala, cuando finalmente Ettore habló.

—Logramos capturar al tirador.

—¿Dónde está?

—En uno de los galpones.

—¿Quién es?

—Un mercenario ucraniano.

—¿Qué? —Fruncí el ceño. No era precisamente la respuesta que esperaba—. ¿Y para quién trabaja?

—Para cualquiera que esté dispuesto a pagar. Hace trabajos para todos sin importarle quién lo contrata.

—Entonces, ¿quién le está pagando?

—Eso aún no lo hemos podido averiguar.

—¿Thiago? —Me giré hacia mi primo.

—Solo da la orden y lo hago hablar.

—¿Entonces qué estamos haciendo aquí todavía? —Di un paso hacia la puerta, pero antes de que saliera, Lorenzo puso una mano en mi pecho.

—Creo que lo mejor es que te quedes aquí y aumentemos la seguridad.

Fruncí los labios, pero Lorenzo continuó.

—Sabemos que el blanco eras tú y que el tirador es un mercenario sin vínculos con ninguna mafia. Es imposible saber cuántos más como él están escondidos por ahí esperando la oportunidad perfecta para matarte.

—Fue la puta de mierda española la que envió al mercenario —expresé mis sospechas.

—Otro motivo más para que te quedes aquí.

—¿Ser un rehén en mi propia casa? —bufé, irritado.

—Gajes del oficio —comentó Ettore.

—Ve allá y sácale la verdad a ese mercenario —ordené a Thiago, que solo esbozó una sonrisa antes de asentir.

—¿Ettore? —lo llamé antes de que se alejaran.

—Dime.

—Traigan al niño.

—Lo haremos.

—Rápido.

Asintió, y los dos salieron de la casa.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo veinticinco

Julián estaba contando fajos de dinero frente a mí cuando Miguel entró. Estábamos revisando lo que había llegado del sur de España y pensando en los próximos pasos para lavar el dinero, ya que los negocios que teníamos no estaban dando abasto con el ingreso extra. Al final, eso era algo bueno: cuanto más dinero, mejor.

—¡Fuera de aquí! —Hice un gesto para que Julián nos dejara solos a Miguel y a mí.

—Sí, jefa.

Miguel esperó a que el contador cruzara la puerta antes de cerrarla con llave.

—¿Noticias de Roma?

Miguel asintió mientras apoyaba las manos sobre la mesa frente a mí.

—El mercenario que mató a la prometida de Dante Bellucci desapareció. No he logrado contactarlo por ninguno de los medios acordados.

—Lo atraparon.

—Es muy probable, ya que no responde mis llamadas, ni siquiera para cobrar el pago. A estas alturas ya deben saber que fuimos nosotros los que estuvimos detrás del ataque.

—No creo que sea una sorpresa para ellos.

—Yo tampoco, pero es mejor reforzar las precauciones.

—¿Y los otros mercenarios?

—Todavía están en Roma.

—Perfecto.

—¿No crees que sería mejor retirarnos?

—¿Y esperar a que respondan? La verdad es que no. Ofréceles cincuenta millones por la cabeza del Don de Italia.

—Todos los mercenarios y cazadores de recompensas van a querer matarlo por esa cantidad.

—Esa es la intención.

—Haré lo que digas.

—Gracias.

Miguel no siempre estaba de acuerdo con mis decisiones, pero el hecho de que las respetara ya era suficiente para mí. Tenía que ser cruel e implacable. Muchas veces pasaba los límites, pero no habría conseguido el respeto y el miedo de tantos hombres si no fuera así.

La mafia ya era cruel por naturaleza, pero para ser una mujer dictando las reglas, yo tenía que ser tres veces peor.

Un golpe fuerte e impaciente en la puerta me hizo removerme en la silla.

—¿Qué será eso? —Miguel miró por encima del hombro.

—Abre.

Caminó hasta la manija, giró la llave y, al abrir la puerta, Madalena casi cayó de cara al suelo, lo que dejaba claro que estaba recargada sobre la madera. Su rostro estaba cubierto de sudor, el cabello despeinado y tenía salpicaduras de sangre en el uniforme rosa claro.

Mi corazón se detuvo al verla.

—¿Qué pasó? —se atrevió a preguntar Miguel.

—Vinieron… Llegaron de todas partes… —Rompió en un llanto desesperado, diciendo frases inconexas que apenas se entendían.

—¿Quiénes?

—No lo sé…

—¿Dónde están los soldados? —Miguel elevó el tono, exigiendo una respuesta clara y comprensible.

—¡Muertos!

Sentí un dolor tan fuerte en el pecho que fue como si me hubieran apuñalado directamente en el corazón.

Empujé la silla hacia atrás de golpe y caminé hacia la niñera, sujetándole la cara con mis uñas pintadas de rojo y obligándola a mirarme.

—¿Dónde está mi hijo?

—Se llevaron al niño en un coche.

—¿Qué coche?

—Era negro, pequeño…

—¿Qué matrícula? —Miguel quiso saber.

Madalena negó con la cabeza, indicando que no se acordaba.

Solté a la mujer en el suelo y salí por el pasillo, caminando tan rápido como mis piernas me lo permitían hasta el cuarto de mi hijo. Abrí la puerta con fuerza y me encontré con la cama vacía. No estaba ahí, ni sobre la alfombra de goma en el suelo jugando con sus juguetes.

—¡Javier! —grité desesperada, imaginando que saldría de debajo de la cama o del clóset—. ¡Javier!

Volví a correr, bajé las escaleras lo más rápido que pude y me detuve en medio de la sala, casi tropezando con un muñeco de superhéroe tirado en el camino.

—¡Javier!

Grité, grité y grité…

Hasta que ya no me quedó aire en los pulmones.

Miguel apareció detrás de mí y puso la mano sobre mi hombro, haciendo que lo mirara.

—Se llevaron al niño, Lizi…

—¡No!... No… No —volví a gritar, hasta que mi voz se fue apagando y me desplomé.

Los brazos de Miguel me sostuvieron antes de que tocara el suelo. No parecía haber nadie observándome, pero no me importó no parecer la mujer fuerte de siempre, porque nunca en mi vida había sentido tanto dolor. Me habían dado un tiro brutal en el corazón sin siquiera tocarme directamente.

—¡No!

El dolor en mi pecho era asfixiante, claustrofóbico, y crecía tanto que empezó a desbordarse de mis ojos en forma de lágrimas.

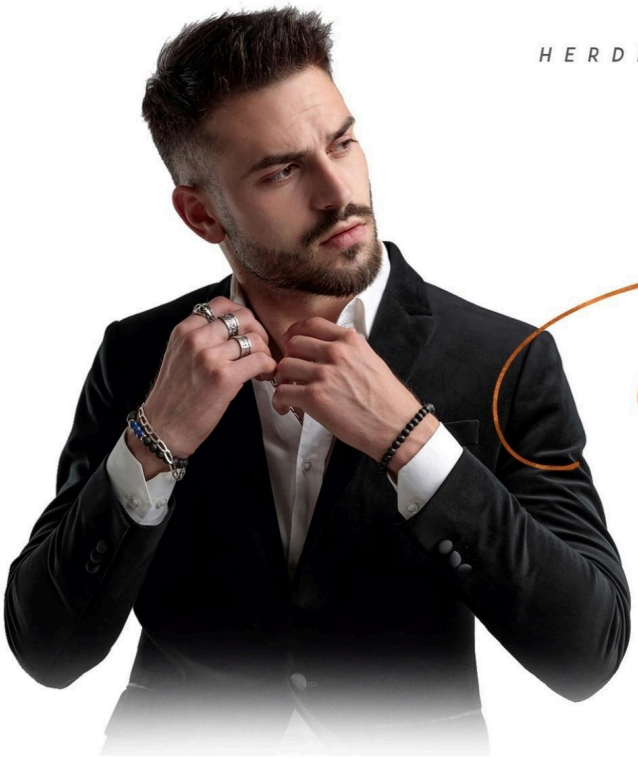
Había enterrado a mi madre a los quince años y a mi padre a los dieciocho, pero con ninguno de ellos el dolor se comparaba con la posibilidad de enterrar a mi pequeño. No había nada en este mundo a lo que estuviera más aferrada que a él.

Quienes se lo llevaron sabían exactamente dónde golpear para hacerme pedazos.

—Vamos a recuperar al niño.

Todo lo que quería era creer en la promesa de Miguel.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo veintiséis

Fue una noche en vela, mientras la mansión tenía un aire de velorio. Andrea se encargaba de los preparativos para llevar el cuerpo de su hija a casa y de los detalles para un entierro católico, tras una ceremonia que probablemente se realizaría en la catedral de Milán.

Por más frío que la vida me hubiera obligado a ser, resultaba lamentable pensar que una chica tan joven hubiera muerto en esas circunstancias. Una parte de mí decía: mejor ella que yo. Pero eso no significaba que yo la hubiera querido muerta.

No amaba a Isabela. La había elegido entre mis opciones por pura conveniencia, y tampoco me veía amándola en algún momento, pero esas eran las consecuencias de ser el jefe de la mafia italiana.

Podríamos haber unido conveniencia con una buena convivencia. Con el tiempo, ella aprendería lo que me gustaba y cómo me gustaba, además de darme hijos.

Pero nada de eso iba a pasar ya, porque Isabela estaba muerta, y como yo sospechaba, el mercenario había sido enviado por Liziane Sánchez.

La perra española había hablado en serio cuando dijo que estaba dispuesta a ir hasta el final con esto. La guerra que provocó al decidir frenar el paso de mis cargamentos por el Estrecho de Gibraltar se estaba volviendo cada vez peor, gracias a ella.

Estaba sentado en la sala, observando el sol del atardecer a través de la ventana y pensando que al día siguiente tendría que ir al entierro de mi prometida en Milán, cuando el celular vibró en mi bolsillo.

Ettore:

Tenemos al niño.

Dante:

¿Dónde?

Ettore:

Aterrizamos en una hora.

Dante:

Tráiganlo aquí.

Ettore:

Creo que es mejor llevarlo a otro lugar, uno donde no hagan preguntas sobre quién es.

Dante:

¿Dónde?

Ettore:

Pensé en una habitación de hotel.

Dante:

Dime dónde estarán cuando lleguen.

Ettore:

Está bien.

Apenas terminé de responder los mensajes de mi primo, me di cuenta de que mi madre había entrado en la sala, cargando una bandeja con una taza de té humeante, que rechacé con un movimiento enfático de cabeza.

—Deberías descansar un poco, tienes los ojos hundidos, hijo.

—Descansaré después.

—¿Cuándo vas a Milán?

—Mañana, lo más cerca posible de la hora del entierro.

—¿No te vas a quedar más tiempo con la familia de Isabela? ¿No les darás tus condolencias?

—Isabela murió, los Sforza ya no tienen nada que ofrecerme.

—Pero...

—Iré al entierro y nada más.

—¿Ya vas a elegir otra prometida o vas a guardar un tiempo de luto?

—No estoy pensando en otra prometida ahora.

—Creo que lo prudente y respetuoso con los Sforza sería esperar un poco.

—Sí... —balbuceé, sin prestarle demasiada atención.

Para ser honesto, mi mente estaba en otra parte. Me descubrí ansioso por una llamada o mensaje de Ettore informándome que ya podía ver al niño. Sabía lo importante que era tener un hijo en mi posición, pero aún no me había casado con Isabela, y eso no era un pensamiento frecuente. Sin embargo, descubrir que había un niño allá afuera con mi sangre, sin que yo supiera siquiera de su existencia, me dejaba con una mezcla de sensaciones difíciles de interpretar.

Solo sabía una cosa: quería conocerlo, mirarlo, y por encima de todo, tener la certeza de que era mío.

Mi madre permaneció sentada a mi lado por un rato, en silencio, hasta que se levantó y se fue, dejándome solo otra vez.

Pasó un tiempo antes de que Ettore me enviara otro mensaje.

Ettore:

Estamos en el Palace, en el centro histórico.

Dante:

Voy para allá.

Ettore:

Ten cuidado.

Dante:

Okay.

Guardé el celular y subí a ponerme el traje antes de llamar a mis hombres para que me acompañaran.

La seguridad había sido reforzada. Además de los hombres en el coche en el que iba, me escoltaba otro vehículo y cuatro motocicletas. Si los mercenarios intentaban atraparme otra vez, tendrían que pasar primero por los míos.

Tomó algunos minutos llegar al centro histórico y detenernos frente a uno de los muchos hoteles de lujo que pertenecían a mi familia. Alquilábamos algunas habitaciones solo para mantener la fachada, pero la gran mayoría siempre estaban vacías, aunque las declaráramos como ocupadas para lavar el dinero que entraba por medios ilícitos. Restaurantes, hoteles, estaciones de servicio y negocios que manejan grandes flujos de personas y altos ingresos eran la mejor forma de legalizar el dinero que hacíamos en las calles.

Tuvieron mucho cuidado mientras yo descendía frente a la entrada y caminaba hacia la recepción hasta el ascensor, subiendo al cuarto donde mis primos me esperaban.

Toqué la puerta y Thiago fue quien abrió. Su expresión no era la mejor.

—Convencelo a Ettore de darle un calmante a ese niño para que duerma. No aguanto más oírlo llorar.

Di algunos pasos dentro de la habitación, pasé por al lado de mi primo ignorándolo por completo y sentí cómo crecía la

expectativa dentro de mí.

Mi hijo...

En cuanto entré en la sala de estar de la suite, me encontré con Ettore, quien dio un paso hacia un lado y reveló al niño sentado en el sofá. Estaba abrazando un muñeco de plástico y no paraba de sollozar, como si hubiera llorado durante horas. Me fijé con más atención en sus ojos azules, su cabello oscuro y los rasgos de su rostro.

—¿Cómo se llama? —le pregunté a Ettore.

—Javier.

—Hola, Javier. —Me arrodillé frente a él y le sonreí.

Él dejó de llorar al mirarme más de cerca, como si hubiera reconocido algo en mis facciones que despertó su curiosidad.

Extendí los brazos hacia él y el niño vino hacia mí, acurrucándose en mi pecho.

Él lo sabía...

Yo lo sabía...

Aunque nadie hubiera dicho nada.

—Mastica esto —Ettore me entregó un pedazo de algodón.

—¿Para qué?

—Voy a pedir el examen de ADN. ¿O ya no quieres que lo haga?

—Sí quiero. —Me metí el algodón en la boca, lo mastiqué y lo escupí dentro de un frasco de plástico.

El examen solo iba a confirmar algo que, de forma extraña, ya sentía con absoluta certeza.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo veintisiete

Yo estaba temblando, en una mezcla de furia, tristeza y desesperación.

Hundida en la silla de mi oficina, llevaba horas esperando mientras Miguel y mis hombres recorrían la ciudad, revisaban las cámaras cercanas a la escuela de mi hijo y seguían cualquier pista que pudiera llevarnos a recuperarlo.

Cuando él entró en mi oficina con la cabeza baja y la negó en silencio en cuanto nuestras miradas se cruzaron, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no romper en llanto otra vez.

Sabía que llorar no me devolvería a mi hijo, pero era un sentimiento más difícil de controlar que cualquier otro que hubiera experimentado en mi vida.

—Ya deben haberlo sacado de España. Eso si no... —Mi voz titubeó.

—Si fueran a matarlo, ya lo habrían hecho. ¿Por qué molestarse en secuestrarlo después de eliminar a todos nuestros soldados?

—¡No lo sé, Miguel! —gruñí con impaciencia.

—Solo ten un poco de esperanza, Lizi.

—¡Tienen a mi hijo!

—Cálmate...

Esa fue la última palabra que debía decirme, porque solo sirvió para que rugiera de rabia. Si hubiera estado un poco más cerca, le habría desgarrado la yugular con las uñas, del nivel de furia que sentía.

—Ya deben haberlo llevado a Roma.

—No tenemos certeza de que hayan sido los Bellucci.

—¿Quién más sería?

Miguel guardó silencio.

Tomé el celular y marqué un número de mi lista de contactos. No éramos amigos, pero no sería la primera vez que intentábamos una negociación.

—¿Liziane? —Escuché una voz masculina del otro lado de la línea.

—Pásame con tu jefe.

Hubo unos segundos de silencio, hasta que finalmente él contestó.

—Hola. —Su tono era demasiado tranquilo y pacífico para alguien que acababa de perder a su prometida.

—¡Hijo de puta! ¿A dónde te llevaste a mi hijo?

—Parece que ahora estás dispuesta a hablar.

—Devuélveme a Javier o te mato.

—Vas a tener que esforzarte un poco más si quieres lograrlo.

—Dudo que tu prometida estuviera de acuerdo con esto. —Apreté el celular con tanta rabia que casi lo rompí entre los dedos.

—No estás en posición de hacer amenazas.

—Sé lo que quieres. Devuélveme a mi hijo sano y salvo y voy a reconsiderar el paso de tus barcos.

—¿Reconsiderar? —Soltó una carcajada, burlándose de mí—. No eres ingenua, Liziane.

—Devuélveme a mi hijo.

—¿O será que es mi hijo? —dijo de un modo que me tomó por sorpresa y me dejó sin palabras.

Miguel era el único que sabía la verdad, y dudaba mucho que hubiera hablado con los Bellucci.

—No digas estupideces.

—¿Yo? ¿Estupideces? Él es mío.

—No sabes de qué estás hablando.

—¿Desde cuándo el ADN miente?

Me quedé paralizada, y mi silencio fue suficiente para que sacara sus propias conclusiones.

—El niño es mío y no tengo razones para devolvértelo.

—Ni siquiera sabe quién eres. Tu nombre no está en su acta de nacimiento. No significas nada.

—¿Qué vas a hacer? ¿Denunciarme a la policía por secuestro? —se burló, sabiendo muy bien que en una guerra de este nivel, las formas legales de justicia eran inútiles.

—Está bien, no voy a interferir más con tu paso por el Estrecho de Gibraltar. Vuelve a hacer tus negocios como en la época de mi padre, solo devuélveme a Javier.

—Estoy seguro de que crecerá mucho mejor a mi lado.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—¿No? —Rió, siguiendo con sus provocaciones. Dante había conseguido lo que quería: llevarme al punto en que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa que él deseara.

Yo podía mantenerme fuerte casi todo el tiempo, pero meter a mi hijo en medio de esto me había derrumbado de una forma que jamás imaginé. Al mismo tiempo que sentí un leve alivio al saber que estaba vivo, también me invadió un miedo horrible de lo que Dante y sus hombres pudieran estarle diciendo a mi niño.

—Entrégame a mi hijo. —Bajé el tono de voz, casi suplicando.

—Tengo un cargamento esta tarde.

—Pasará.

—Perfecto.

—¿Dónde puedo recoger a mi hijo?

—Paciencia...

—¡No juegues conmigo, desgraciado!

—Quiero pasar un poco más de tiempo con mi hijo. Después de todo, fueron años sin saber de su existencia.

—Él no tiene por qué saberlo.

—Claro que sí.

—Javier es el futuro jefe de la mafia española, ¡no un bastardo italiano!

—Tiene derecho a saber quién es su padre.

—Como si tú fueras gran cosa.

—Soy el jefe de la mafia italiana.

—¡Devuélveme a MI HIJO!

—Por ahora está seguro conmigo. Ya veremos si su madre sabe comportarse.

—¡Maldito...! —Él colgó antes de que pudiera escupirle otra ofensa.

Rugí de rabia y lancé el celular contra la pared con toda mi fuerza.

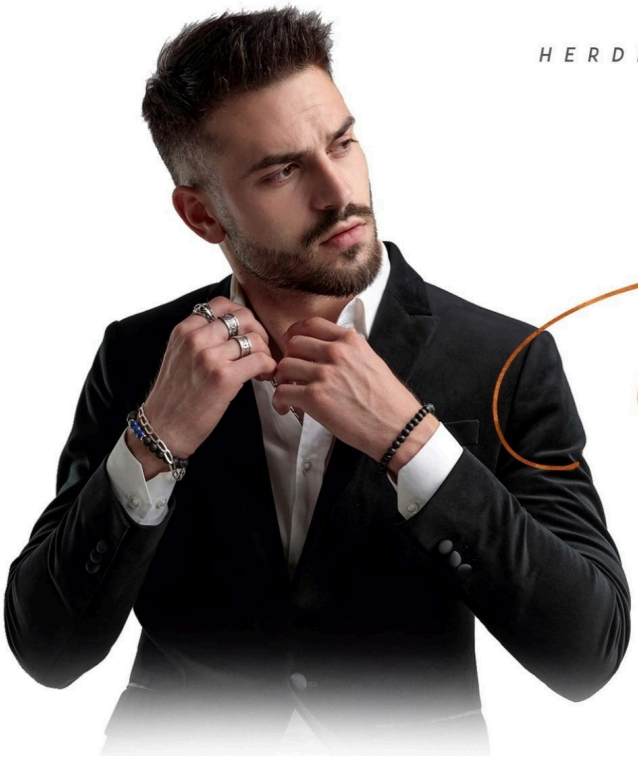
—Al menos el niño está bien —comentó Miguel, intentando calmarme.

—¿Bien?

—Él no va a matar a su propio hijo.

—No pondría las manos en el fuego por nada cuando se trata de Dante Bellucci.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo veintiocho

—¿Dónde está el resultado del ADN? —Me giré hacia Ettore, exigiendo una respuesta.

—La máquina necesita unas horas para procesar la información, pero el laboratorio está haciendo lo más rápido que puede. Detuvieron todo para atender nuestra solicitud.

—Pide que se apuren más.

—Me van a llamar en cuanto tengan el resultado.

Gruñí, pero al final respiré hondo. La reacción de Liziane ya lo había dejado claro: Javier era mi hijo. El niño, sangre de mi sangre, había estado por ahí durante años sin que yo supiera de su existencia.

Me volví a acercar a él. Estaba sentado en un sillón, jugando con su muñeco.

—¿Javier?

Él levantó la cabeza para mirarme.

—¿Tienes hambre?

Asintió, todavía un poco intimidado, aunque mi presencia parecía calmarlo.

—Thiago, pide algo para que él coma.

—¿Desde cuándo tengo cara de niñera?

—¡Hazlo! —gruñí, y mi primo terminó obedeciendo.

Me senté sobre la alfombra, al lado del niño, y toqué su juguete. Él retrocedió.

—¿Te gusta este muñeco, Javier?

—Sí.

—Parece divertido.

—Tengo más.

—Me imagino, pero voy a comprarte nuevos.

Estaba distraído, conversando con él, cuando Ettore se acercó y puso la mano sobre mi hombro.

—Es mío —dije, y no era una pregunta, pero aun así él me respondió.

—Sí.

Esa perra había guardado ese secreto durante años. Prefirió convertir mi vida en un infierno antes que decirme que teníamos un hijo.

Javier no fue planeado, no habíamos hecho el amor ni fuimos amantes. Solo la había penetrado con rabia y con fuerza, pero eso no cambiaba el hecho de que yo merecía saber que era padre.

—¿Vas a devolvérselo?

—No.

—Sabes que ella va a buscarlo hasta en el infierno.

—Que venga. —Extendí la mano y acaricié la cabeza del niño —. ¿Verdad, hijo?

Él solo me miró, sin entender nada.

¿Heredero de la mafia española?… Ni por casualidad. ¡Mi hijo era italiano!

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo veintinueve

Estaba afónica de tanto gritar. La furia que crecía dentro de mí era incontrolable, una bestia desatada que ya no respondía a lógica ni razón. Ese infeliz había secuestrado a mi hijo, y aunque sabía que debía mantenerme firme, no podía contenerme.

A pesar de que Javier llevara la sangre de ese bastardo italiano, no había nada más importante en el mundo para mí que él. Ni siquiera la mafia.

—Tienes que controlarte —comentó Miguel, estando solo en la sala después de que yo ordenara que todos se retiraran.

—Solo me voy a controlar cuando le arranque la piel a ese desgraciado con mis propias uñas. Quiero matarlo, Miguel. Hacerlo sufrir por haber osado secuestrar a mi bebé.

—¿Él lo sabe, no?

Asentí con la cabeza.

Ese secreto que creí llevar conmigo hasta la tumba había salido a la luz más rápido de lo que pude prever.

—No le va a hacer daño al niño.

—Eso espero. Porque si le pasa algo a mi hijo, Miguel, te juro que haré que Dante Bellucci sufra de la peor forma posible, aunque sea lo último que haga en esta vida.

—Sabes lo que él quiere. Una vez que aceptes el acuerdo y le permitas pasar el contrabando por el Estrecho, ya no tendrá motivos para retener al niño.

—Eso espero.

Me alejé de Miguel, dejé de mirarlo y apoyé las manos contra el cristal de la ventana de mi oficina, respirando contra la superficie

hasta empañarla por completo. Sabía que estaba fuera de control, que tal vez debía calmarme, pero era completamente imposible sin saber con certeza que mi pequeño estaba a salvo.

Arañé el vidrio con mis uñas largas, sintiendo cómo todo mi cuerpo se contraía de impotencia. Apreté los dientes y bufé por lo bajo.

—¡Desgraciado! ¡Maldito!

—¿Qué quieres que haga, Lizi?

—Encuentra a mi hijo. Averigua a dónde lo llevaron.

—Puede que no sea fácil sacarlo de ahí.

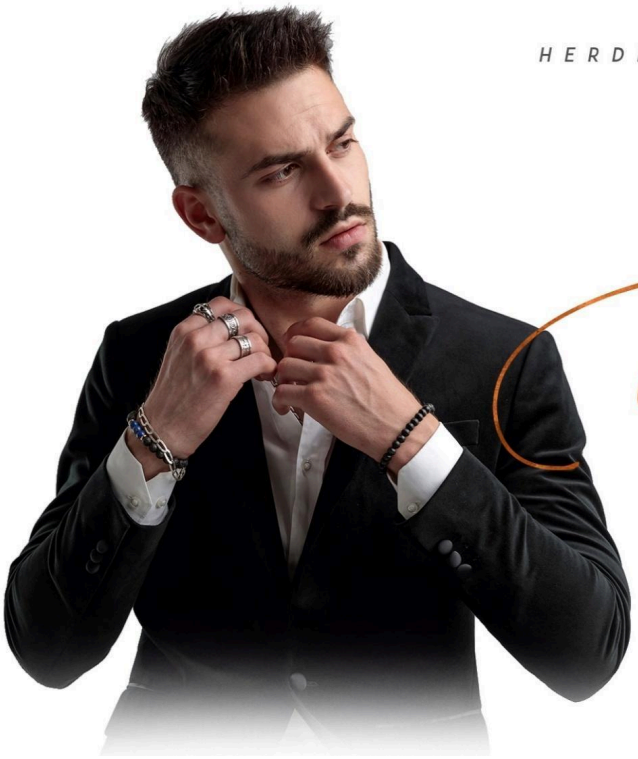
—Yo lo haré. Aunque tenga que matar a cada maldito italiano para lograrlo.

—Actuaré con cautela.

No dije nada más. La cautela, definitivamente, no era parte de mi vocabulario en ese momento.

Dante había tocado lo más valioso que tenía en el mundo, y ahora yo solo quería una cosa: que se arrepintiera de haber nacido.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo treinta

Por el celular, observaba la cámara de vigilancia que Ettore había instalado en la suite del hotel donde estaba mi hijo. Javier parecía menos nervioso, aunque de vez en cuando aún lloraba, pidiendo por su madre.

Había ordenado que le compraran juguetes nuevos y conseguido que la esposa de uno de los soldados se hiciera cargo del niño mientras yo estaba ausente, pero seguía cada movimiento de ella a través de la cámara.

Todavía estaba asimilando el hecho de ser padre. No era una noticia para la cual me hubiera preparado, especialmente porque aún no me había casado, como todos esperaban que hiciera pronto.

Siempre fui cuidadoso con las prostitutas con las que me acostaba, precaución que no tuve cuando arrinconé a Liziane contra aquella pared en la cabaña. Un momento de descuido o una absurda lotería acabaron generando a ese niño.

—Llegamos, jefe —avisó mi chofer, y guardé el celular.

Uno de los soldados abrió la puerta y yo bajé en el cementerio, justo frente al lugar donde la familia Sforza se reunía para enterrar a su hija, mi prometida, muerta como daño colateral de mi guerra con la mafia española.

Saqué los lentes de sol del bolsillo y me los puse. Ocultar mi expresión me ayudaría a evitar preguntas.

Lorenzo venía conmigo, y mis padres descendieron de otro coche. No es que me gustaran los entierros, pero tenía la obligación de estar allí.

Caminé sobre el césped y me acerqué, deteniéndome con los brazos cruzados frente al ataúd justo cuando las mujeres, que

lloraban desconsoladas, fueron apartadas para que el sepulturero cerrara la tapa.

Isabela era joven, hermosa e ingenua. No me gustaba la idea de que hubiera muerto tan pronto, aunque ni de cerca sentía el mismo dolor que su familia. Su padre, sus hermanos y su madre tenían los ojos enrojecidos, y me miraron en el momento en que saqué la rosa blanca del bolsillo de mi saco y la coloqué sobre el ataúd, junto con una caja que contenía el anillo de miles de euros que le había dado cuando oficializamos el compromiso.

El ataúd empezó a descender y los llantos se intensificaron.

—Era demasiado joven para morir así —comentó alguien cerca de mí, pero no me giré para ver quién lo había dicho.

Permanecí quieto, con los brazos cruzados frente al cuerpo, sin decir una sola palabra mientras el ataúd descendía lentamente hasta tocar el fondo de la fosa.

El sepulturero tomó una pala y comenzó a echar tierra encima, mientras el sacerdote murmuraba palabras finales a las que no presté atención.

Volteé la cabeza cuando sentí una gota caer sobre mi hombro. Otras siguieron, hasta convertirse en una lluvia más intensa que tiñó el cielo del cementerio de gris. Algunos salieron corriendo para resguardarse, pero yo me quedé en mi sitio hasta que la última pala de tierra fue arrojada.

La lluvia era fuerte y disimuló el sonido del disparo que solo noté cuando mi cuerpo fue impulsado hacia atrás y la bala cayó al suelo tras impactar contra mi traje blindado. Me agaché y retrocedí al instante, mientras los soldados se posicionaban para protegerme.

Los que aún quedaban en el entierro, especialmente la familia de Isabela, huyeron aterrados en cuanto notaron el disparo.

Me moví hasta quedar detrás de una de las lápidas y saqué mi arma justo antes de que el mármol fuera alcanzado y vibrara.

—¡Atrapen al maldito! —Miré de un lado a otro, intentando localizar de dónde venía el disparo, mientras hacía una señal para que mis soldados se desplegaran.

No había descartado la posibilidad de que hubiera otros mercenarios tras de mí luego de que Liziane pusiera precio a mi cabeza, pero no imaginé que me seguirían hasta Milán.

Busqué con la mirada a mis padres y vi que ya no estaban a la vista, probablemente escoltados de vuelta a uno de los vehículos blindados. En cuanto a Lorenzo, lo vi parapetado tras otra lápida, con su arma en la mano.

—¿Viste algo?

Negué con la cabeza.

Apunté con el arma desde un costado del sepulcro, buscando a alguien escondido en el cementerio, pero con la lluvia intensa, era casi imposible ver.

—Tenemos que salir de aquí, jefe —avisó uno de los soldados, que parecía haber asegurado el camino al coche.

Miré a Lorenzo y él asintió, corriendo conmigo hacia el vehículo. Podría jurar que escuché algunos disparos más mientras nos metíamos en el auto.

—Realmente lograste enfurecer a esa mujer —dijo Lorenzo, riendo mientras se acomodaba a mi lado y se pasaba la mano por el cabello empapado.

—No es la única persona enfadada aquí.

—¿Cuándo vas a devolverle al niño?

—Es mi hijo, Lorenzo.

—Como si te importara —se burló, y yo me quedé en silencio, mirando por la ventana mientras el chofer aceleraba por la avenida rumbo al aeropuerto—. ¿Te importa?

—Es mi hijo.

—Con la española.

—¿Y eso lo hace menos mío?

—Claro que no, pero si decides quedártelo, esto no va a terminar hasta que mates a la madre del niño. Y asumir a un bastardo puede que no sea precisamente lo que tu padre espera.

—Mi prometida está muerta.

—Conseguir otra no es un obstáculo. A menos que no quieras.

—No lo veo como una prioridad ahora.

—El matrimonio no es tan terrible como crees, y como buen rey, necesitas a tu reina.

—Pareces mi madre hablando —me burlé, con una risa seca.

Lorenzo se encogió de hombros justo cuando el coche se detuvo en la pista de aterrizaje del aeropuerto local, frente a nuestro avión. Varios soldados estaban de pie, asegurando el perímetro, mientras descendíamos del vehículo y subíamos por la escalinata lateral.

Mis padres ya estaban dentro, y mi madre vino corriendo hacia mí, inspeccionándome con los ojos y las manos.

—¿Estás bien?

—Solo mojado.

—Intentaron matarte, otra vez.

—Gajes del oficio, mamá. —Me encogí de hombros.

—¿Quién está detrás de esto, Dante? —preguntó mi padre, exigiendo respuestas.

—España.

—Esto ya se ha prolongado demasiado.

—En eso estamos de acuerdo. Pero ya estoy resolviendo la situación.

—Eso espero.

No les había hablado a mis padres sobre Javier y preferí esperar un momento más apropiado. Todo lo que les interesaba ahora era saber cuándo pondría fin a la guerra con Liziane Sánchez. Pero no era tan simple. Ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo treinta y uno

Entrar en Italia sin que los Bellucci lo supieran era un desafío enorme, y Miguel no aprobaba en absoluto mi decisión. Aun así, estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para recuperar a mi hijo, aunque tuviera que ir yo misma a buscarlo.

Miguel y mis hombres habían seguido algunas pistas y descubrieron que mi hijo probablemente estaba en un hotel. Uno de los muchos que pertenecían a la familia Bellucci en toda Italia. Una de esas formas antiguas de lavar dinero que nosotros también utilizábamos.

No iba a ser fácil encontrar a mi hijo en un edificio de lujo con decenas de habitaciones, pero lo hallaría, aunque tuviera que golpear puerta por puerta.

Bajé del vuelo comercial ajustando las gafas de sol y el pañuelo que cubría mi cabello, usando ese disfraz para evitar que los sistemas de reconocimiento facial detectaran mi rostro.

Había viajado con documentos falsos, con otro nombre, desde Madrid a Roma. Mis hombres también. Era la forma más segura de entrar en territorio enemigo sin levantar sospechas, ya que un vuelo privado podía rastrearse con mayor facilidad.

Tomamos unos taxis desde el aeropuerto de Fiumicino y fuimos a un apartamento alquilado por una plataforma de viajes, ubicado cerca del Vaticano y a apenas dos cuadras del hotel donde esperaba encontrar a mi hijo.

Solté un largo suspiro al entrar finalmente en la sala del lugar. Me quité el pañuelo y las gafas. A pesar del cielo nublado, el clima era asfixiante y me hacía sudar sin parar.

—¿Quieres que pida algo de comer, Lizi? —Miguel se acercó con cautela, con esa típica actitud suya, siempre con un aire paternal.

—Sabes muy bien lo único que quiero.

—Vamos a recuperar al niño.

Me aparté de él y me dejé caer en un sillón sin decir una palabra. Tenía el corazón tan apretado que me costaba respirar. Si fuera por mis instintos, ya habría entrado corriendo a ese hotel. Mataría a quien fuera hasta que me devolvieran a mi hijo. Pero también sabía que tenía que actuar con cuidado. Nunca me perdonaría si lo lastimaban por culpa de mi imprudencia.

Dante no era estúpido; sabía perfectamente que la mejor manera de controlarme era usando al niño.

Miguel salió disfrazado con sombrero y gafas oscuras. Estuvo afuera cerca de una hora y regresó con varios paquetes de pasta y porciones de pizza, además de un par de botellas de refresco que repartió entre los hombres. Era fundamental que todos estuvieran alimentados y sobrios para cuando llegara el momento de actuar.

—¿Qué prefieres comer? —Se detuvo a mi lado.

—Honestamente, nada. —Levanté los ojos para mirarlo.

—¿Sabes que necesitas alimentarte?

—Lo sé.

—La pasta al pomodoro tiene muy buena pinta.

—Solo me recuerda que estamos en la puta Italia —resoplé, inclinándome hacia adelante y apoyando las manos sobre las rodillas.

—Pasta no, entonces.

—Prefiero una pizza. Y cuanto menos italiana, mejor.

Miguel fue hasta la mesa, tomó una porción de pizza y la sirvió en un plato para mí.

—Gracias.

—A tu disposición.

Le di una mordida a la pizza, tragué con dificultad y sentí cómo me raspaba la garganta mientras volvía a fijar la vista en mi brazo derecho.

—¿Los hombres ya están en posición?

—Están vigilando cerca del hotel. Cuando alguno de los Bellucci aparezca, lo sabremos de inmediato.

—Quiero saber ya en qué habitación está mi hijo.

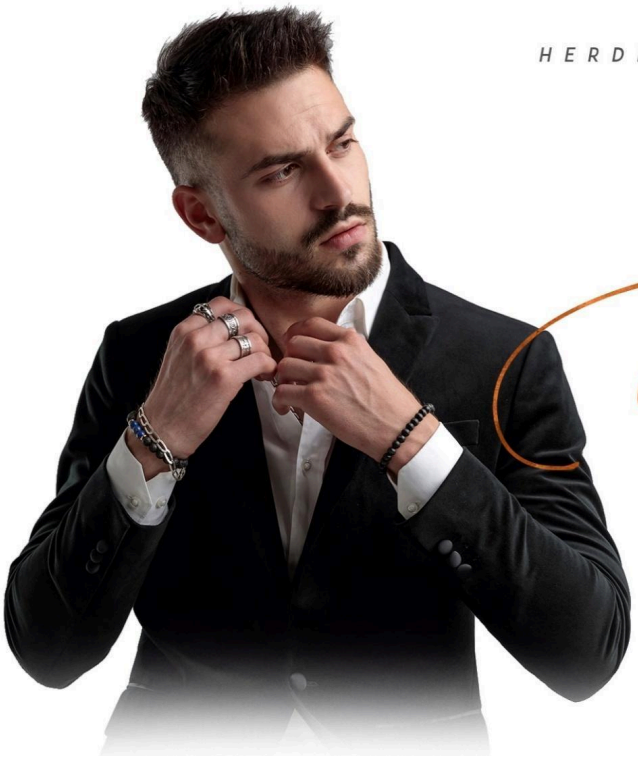
—Tendremos esa información pronto.

—¿Pronto cuándo, Miguel? —pregunté con la mirada afilada.

—Pronto, Lizi...

No tenía una hora exacta, ni era posible que la tuviera, pero era difícil explicarle a mi corazón de madre que tenía que quedarse ahí, esperando... por un tiempo indefinido.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo treinta y dos

Después de aterrizar, regresamos a la mansión y fui directo a mi habitación. Me di una ducha y cambié el traje, que se había secado pegado a mi cuerpo, por otro limpio.

Durante el vuelo de regreso, recibí noticias alentadoras que seguramente dejarían satisfechos a mis *capos*. No hubo ningún problema para que uno de nuestros barcos, cargado de cocaína oculta en latas de sardinas, cruzara el Estrecho de Gibraltar. Esta vez, no fue detenido por la inspección como solía pasar desde que Liziane había comenzado a controlar esa zona. Con suerte, el transporte volvería a ser como antes y los costos se reducirían.

Si lo hubiera sabido, habría secuestrado al niño mucho antes.

Mi hijo...

Al menos habría querido enterarme de su existencia antes.

Tomé mi arma de una cómoda del dormitorio, la puse en el arnés y luego cerré el saco, ajustándolo antes de salir al pasillo, justo en el momento en que me crucé con mi padre.

—¿Vas a salir?

—Sí.

—Intentaron matarte hoy, hijo.

—Como si fuera la primera vez... —Me encogí de hombros.

—No lo es. —Su tono fue firme—. Va a seguir pasando una infinidad de veces. Te lo dije cuando aún eras un niño, pero también te dejé claro que la cautela es fundamental.

—No estoy corriendo hacia el peligro, puedes estar tranquilo.

—¿A dónde vas?

—A un hotel.

—Prostitutas... —Bufó, sacando sus propias conclusiones—. Necesitas otra prometida, una esposa digna.

—Mi prometida acaba de morir. Sería bastante insensible comprometerme con otra mujer ahora.

—Te estás divirtiendo con todo esto.

—No tanto, padre.

—No olvides tus responsabilidades como Don.

—No lo haré. —Pasé por su lado, dejándolo parado en el pasillo.

No era con una prostituta con quien planeaba encontrarme, pero preferí seguir ocultando la existencia de mi hijo. La forma en que fue concebido no era exactamente algo que mi padre aprobaría. No quería seguir escuchando su voz diciéndome cómo debía actuar y qué esperaba de mí, como si él todavía fuera el Don y yo su aprendiz.

En el momento en que él me entregó el poder, también me entregó el derecho a imponer mis propias reglas, y con el tiempo aprendí que lo que yo considerara correcto, mis decisiones, no siempre serían aprobadas por él. Definitivamente, no éramos la misma persona.

Llamé a mis hombres en la cochera y subí al vehículo blindado de cristales oscuros para que me llevaran al hotel donde estaba mi hijo. Aunque podía observarlo a través de las cámaras, quería estar con él en persona. Me había perdido su embarazo y tres años de su vida. De alguna manera, necesitaba compensarlo.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo treinta y tres

—Dante acaba de entrar al hotel —dijo mi mano derecha, haciendo que saltara del sillón que ya se había moldeado con el contorno de mi cuerpo.

—¡Voy para allá!

—Lizi...

—Hemos estado esperando este momento, Miguel.

—Sí, pero tienes que tener cuidado. Javier no es el único importante, y no quiero que cometas una locura por imprudencia.

—Sé con quién estoy lidiando.

—Eso espero. Y sabes que no está solo.

—Lo sé. —Tomé mi arma de la mesita de centro de la sala y metí un pequeño cuchillo en mi pantalón, sujeto al tobillo izquierdo.

Estaba desesperada por recuperar a mi hijo y Miguel temía que actuara de forma temeraria. Sin embargo, la verdad era que parecía completamente imposible mantenerme bajo control ante esa situación.

—¿Vamos?

Él miró a los otros hombres, que asintieron con un movimiento de cabeza, preparándose para acompañarme al hotel.

Teníamos algunos espías hospedados allí, mezclados entre los turistas, para darnos la información que necesitábamos. A estas alturas, ya tenía las indicaciones sobre en qué habitación estaba mi hijo. Pero no solo iba a encontrar a Javier allí.

Fuimos caminando hasta el hotel y lo rodeamos, entrando por una puerta de servicio después de que Miguel dejara inconsciente a

un guardia asfixiándolo.

Nos dirigimos al elevador de servicio y subimos hasta el cuarto piso. Los edificios del centro histórico solían ser bajos, probablemente debía existir alguna ley al respecto.

Caminé por el largo pasillo, seguida por mis hombres, buscando los números en las puertas hasta encontrar dónde estaba mi hijo.

No fue muy difícil, porque había cinco hombres de Dante parados frente a la puerta. Miguel me empujó hacia atrás cuando ellos sacaron sus armas, y él hizo lo mismo.

—Será mejor que se queden ahí —advirtió uno de los soldados en italiano.

—Solo venimos a buscar a mi hijo.

Mis hombres dieron un paso al frente y otro soldado disparó, haciendo que la bala fuera absorbida por el chaleco de uno de los nuestros.

De pronto, toda animosidad quedó de lado y el pasillo se convirtió en una escena de guerra, con disparos por todas partes.

Mientras mis hombres luchaban con los suyos, aproveché el hueco y pasé entre ellos, dirigiéndome a la puerta cerrada de la habitación, sin perder tiempo buscando una llave. Simplemente disparé al visor electrónico, que se apagó, y la puerta se abrió.

Cuando entré, tenía los dientes apretados y resoplaba.

—¡Devuélveme a mi hijo, desgraciado! —grité.

Dante estaba sentado en la alfombra, sosteniendo lo que me pareció un muñeco de superhéroe. Javier estaba frente a él, rodeado de otros juguetes, y no parecía el niño asustado y secuestrado que yo esperaba encontrar.

¿Estaban jugando?

—Llévate al niño de aquí —ordenó Dante, poniéndose de pie, dirigiéndose a la mujer en la habitación que parecía tener al menos unos cuarenta años.

—Sí, señor. —Ella se levantó del sillón y cargó a mi hijo, que empezó a llorar en cuanto me vio.

—¡Mamá!

—Javier...

Mi corazón se rompió aún más y la furia dentro de mí creció. Intenté acercarme a él para evitar que se lo llevaran otra vez, pero antes de que pudiera hacerlo, Dante se interpuso en mi camino.

—¡Quítate de mi camino!

—¡No!

—Ya hice lo que querías.

—Estoy muy lejos de conseguir todo lo que quiero. ¿Crees que después de todo el dolor de cabeza que me causaste será así de simple?

Levanté el arma, apuntándole, pero antes de poder disparar, Dante golpeó mi muñeca y la pistola cayó al suelo, deslizándose por la alfombra donde hacía un momento estaba sentado con Javier.

Lo empujé con ambas manos en el pecho, con toda mi furia, haciéndolo caer hacia atrás. Pero antes de que pudiera agacharme a recoger el arma, Dante me agarró del cuello y sentí que me faltaba el aire.

Le arañé el brazo hasta hacerlo sangrar, pero no fue suficiente para que me soltara. Le di una patada, forcejeando, y me lanzó contra la pared, lo que me hizo perder el equilibrio durante unos segundos.

Giré la cabeza hacia un lado, vi un jarrón de porcelana brillando sobre una pequeña cómoda y lo tomé, golpeando con él la

sien de Dante. El impacto fue tan fuerte que tuvo que soltarme, y caí al suelo.

—¡Zorra! —gruñó.

—¡Bastardo! —le grité de vuelta.

Antes de que pudiera atraparme otra vez, rodé entre sus piernas y logré alcanzar el arma. Apunté en su dirección y el disparo impactó en su hombro justo cuando se dio vuelta para encararme, pero la bala pareció atravesarlo sin causarle daño alguno.

Él pateó mi mano, mis dedos se aflojaron y el revólver voló lejos otra vez.

—¡Perra de mierda! —Intentó pisarme, pero rodé hacia un lado, escapando de su zapato.

Dante se lanzó con todo sobre mí, sujetándome del cuello otra vez y golpeando mi cabeza contra el suelo, lo suficiente para dejarme aturdida.

Apreté los dientes mientras miraba fijamente aquellos ojos azules con toda la furia que pude reunir. Estaba jadeando, furiosa y con los instintos a flor de piel cuando se inclinó hacia mí.

Nos quedamos mirándonos fijamente, resoplando y gruñendo durante unos segundos que parecieron eternos, hasta que se inclinó aún más.

—¿Vas a matarme? —Mi voz salió apagada.

Pensé que iba a estrangularme hasta matarme, pero sus dedos se aflojaron mientras sus dientes me mordían el labio inferior.

—Voy a meterte la verga —murmuró contra mis labios.

La violencia con la que su lengua invadió mi boca fue tan grande como la furia que nos consumía mientras luchábamos el uno contra el otro. Me quedé otra vez más sin aliento mientras me besaba furiosa y hambrientamente.

Cuando por fin soltó mi cuello, mis uñas se aferraron a sus hombros. Al principio intenté empujarlo, pero terminé clavándolas en la gruesa tela de su chaqueta.

Las manos que me sujetaban el cuello bajaron por mi blusa y rasgaron la tela como si fuera de papel, tirando de mi sujetador hasta que reventó la cremallera y tiró lo que quedaba de él.

No pude ocultar mis tetas antes de que me las agarrara, mordiéndome uno de los pezones hasta el punto de hacerme gritar.

Sus manos no se detuvieron, la ropa que debía protegerme pronto se convirtió en un montón de tela desgarrada, mientras yo rugía en una mezcla de ira, excitación y dolor.

Dante me agarró del pelo e intenté liberarme una vez más mientras me obligaba a darme vuelta.

—¡No! —Le agarré del cuello—. Si vas a meterme la verga, al menos ten el valor de mirarme.

—Como quieras. —El cabrón dejó escapar una sonrisa mientras me sujetaba con una mano y me bajaba la cremallera de los pantalones con la otra.

No estaba dispuesta a dejar que se repitiera la situación de hace cuatro años, dejar que me sometiera mientras él seguía encima mío y completamente vestido.

Le empujé el brazo y le agarré la chaqueta, haciendo que el botón saliera volando al tirar.

Hice lo mismo con su camisa y él terminó de tirar los pedazos rotos hacia atrás. Vi su pecho curado con sus músculos moviéndose mientras se inclinaba hacia mí.

Grité de rabia y lujuria cuando sus pesadas manos separaron mis muslos y me apretaron aún más contra la alfombra mientras me penetraba. Su verga me invadió profundamente, con el mismo énfasis que antes, pero esta vez no me dolió, porque ya no era virgen como la primera vez.

Mis manos fueron a su cuello y bajaron, dejando ronchas en su espalda mientras me apretaba contra la mullida alfombra, moviéndose cada vez más rápido y con más furia.

Pude ver la lujuria y la urgencia en sus ojos mientras todo se descontrolaba aún más.

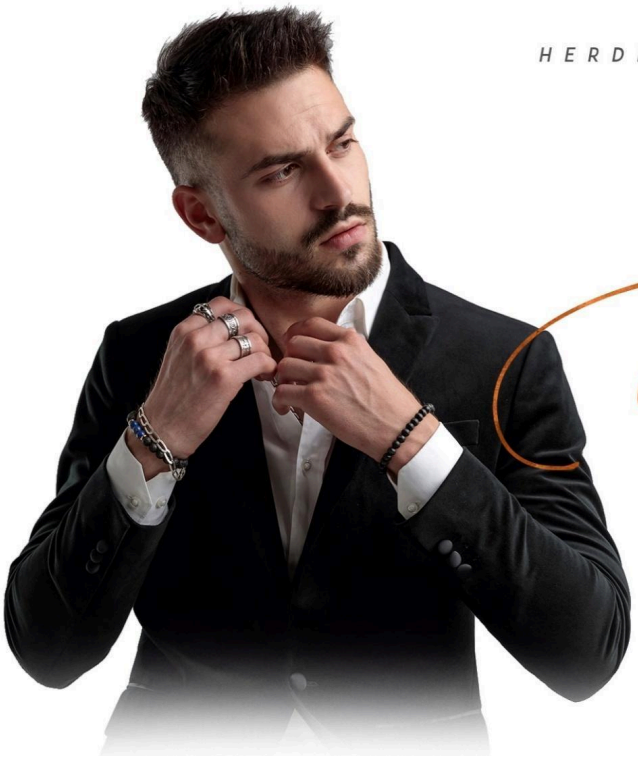
Cuando me saciaba con un soldado u otro hombre, la imagen de él me venía a la mente, pero esta vez no era solo un delirio que luchaba por disipar, sino algo real. Una loca y furiosa mezcla de ira y lujuria.

Su boca volvió a la mía y pude saborear la sangre al chocar nuestros dientes. Mi lengua se entrelazó con la suya y apenas podía respirar. Estaba tan enfadada, pero al mismo tiempo no había una parte de mí que no lo quisiera dentro de mí, más rápido y más fuerte.

Dante era como una droga, peligrosa, equivocada, altamente adictiva y sabía muy bien que podía destruirme.

Me retorcía bajo él cuando sentí el calor de su semen llenarme una vez más. Solo que no se detuvo, siguió hasta hacerme gritar y todo mi cuerpo estalló en éxtasis mientras llegaba a mi orgasmo locamente.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo treinta y cuatro

Yo seguía encima de ella, escuchando su respiración agitada y entrecortada después de haber tenido sexo como animales salvajes.

Haberme acostado con ella no fue la mejor decisión en su momento, y sin duda repetirlo solo empeoraba todo, pero era innegable cuánto la deseaba.

Apenas se recuperó, Liziane me empujó hacia un lado, haciéndome rodar fuera de su cuerpo. Se levantó con la agilidad de un gato y fue al baño, donde permaneció un buen rato mientras yo seguía tirado en el suelo. Al regresar, venía cubierta con una bata gruesa, porque yo había destruido toda su ropa.

—Me voy a llevar a mi hijo —dijo, dirigiéndose hacia la habitación donde la niñera se había encerrado con el niño, pero le bloqueé el paso.

—No.

—No voy a volver a España sin él.

—Entonces no vuelvas.

Abrió los ojos como platos, procesando mis palabras durante unos segundos. No sabía exactamente lo que quería decir, y para ser sincero, yo tampoco.

—No te lo vas a quedar.

—Javier no va a salir de Italia.

—¡Es mi hijo!

—También es mío.

—Como si te importara.

—Nunca me diste la opción de que me importara o no. ¿En algún momento se te ocurrió siquiera llamarme para decirme que

teníamos un hijo?

—Solo fuiste un donante de esperma.

—Él es mi familia.

—¡No! ¡Es mío!

Estaba a punto de lanzarme sobre ella de nuevo cuando dos de mis hombres, cubiertos de sangre, abrieron la puerta y arrojaron a uno de sus soldados al suelo.

—¡Miguel! —Corrió hacia él, y a pesar de estar muy golpeado, aún parecía con vida.

—Lo siento, Lizi... —murmuró él.

—Todo va a estar bien. —Le acarició el rostro con ternura, lo cual dejaba claro que eran más cercanos de lo que me gustaría admitir.

—Los demás están muertos —aseguraron mis soldados.

—Acaben también con este —ordené a mis hombres.

—¡No! —gritó, girándose hacia mí. Vi súplica en sus ojos.

—Tírenlo fuera del hotel.

Liziane se lanzó hacia los soldados que llevaban a su hombre, pero antes de que pudiera hacer algo, la sujeté del cabello largo y ondulado y la obligué a mirarme.

—¡Tú te quedas aquí!

—No puedes retenerme.

—Si quieres quedarte con Javier, entonces tendrás que hacerlo.

—Tú no...

—Tus hombres están muertos, Liziane. No estás en posición de negociar conmigo.

Ella apretó los dientes con fuerza y soltó un bufido de rabia.

—Quiero verlo.

Di un paso al costado y ella pasó junto a mí pisando fuerte, abrió la puerta del cuarto. Me acomodé el pantalón y la seguí para observarla.

Con los ojos llenos de lágrimas, Liziane se arrodilló y abrió los brazos. El niño se soltó de la niñera y corrió hacia ella, lanzándose en sus brazos. Ella lo abrazó con tanto cariño que por primera vez vi algo distinto en ella, más allá de esa mujer loca y obsesiva que siempre intentaba destruir mi paz.

Liziane realmente amaba a su hijo.

¿Y cómo no amarlo?

La forma en la que yo mismo me sentía cerca del niño era una razón aún más poderosa para no dejar que se lo llevara. La conocía lo suficiente como para saber que no me permitiría verlo jamás.

Mi celular vibró en el bolsillo y vi un mensaje de Ettore.

Ettore:

Hasta pensé en intervenir, pero lo manejaste bastante bien.

Dante:

¿Cómo lo sabes?

Ettore:

¿Olvidaste que la suite está llena de cámaras?

Ahora entiendo cómo la dejaste embarazada la primera vez.

Dante:

¡Maldito voyerista!

Ettore:

Solo estaba haciendo mi trabajo. Tú me pediste que vigilara a tu hijo.

Dante:

A mi hijo, no a mí.

Ettore:

Entonces elige otro lugar la próxima vez que decidas tener sexo.

Dante:

Espero que borres todas esas grabaciones.

Ettore:

A menos que quieras conservarlas para el recuerdo.

Dante:

No me hagas desear matarte.

Ettore:

Jajaja. No eres el único que tiene un hijo al que cuidar, primo.

Las grabaciones ya fueron eliminadas.

Dante:

Está bien.

Ettore:

Imagino que no vas a necesitar de mí ni de Thiago en las próximas horas.

Dante:

No.

Ettore:

De todos modos, enviaré algunos hombres para reforzar la seguridad.

Dejé de responder en cuanto vi a Liziane tomar a nuestro hijo en brazos y acomodarlo en su regazo al sentarse en la cama.

—Mamá —murmuró él.

—¿Qué pasa, mi príncipe?

—Tengo hambre...

—Voy a pedir algo para cenar —le respondí.

Javier levantó la cabeza para mirarme y me regaló una sonrisa que, extrañamente, me llenó el pecho. Lorenzo tenía razón: uno solo entiende lo que es ser padre cuando se convierte en uno.

—Está bien, papá.

—¿Papá? —bufó Liziane—. ¿Qué le dijiste? —Sus ojos ardían de furia cuando volvió a mirarme.

—La verdad. —Me encogí de hombros.

—¿No podías…?

—¿Sostener una mentira? Definitivamente no. No le hacías ningún favor ocultándole la verdad.

—No estoy tan segura de eso.

—¿Qué quieres para comer? —Cambié de tema.

—Tu piel —dijo entre dientes.

—Más tarde. —Solté una risa que la hizo enfurecer aún más —. Voy a ver qué hay de carne roja en el menú.

Ella siguió mirándome con esos ojos cargados de amenaza, pero yo ya no le temía.

—Puedes irte —le dije a la niñera, que seguía en la esquina de la habitación.

—¿Está seguro, señor? —me preguntó, mirando al niño, sin duda pensando en todo lo que podía haber ocurrido detrás de la puerta mientras ella estaba con él.

Luego me observó a mí. Yo seguía sin camisa, cubierto de arañazos. No me había mirado aún en el espejo, pero supuse que debía tener algún hilo de sangre en la zona donde Liziane me golpeó con el jarrón.

—Yo me encargo —le aseguré.

Se levantó y salió, tan rápido como había dudado. En el fondo, sabía que era mejor mantenerse lejos cuando Liziane y yo estábamos juntos en el mismo espacio.

Fui hasta el teléfono de la mesita de noche y llamé a la cocina. Me dieron rápidamente las opciones, elegí tres platos y pedí que se apresuraran. Mi hijo no era el único que tenía hambre.

—¿Hasta cuándo crees que puedes jugar a "la familia"? —preguntó Liziane apenas colgué.

—Después de que mataste a mi prometida, tengo bastante tiempo libre.

—No era a ella a quien quería muerta.

—Me lo imagino —solté una sonrisa amarga—, pero será mejor no hablar de eso delante de nuestro hijo, ¿no crees?

Me senté a su lado y acaricié la cabeza de Javier, pasando los dedos por su cabello oscuro. El niño me miró. Parecía feliz, sobre todo por estar en brazos de su madre. Desde que llegué, me había preguntado varias veces dónde estaba ella, y yo le respondía que pronto la vería. Solo que no imaginé que fuera tan pronto.

Nunca, en ningún encuentro anterior con ella, habíamos tenido un momento tan pacífico como ese.

Dejamos de lado las ganas de destruirnos, al menos por un instante, por el bien de nuestro hijo.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo treinta y cinco

En cuanto la cena estuvo servida, Dante, Javier y yo nos sentamos en la pequeña mesa del salón y comimos juntos. Mientras yo miraba fijamente al italiano, alternando entre querer asfixiarlo hasta la muerte y querer sentarme en su regazo, permanecí en completo silencio, limitándome a observar a mi hijo y a asegurarme de que estaba bien.

El italiano no le había hecho daño ni nada que me alarmara, aparte de decirle al niño que era su padre. Mi hijo parecía emocionado por la noticia, me atrevería a decir que incluso feliz, pero no tenía ni idea de la guerra que yo había estado librando con aquel hombre durante años.

—¿Quieres un helado, Javier? —le preguntó Dante.

Mi hijo esbozó una sonrisa emocionada.

—Es tarde. Podría tener dolor de garganta o agarrarse una gripe. —Lo fulminé con la mirada.

—Tendrás que esperar hasta mañana, muchacho.

—¿Me voy a dormir?

Dante apartó el plato, llevó al niño a lavarse los dientes y luego lo acostó, sentándose a su lado. Yo me quedé junto a la puerta, observando, dispuesta a actuar en cualquier momento si pensaba que podía hacerle daño a mi hijo, pero él se limitó a acariciarlo y a observarlo hasta que se durmió.

Cuando estuvo seguro de que Javier había caído en un sueño más profundo, el italiano lo tapó y arropó al chico en el centro de la cama antes de levantarse y caminar hacia mí. Se apoyó en la puerta con cuidado cuando retrocedí unos pasos.

—Creo que ahora dormirá hasta mañana.

—Cuando despierte, nos iremos.

Dante apretó los dientes y resopló.

—¿Cuándo mierda te he dado a entender que podrás llevártelo?

—No tienes derecho a impedírmelo.

Se rió.

—¿Quieres discutir quién tiene derecho a qué?

—Soy la madre.

—¡Maldita sea! —Dante me miró fijamente con su habitual aire arrogante y autoritario—. Deberías saber que eso no te hace más que yo.

—Solo quieres volverme loca...

—Pero eso no significa que quiera menos a mi hijo.

—No puedes hacer eso...

—Sí que puedo. —Dio unos pasos hacia mí y lo siguiente que supe fue que me había empujado contra la pared—. ¿Creías que podías desafiarme sin consecuencias, zorra?

—No eres tan poderoso como crees.

—Soy lo suficientemente poderoso como para hacerte gemir.

Dante apoyó una mano en la pared junto a mi cabeza y con la otra se deslizó por el interior de la bata, pasando por la abertura de la parte delantera hasta encontrar mi vulva.

—Tú... —Un gemido escapó de mi garganta, impidiéndome hablar.

—¡Abre las piernas!

—¡No!

—Voy a meterte la verga de todas formas, pero esta vez podemos empezar más despacio.

—¡Bastardo!

—Abre las piernas, zorra española.

Me apretó contra la pared con el peso de su pecho y me obligó a separar los muslos con la presión de sus dedos. Podría haber dicho que no quería, pero mis piernas se separaron casi de inmediato.

Sus ojos se clavaron en los míos, firmes, autoritarios y posesivos de una forma que me volvió loca, mientras sus dedos recorrían mi ingle, haciéndome cosquillas, y se deslizaban por mis labios vaginales hasta encontrar mi clítoris. Intenté reprimir un gemido de excitación mientras separaba aún más las piernas.

—Sí... Así me gusta, bien dócil...

—Tú...

—¡Shhh! —Me agarró un lado de la cara con la mano que tenía en la pared y me metió la lengua en la boca de una forma que no pude resistir.

Mordí su labio inferior, saboreando su sangre en mi boca mientras Dante deslizaba su dedo dentro de mí, avivando aún más mi deseo. Gruñí suavemente cuando empezó a moverse más rápido, haciendo que mi excitación recorriera mis muslos.

Le lamí los labios, atrapando una pequeña gota de sangre que había arrancado con los dientes, y bajé la mano mientras él seguía metiéndome el dedo en la vagina. Bajé la cremallera de sus pantalones y deslicé mi mano dentro de sus pantalones, agarrando su verga de una manera que lo hizo gemir.

Sonrió mientras recorría su bulto con la mano.

—Cuidado con las uñas.

—¿Qué tan divertido sería si te arrancara la verga?

—No estás tan loca.

—No me pongas a prueba. —Apreté más fuerte su verga y él gruñó, apartándome la mano y cerrándome los puños, golpeándolos contra la pared detrás de mí.

—Psicópata.

—En eso somos iguales. —Incliné la cabeza hacia delante y le lamí la mejilla.

Dante dejó escapar otro gruñido antes de que su boca consumiera la mía de nuevo con salvaje ferocidad. Me soltó las muñecas y mis manos se dirigieron a sus hombros, clavando mis uñas en su piel desnuda.

Tiró del cinturón de la bata y me lo pasó por los hombros, dejándome desnuda de nuevo mientras su cuerpo rígido me apretaba contra la pared.

Me froté los pezones contra su pecho, incapaz de resistir la excitación que me consumía. Lo odiaba con la misma furia con la que mi cuerpo lo deseaba.

Mi lengua se entrelazó con la suya violentamente, mientras nos gruñíamos como animales furiosos.

Llevé mis manos a su pecho y lo empujé hacia atrás, desenganchando mi espalda de la pared y haciéndole retroceder hasta que se detuvo junto a un sillón. Se bajó los pantalones, llevándoselos con ellos, y lo empujé, haciéndolo caer. Me subí encima de él, doblando las rodillas a los lados de sus muslos y Dante me agarró del culo, empujándome hacia abajo y haciéndome sentar sobre su dura verga, empalándola en mí hasta que tocó la entrada de mi vientre.

Gemí, echando la cabeza hacia atrás y él inclinó la suya hacia delante, mordisqueando, chupando y succionando mi cuello. Me dio una palmada en la nalga, que me dejó ardiendo, mientras yo empezaba a cabalgarle su verga.

Esta vez yo estaba encima y él no me penetraba como a una perra.

Sus manos se acercaron a mis tetas, apretándolas despreocupadamente, y empecé a moverme más deprisa, rebotando e inclinándome sobre su regazo.

—¡Sigue así! —ordenó, con la voz entumecida por el placer.

—Cállate. —Le tapé los labios con la mano, pero me apartó el brazo.

—Quiero verte explotar de placer. —Sus dos manos fueron a mis nalgas y hundió los dedos, dictando algunos de los movimientos mientras yo me deslizaba hacia arriba solo para sentarme de nuevo sobre su verga.

Estaba furiosa, mientras cada parte de mí vibraba con el impacto y la fricción de su cuerpo sobre el mío.

Volví a besarlo mientras sus ojos me miraban de forma muy provocativa. Lo apreté a propósito, cerrando mi canal alrededor de su miembro y Dante dejó escapar un gemido de placer más intenso. Eso solo sirvió para recordarle que no tenía tanto control como creía.

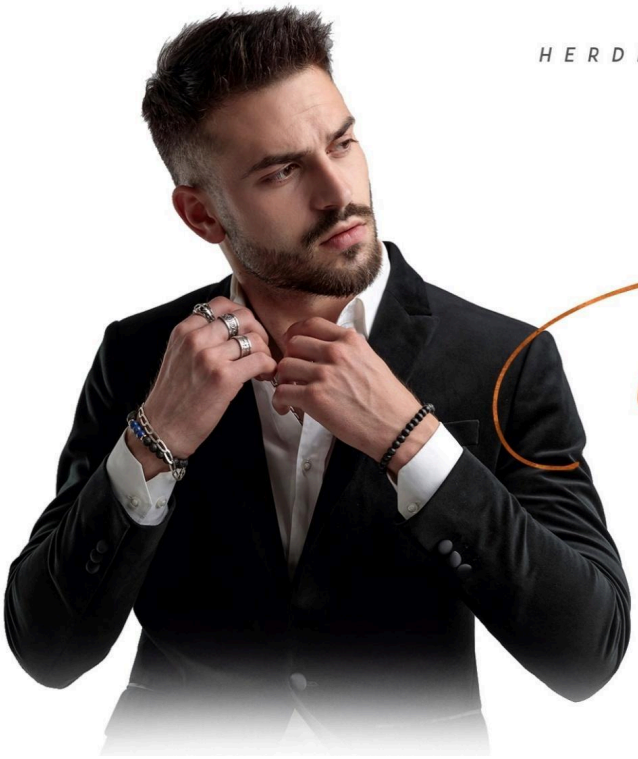
Percibí que se estaba conteniendo para no acabar, así que lo provocaba más, apretando, subiendo lentamente hasta sentarme con fuerza. Sin embargo, la forma en que lo provocaba también aumentaba mi placer. Con cada impacto, sentía cómo mi clítoris se frotaba y presionaba contra su cuerpo de una forma que me embriagaba.

Dante volvió a darme palmadas en el culo, mordiéndome el cuello mientras lo sentía explotar. Acabó con tanta fuerza y deseo que pude sentir la fuerza del chorro golpeando las paredes de mi vientre, pero no dejé de moverme hasta que mi propio placer me noqueó.

Apoyé las manos en los reposabrazos del sillón y me incliné hacia delante, jadeando, con el pecho subiendo y bajando rápidamente mientras observaba cómo giraba toda la habitación.

No me levantó de su regazo ni dijo otra palabra mientras nos recuperábamos de nuestro orgasmo.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo treinta y seis

Perdí la noción del tiempo y no supe cuántas horas habían pasado hasta que sentí el sol colarse a través de las cortinas entreabiertas de la habitación. Solo entonces me di cuenta de que me había quedado dormido en el sillón, cuando mis espaldas crujieron por la posición incómoda en la que había estado por tanto tiempo.

Liziane se había quedado dormida encima mío, y podía escuchar su respiración suave mientras descansaba la cabeza sobre mi hombro.

Me moví, intentando aliviar el malestar en mi espalda, pero eso la despertó y la hizo saltar como una gata acorralada.

Ni siquiera me miró antes de irse hacia la otra esquina del cuarto, donde tomó la bata y se cubrió, ocultando de mí el cuerpo desnudo que había observado durante toda la noche.

—Ya pasé demasiado tiempo aquí. Voy a llamar a Javier para que nos vayamos —dijo, mientras caminaba hacia la puerta del cuarto, pero antes de que pudiera abrirla, crucé la distancia entre nosotros y gruñí al sujetar el pasador.

—¿Todavía no entendiste que no voy a dejar que te lo lleves?

—No puedes hacer esto.

—La que no está en posición de imponer nada eres tú. Tus hombres están muertos y yo ya tengo refuerzos. Solo sigues viva porque todavía no he querido matarte.

—¿Eso es una amenaza? —Levantó la cabeza buscando mi mirada, dejando claro que no me tenía miedo, por más arriesgado que eso fuera.

—Podría convertirse en una.

—¿Qué piensas hacer con Javier? ¿Tenerlo encerrado en esta habitación de hotel hasta que cumpla dieciocho años y lo conviertas en uno de tus soldaditos?

—No. Voy a presentarlo a mi familia.

—¿Y ser el bastardo del Don de Italia? —dijo con sarcasmo—. Ni lo sueñes. Él es mi hijo, un heredero, un príncipe, y no voy a permitir que lo conviertas en cualquier cosa que tú quieras rebajarlo a ser.

—No tiene por qué ser un bastardo.

—¿Y cómo crees que lo van a ver cuando hables de él?

—Si te casas conmigo, será mi heredero legítimo.

Ella abrió los ojos, sorprendida por un instante, pero luego empezó a reír. Una carcajada profunda, firme, que me desconcertó y me hizo retroceder.

—¿Casarme contigo? —repitió con desprecio—. ¿Esto es una broma? ¿Por qué demonios me casaría contigo?

—Le daríamos poder a Javier.

—Él ya tiene suficiente poder. —Entrecerró los ojos, con esa mirada de felina trastornada que le conocía bien—. Yo no soy una de tus putas ni una de esas niñas educadas para servir a hombres como tú. Soy la señora de mi propio reino y no voy a rebajarme a ser el trofeo de nadie.

Sus palabras me tomaron por sorpresa, tanto como la seguridad con la que las decía.

—No me he casado antes porque sé que cualquier idiota intentaría quitarme España, y tú no serías diferente.

Cualquier otra no habría dudado en aceptar esa propuesta. Cualquiera... menos ella.

—Haz lo que quieras, pero tendrás que matarme si quieres impedir que me lleve a MI HIJO —espetó al abrir la puerta y caminar

hacia el niño, que aún dormía en la cama—. ¿Príncipe? —Acarició su carita hasta que él abrió los ojos.

—Mamá...

—Nos vamos, mi amor.

—¿A dónde?

—A casa.

—Está bien.

Lo tomó en brazos y pasó junto a mí. Javier me miró con sus ojitos y me sonrió, levantando una manito para despedirse.

—Chau, papá.

No impedí que se fueran. Al contrario, hice una señal con la mano para que mis soldados les permitieran pasar.

Esa maldita me había golpeado de una forma que no afectó mi cuerpo, pero sí destrozó mi orgullo.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo treinta y siete

Caminé con Javier en brazos hasta el apartamento que habíamos alquilado cerca del hotel. Aún llevaba puesta la bata, necesitaba ropa y una ducha antes de salir de ese país y regresar a casa.

Apenas abrí la puerta, Miguel se levantó de golpe de la mesa de la cocina y vino hacia mí.

—¡Lizi! —Me escaneó con la mirada, buscando heridas en mí o en el niño, pero no encontró nada preocupante, más allá de algunos moretones.

No podía decir lo mismo de él: ojo morado, heridas y cortes por todo el cuerpo. Parecía un milagro que siguiera vivo.

—¡Estoy bien!

—¡Gracias a Dios! —Soltó un suspiro de alivio.

—¿Y los hombres?

Negó con la cabeza.

—Vienen otros en camino, íbamos a ir a buscarte a ti y al niño.

—Ya estamos aquí. Solo voy a darme una ducha rápida y a vestirme para irnos. Cuida a Javier por mí. —Le entregué al niño, que ya lo conocía lo suficiente como para no sentirse incómodo con él.

—¡Ese desgraciado te hizo daño! No deberías haber estado sola con él...

—Estoy bien, Miguel —lo interrumpí—. Solo rompió mis ropas.

—Él no tenía derecho a...

—He dicho que estoy bien —aseguré, dando por terminado el tema.

—Vamos a casa —cedió Miguel.

—Sí.

Pasé junto a él, lo dejé con mi hijo y me dirigí al baño después de tomar ropa limpia que había traído en una maleta pequeña.

Miguel había deducido que habíamos tenido sexo, igual que lo hizo la primera vez, cuando terminé embarazada de Javier. Sin embargo, era mucho más que Dante solo lastimándome, y prefería no tener que explicar cosas que me resultaban inadmisibles.

Dejé caer la bata al entrar en la ducha y el agua caliente corrió por mi cuerpo, recordándome lo dolorosos que podían ser algunos hematomas. Estaba cubierta de sudor y semen seco, necesitaba quitarme ese fuerte olor a sexo que seguía impregnado en mi piel. No me importaba que mis hombres supieran que no era ninguna virgen intocable, pero cuando se trataba de haberme acostado con el enemigo, era mejor que no lo supieran.

Si te casas conmigo...

La voz de Dante resonó en mi cabeza, y estuve a punto de reír otra vez de lo absurdo que me parecía. Si no hubiera estado frente a él cuando lo dijo, habría pensado que estaba siendo sarcástico.

El embarazo de Javier había sido un accidente, pero no iba a permitir que Dante convirtiera al futuro Don de España en un simple bastardo italiano. Además, jamás renunciaría a mi propio poder por un hombre que se creía superior a mí.

Podía ser atractivo y hacer que mi cuerpo ardiera cuando teníamos sexo como animales salvajes, pero solo era eso. Ojalá que encontrara a otra muñequita para convertir en su esposa y que nos dejara en paz a mi hijo y a mí.

Cuando salí del baño, peinándome el cabello mojado con los dedos, encontré a Miguel en la sala, y los hombres que había llamado ya habían llegado. Eran unos veinte soldados apretados en el pequeño espacio del apartamento, que claramente no estaba diseñado para tanta gente.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó Miguel con mi hijo en brazos, distraído con un juguete nuevo que, probablemente, Dante le había comprado.

—Ya tengo a mi hijo de vuelta. Hice lo que vine a hacer aquí, nos vamos.

—Como digas —asintió.

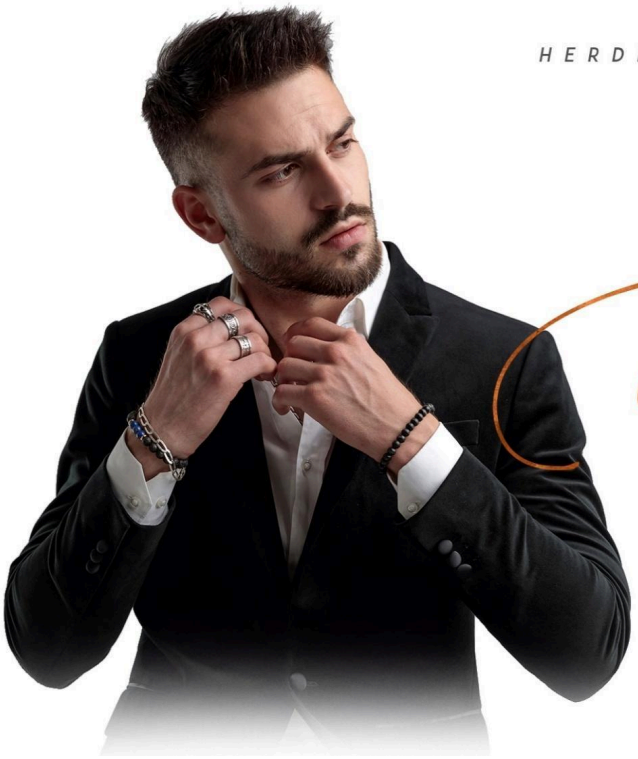
Me acerqué y tomé a Javier en brazos.

—¡Galleta! —Señaló un frasco en una repisa de la cocina.

Le di algunas antes de que saliéramos del apartamento.

No podía esperar a estar en casa y librarme de esa sensación extraña que implicaba estar en Italia y tan cerca de Dante.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo treinta y ocho

—¿Por qué la dejaste ir? —preguntó Lorenzo cuando me encontré con ellos más tarde ese mismo día.

—No podía simplemente matarla —confesé, sintiendo todavía una mezcla de tormento y confusión al pensar en todo lo que había pasado, y sobre todo en la conversación que habíamos tenido esa mañana.

—Yo la habría matado —Thiago se encogió de hombros—. Estaba sola y sin protección. Era la oportunidad perfecta.

—¿Matarías a Juliana? —preguntó Ettore, tomando a Thiago por sorpresa.

—¿Desde cuándo esa comparación es válida? —Quiso saber el asesino.

—Ella es la madre del hijo de Dante.

Me alejé de ellos, apoyándome en la ventana del despacho, mirando el jardín que se extendía más abajo, perfumando la mansión Bellucci.

—¿Dante? —Lorenzo tocó mi hombro.

—Quiero a mi hijo, Lorenzo.

—Debe de haber una forma más sencilla de resolver esto.

—¿Desde cuándo hay una forma sencilla de resolver cualquier cosa con Liziane? No importa lo que haga, ella no cede.

—Tal vez Thiago...

—¿Crees que Javier me perdonaría por matar a su madre? —No lo dejé terminar la frase—. Probablemente no. —Inhalé profundamente, quedándome en silencio un momento antes de continuar—. Le propuse que se casara conmigo. No sería un matrimonio que mi padre cuestionaría, nos daría poder sobre España

y acabaría con el conflicto principal que hemos tenido en los últimos años.

—¿Entonces te vas a casar con ella? —Lorenzo quiso asegurarse.

—No.

—¿Pero por qué no? —Se sorprendió con mi respuesta, breve y tajante.

—Se rió de mi propuesta. Dijo que jamás se convertiría en mi esposa trofeo.

—Me cae bien. —Se rió Thiago—. Tiene agallas.

—Está loca —murmuré.

—Una loca que sabe cómo quitarte el sueño —se burló Ettore, alimentando aún más mi furia.

—¿Entonces qué quieres que hagamos ahora? —preguntó Thiago.

—Por ahora, nada. La mercancía volvió a cruzar por el Estrecho, eso basta para mantener contentos a los capos. Vamos a retomar los precios anteriores y garantizar el suministro en toda Italia.

—¿Y en cuanto a tu hijo?

—Ese sigue siendo un asunto que tengo que resolver con ella.

—¿Vas a contárselo al resto de la familia?

—No. Por ahora vamos a mantenerlo entre nosotros. No quiero que la noticia se difunda antes de tener una solución.

—¿Aún crees que puedes convencerla? —preguntó Lorenzo, pensativo.

—No lo sé.

—Espero que sí —murmuró.

Liziane era el principal motivo de mi desequilibrio, y ella sabía perfectamente cómo sacarme de quicio. Tratar con esa mujer siempre fue mi mayor desafío, y no parecía que eso fuera a cambiar pronto.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo treinta y nueve

Apenas regresamos a casa, pasé el resto del día con mi hijo. Me costaba separarme de él, porque siempre tenía la sensación de que alguien podría intentar arrancármelo de nuevo.

Además, tuve que convencer a un niño de tres años de que era mejor no contarle a nadie que había conocido a su padre. Hombres malos podrían querer hacernos daño. En realidad, lo que temía era lo que podrían intentar hacer mis aliados y mis enemigos con esa información.

Era mucho más sencillo manejar la situación mientras todos pensaran que el padre de Javier no era nadie importante. Un simple soldado, eclipsado por mi poder, alguien con quien me había acostado únicamente con el objetivo de quedar embarazada.

Pero saber que se trataba de Dante Bellucci lo cambiaba todo. Dejaba de ser una elección mía para consolidar mi poder y se convertía en un error, un accidente. Sin mencionar que de ninguna manera quería que mi niño fuera conocido como el bastardo del jefe de la mafia italiana.

Pero si me casara con Dante...

Esa idea todavía me hacía reír. Ese desgraciado había hecho de todo por someterme en los últimos años y dudaba que su comportamiento fuera a cambiar.

De lo único que estaba segura era de que no iba a entregar mi poder por él.

—¿Vamos a seguir permitiendo que los cargamentos de los italianos pasen? —preguntó Miguel.

La voz de mi mano derecha me sacó de mis pensamientos y me devolvió a mi oficina. Me acomodé en la silla y solté el bolígrafo

antes de contestarle.

—Por ahora sí.

—¿Entonces llegaron a un acuerdo?

—Lo único que quiero es que se mantenga alejado de mi hijo.

—¿Y crees que va a rendirse tan fácilmente ahora que sabe que el niño existe?

—Eso espero, pero siendo honesta, sé que no.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé... —Solté el aire con fuerza.

Odiaba tener que admitir eso, pero estaba confundida y aturdida con todo lo que estaba ocurriendo, y sentía que cada vez que Dante y yo nos encontrábamos, las cosas empeoraban. Ningún otro líder europeo me quitaba tanto el sueño.

Sin contar que nuestras peleas siempre terminaban en sexo desenfrenado y agresivo. Que me encantaba.

—¿Puedo retirar la recompensa que ofrecimos por su cabeza?

—Por ahora sí.

—¿Crees que vas a cambiar de opinión?

—Miguel, no lo sé. —Incliné la cabeza hacia adelante y me froté las sienes.

—Tal vez sea un momento de paz. Las guerras no son buenas para los negocios, Lizi. Tu padre solía repetir eso bastante.

—Tal vez...

Miguel me quedó mirando hasta que cambié de tema.

—¿Cómo van los pagos de los capos del norte?

—Falta uno.

—¿Cuál es su plazo?

—Hasta mañana.

—Recuérdale lo que ocurre si no cumple.

—Déjalo en mis manos —dijo Miguel, haciendo una breve pausa antes de continuar—. ¿Necesitas algo más?

Negué con la cabeza.

Se despidió con un movimiento y salió del despacho, dejándome sola. Después de pasar un rato mirando la puerta, tomé mi celular, que estaba con la pantalla hacia abajo, y me encontré con un mensaje de Dante.

Teníamos el número del otro desde hacía años, pero casi nunca lo usábamos.

Dante:

¿Cómo está mi hijo?

Liziane:

No finjas que te importa.

Dante:

No estoy fingiendo nada.

Liziane:

Está mejor que contigo.

Dante:

De eso tengo mis dudas.

Liziane:

Como si tú fueras un ejemplo de padre.

Dante:

Solo lo sabrás si me dejas intentarlo.

Liziane:

Javier no te necesita.

Dante:

Eso es algo que él tiene que decidir.

Liziane:

Mi hijo solo tiene tres años, no tiene la capacidad para decidir nada aún.

Dante:

Entonces crees que puedes decidir por él.

Liziane:

No solo lo creo, puedo hacerlo.

Dante:

Estoy en desacuerdo.

Liziane:

A la mierda tu opinión, me importa un bledo.

Dante:

Eso ya lo noté, pero ya es hora de que empieces a reconsiderarlo.

Liziane:

¿O qué?

Dante:

No importa lo que digas. No voy a renunciar a él.

Liziane:

Aún puedes embarazar a otra. Déjanos en paz a mí y a mi hijo.

Dante:

No importa cuántos hijos tenga. Javier no deja de ser mi sangre.

Liziane:

¡Tonterías!

Dante:

Protesta todo lo que quieras, no voy a cambiar de opinión. ¡Me haré cargo!

Liziane:

Sabes las consecuencias horribles que eso puede traerle.

Dante:

Ya te di una solución para eso.

Liziane:

Como si fuera a aceptar.

Dante:

Entonces la culpable serás tú, no yo.

Liziane:

¿Así de simple? ¿Tú te lavas las manos?

Dante:

Estoy haciendo lo correcto.

Liziane:

Métete lo correcto en el culo.

Dante:

Tus amenazas ya no me sorprenden.

Liziane:

Será mejor que te olvides de mi hijo.

Dante:

Eso no va a pasar.

Liziane:

¡Hijo de puta!

Dante:

Quiero que me lo traigas los fines de semana para verlo.

Liziane:

¿Qué? ¡Eso no va a pasar!

Dante:

Si él no viene, iré yo a España a verlo.

Liziane:

No serás tan idiota.

Dante:

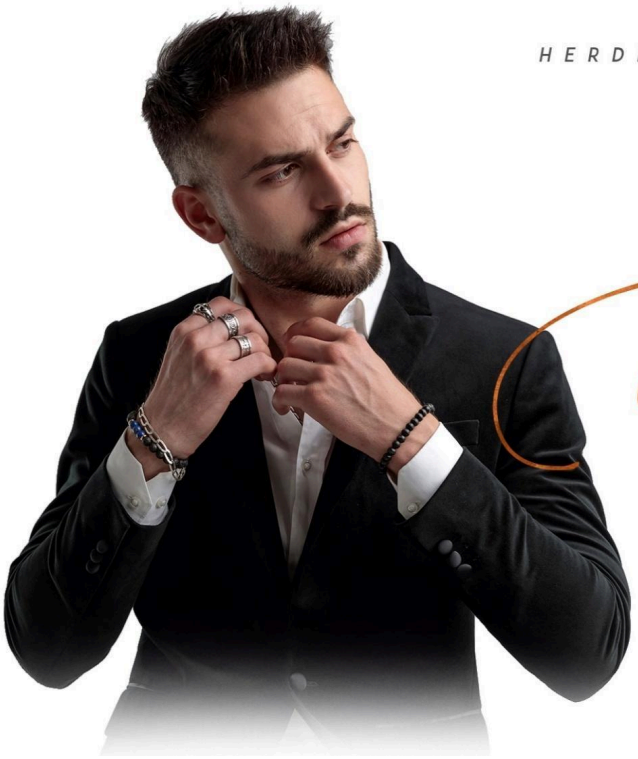
Intenta ponerme a prueba.

Dejé de responderle mientras bufaba, furiosa. Ese malnacido estaba yendo demasiado lejos y parecía solo cuestión de tiempo para que todos se enteraran de que era el padre de Javier.

Esa posibilidad me enfurecía, y al mismo tiempo parecía imposible hacer que él cambiara de idea.

Javier parecía disfrutar de la presencia de su padre más de lo que me gustaría admitir, pero eso no significaba que yo estuviera de acuerdo con esa situación.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo cuarenta

Bajé el celular con una sonrisa de satisfacción. Ella podía decir lo que se le ocurriera y patalear todo lo que quisiera mientras le quedara aliento, pero eso no iba a hacerme cambiar de opinión.

Si había algo que había aprendido con mi familia, era que la sangre estaba por encima de todo, sin importar las consecuencias. Esposas fuera de la mafia habían sido aceptadas solo por quedar embarazadas, y yo no iba a darle la espalda a Javier, por mucho que Liziane pataleara.

Escuché unos golpes en la puerta y me acomodé en la silla antes de decir que podían pasar.

Pensé que sería Lorenzo, trayendo noticias de alguno de los capos, pero era mi padre, que caminó en silencio hasta quedar frente al escritorio, observándome con su mirada de siempre.

—Supe que el problema con España finalmente se resolvió.

—De cierta forma, sí.

—¿De cierta forma? —Alzó una ceja, frunciendo el ceño, dejando claro que no era la respuesta que esperaba.

—Ella no es precisamente una mujer fácil de manejar.

—No todas lo son.

—Sobre todo las que llegaron al poder.

—Sí. —Asintió mi padre. Tomó unos segundos antes de cambiar de tema—. Tengo algunas candidatas que espero que consideres. En respeto a los Sforza, podemos aplazar el anuncio del compromiso, pero cumplirás treinta y cinco en unas semanas y necesitas definir tu matrimonio.

—Te casaste más viejo que yo.

—Pero ya tenía una prometida, y la tuya está muerta.

—Fue una desgracia...

—Entonces...

—Ya tengo a alguien en mente —lo interrumpí.

—¿Vas a escoger a otra mujer antes de analizar las opciones que tengo? —Mi padre apoyó las manos sobre el escritorio y me clavó una mirada severa.

—No es una niña, y dudo mucho que alguna de tus candidatas represente una alianza más fuerte que la española.

Mi padre quedó boquiabierto un momento. No esperaba que yo dijera algo así.

—A los Sforza no les va a gustar que reemplaces a su hija con la mujer que la mató.

—Un pequeño conflicto en nombre de una alianza mucho más poderosa.

—Eso es un hecho —admitió a regañadientes—. Casarte con la española aumentaría mucho nuestra influencia.

—Imaginé que estarías de acuerdo conmigo.

—Si realmente crees que es una posibilidad, haz los arreglos necesarios para que ocurra. No olvides que necesitas un heredero, y cuanto antes, mejor.

—Eso no es un problema.

—¿Por qué no?

—Ya tengo un heredero.

—¿Qué?

Tomé a mi padre por sorpresa. Aunque no le gustara lo que iba a escuchar, era mejor que lo supiera de una vez.

—¿La embarazaste y todavía estás considerando casarte con ella? —Apretó los dientes—. Tenemos que hacer que ese matrimonio ocurra antes de que el niño nazca. No queremos que lo vean como

un bastardo. Los Sforza me deben el poder que tienen hoy, y van a...

—El niño ya nació, papá.

—¿Cómo dices?

—Hace tres años.

—¿Y recién ahora me lo dices? —rugió—. Cuando la embarazaste ni siquiera estabas comprometido con Isabela. No habríamos montado ese circo y el matrimonio ya se habría concretado.

—Yo tampoco lo sabía.

—¿No lo sabías? —Mi padre no creyó tan fácilmente lo que decía—. ¿La tuviste como amante todos estos años y ni siquiera lo sospechaste? No te crie para que fueras tan estúpido.

Inspiré profundamente, apretando los bordes del escritorio para contener la furia. Me tomé unos segundos antes de responder con cautela.

—En primer lugar, ella no es mi amante, nunca lo fue. Solo tuvimos sexo una única vez, en nuestro primer encuentro para negociar el paso por el Estrecho. Como dije, nunca fue una mujer fácil de tratar y nunca me dijo nada sobre el hijo.

—¿Cómo lo descubriste?

—Ettore sugirió secuestrar al niño para obligarla a ceder. Funcionó, pero también me hizo verlo bien y darme cuenta de lo parecidos que somos.

—¿Estás seguro de que es tuyo?

—Hice una prueba de ADN.

—Entonces debes reconocerlo.

—Créeme, lo estoy intentando. Como te dije, ella no es fácil.

—Resuelve esto.

—Lo haré lo más pronto que pueda.

—¿Dónde está el niño?

—Con ella. Regresaron a España.

—¿Quién más lo sabe?

—Ettore, Thiago y Lorenzo.

—Evita que la noticia se difunda antes de que la convenzas.

Asentí. Eso era exactamente lo que pretendía hacer, aunque sabía perfectamente que lidiar con Liziane no era tarea sencilla, y que todo podía salirse de control en cualquier momento.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo cuarenta y uno

Arrojé varias gotas de agua al aire, que brillaron como diamantes mientras levantaba a Javier de su flotador y lo sumergía en la piscina. Aunque ya habíamos entrado en otoño, ese día estaba soleado y bastante caluroso.

Desperté con mi hijo al lado de la cama, pidiéndome que fuéramos a la piscina. Después del susto por su secuestro, quería dedicarle más tiempo y, sobre todo, mantenerlo bajo vigilancia, convencida de que podía evitar que algo así volviera a pasar.

—¡Agua! —exclamó, golpeando la superficie con sus manitos, haciendo que más gotas volaran por los aires.

—Te encanta la piscina.

—¡Sí! —repitió, sonriendo.

Le devolví la sonrisa, pero pronto noté cómo su expresión cambiaba. Seguía contento, pero había en su rostro una chispa de curiosidad, hasta que su sonrisa se amplió aún más.

—¡Papá!

¿Qué…?

Me giré de golpe, aún sosteniéndolo, y me encontré con Dante caminando por el borde de la piscina, acercándose a nosotros. Estaba acompañado por otros cinco hombres, y se sentó en una reposera cerca de mí antes de quitarse las gafas de sol y sonreírle a Javier.

—¿Qué haces aquí? —Le solté entre dientes—. ¿Cómo entraste?

—Miguel no tuvo más remedio que dejarme pasar cuando le dije que iba a armar un escándalo gritando por Javier hasta que me

dejaran verlo.

—¡Eres un desgraciado!

—No habría venido hasta aquí si tú lo hubieras llevado a Italia para verlo, como te pedí.

—Esto ya está sobrepasando todos los límites. —Molesta, senté a Javier en el borde de la piscina para poder apoyarme y salir del agua.

Me incliné hacia Dante solo para tomar una toalla que estaba detrás de él y comencé a secarme.

—Con bikini luces genial… pero sin ropa es mejor —murmuró lo suficientemente bajo para que solo yo lo oyera.

—Imbécil —gruñí, y él se rió.

Javier lo abrazó y a Dante no pareció importarle que el niño estuviera completamente mojado.

—Hola, hijo.

Estaban hablando demasiado alto y era solo cuestión de tiempo antes de que algún empleado escuchara y comenzara a comentar.

—¡Tienes que irte!

—Pero acabo de llegar. Voy a pasar un tiempo con mi hijo, y parece que él también quiere estar conmigo.

—Van a terminar enterándose —dije entre dientes.

—¿Que Javier es mi hijo? No tengo el menor interés en seguir ocultándolo.

—¡Desgraciado!

—¿No entiendes lo malo que puede ser eso para él?

—¿Malo para quién? —Dante le hizo cosquillas al niño, que soltó una carcajada—. ¿Crees que mi hijo prefiere no convivir conmigo?

—Ya te dije que no tiene edad para decidir nada.

—Y tú crees que eso te da todo el poder.

—¡Lo creo!

—Entonces el problema es tuyo. Porque, como ya te dije, Liziane, no voy a retroceder.

—¡Lárgate de mi casa!

—No.

—¿Crees que un par de soldados pueden protegerte de todos los hombres que tengo aquí?

—Tengo muchos más esperando afuera, listos para entrar si se los ordeno, pero dudo que sea necesario. A menos que quieras poner a nuestro hijo en medio de un tiroteo que podría lastimarlo.

Mi impulso fue lanzarme sobre Dante y desgarrarlo con las uñas, pero él todavía tenía a Javier en brazos, y tuve que contenerme.

—¿Eso es un rosado espumoso? —preguntó, alzando la mano hacia una copa sobre una mesita redonda.

Era mi copa, pero estaba lejos de ser mi mayor preocupación.

—¿Cuánto tiempo planeas quedarte?

—Acabo de llegar.

—Pero no eres bienvenido.

—Puedo irme, siempre y cuando aceptes que Javier se quede conmigo el fin de semana. Me lo llevo a Italia y te lo devuelvo el lunes.

—Solo por encima de mi cadáver.

—Entonces no tengo prisa. —Se acomodó mejor, puso los pies sobre la reposera y colocó a Javier en su regazo.

En mi mente, me imaginaba rompiéndole la botella de espumante en la cabeza o mil formas distintas de matarlo, pero mi hijo estaba ahí, observándolo todo y lucía demasiado feliz y tranquilo en compañía de su padre.

—¿Papá?

—¿Sí, Javier?

—¿Vamos a nadar?

—¿Quieres que entre a la piscina contigo?

—¡Sí, quiero!

—Está bien.

Dante puso al niño en el suelo y comenzó a desvestirse, quitándose el traje, la camisa… hasta quedarse solo con un bóxer negro y ajustado.

Carajo…

Desvié la mirada cuando me di cuenta de que lo estaba mirando demasiado. Sus hombros anchos, el pecho firme, los abdominales definidos… Aún tenía algunas marcas que yo misma le había dejado, pero ya comenzaban a desaparecer.

Dante se lanzó al agua, se sumergió rápidamente y nadó hasta el otro extremo de la piscina, luego volvió, emergiendo con el cabello empapado y la barba chorreando gotas.

—¡Ven, hijo! —Abrió los brazos hacia Javier, que corrió hacia él sin pensarlo dos veces.

Yo me quedé de pie junto al borde, con un sabor amargo en la boca, sin saber qué hacer y sin ver una solución clara.

—¿Lo matamos? —preguntó Miguel en un susurro, al ponerse a mi lado.

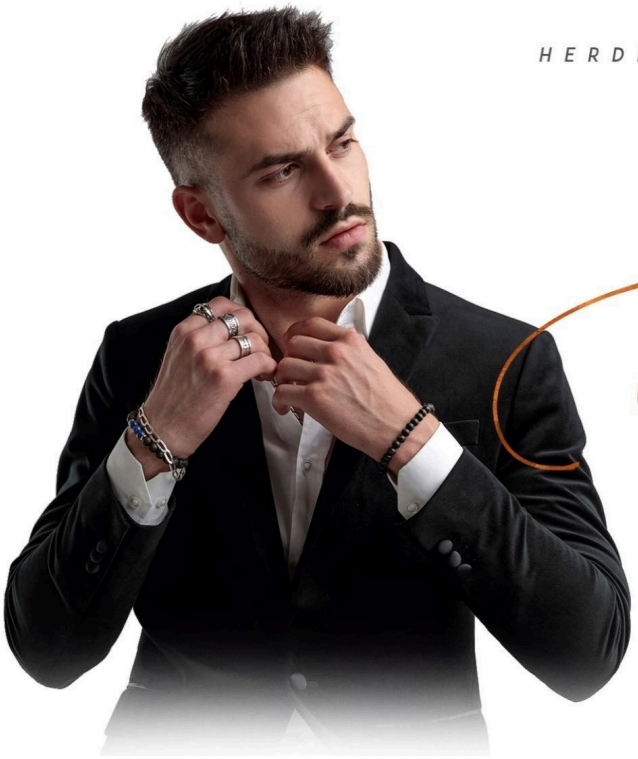
—Ojalá pudiera…

—Javier se está divirtiendo.

—Sí…

Admitir eso era otra parte dolorosa. Por más que mi hijo hubiera crecido rodeado de figuras masculinas dentro de la mafia, nunca habría imaginado cuánto necesitaba y deseaba a un padre… hasta ahora.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo cuarenta y dos

Mi niño...

Me di cuenta de que mis labios se curvaban en una sonrisa completamente involuntaria mientras jugaba con Javier en la piscina. Nadaba muy bien para ser tan pequeño y parecía divertirse muchísimo con mi presencia.

Nos salpicamos el uno al otro y jugamos a perseguirnos dentro del agua, hasta que una de las empleadas se acercó a Liziane, quien seguía sentada fuera de la piscina, observándonos, y le informó que el almuerzo ya estaba servido.

Ella llamó a su hijo, que nadó hasta el borde y fue levantado por su madre hacia la orilla. Lo envolvió en un batín de toalla de su tamaño, acurrucándolo con ternura.

Yo también salí, salpicando un poco de agua al pasar. Ella, con los labios apretados y cara de pocos amigos, me lanzó una toalla contra el pecho.

—Puedes poner un plato más —le dije a la empleada antes de que se alejara demasiado—. Me quedo a almorzar.

La mujer se giró hacia Liziane, esperando su aprobación. La española no tuvo más opción que asentir con desgano.

Me sequé lo mejor que pude y me envolví la toalla en la cintura mientras los seguía hasta una mesa de hierro cercana a la piscina. Liziane se sentó en la cabecera, y yo arrastré la silla del otro extremo, mirándola fijamente mientras la empleada colocaba un plato frente a mí.

—Lamentablemente, no tenemos ni pasta ni pizza —comentó con tono burlón, justo cuando la empleada destapaba el recipiente principal.

—Me gusta la paella.

—Pensé que podrías ser alérgico a los mariscos.

—¿Crees que podrías matarme con unos camarones? —Asentí con la cabeza para que la empleada sirviera una copa de vino blanco para mí.

—No perdía nada intentando. —Me lanzó una sonrisa perversa.

Por supuesto que nuestro hijo era demasiado pequeño para entender el intercambio de miradas y las amenazas disfrazadas que salían de los labios de su madre. No importaba lo que yo hiciera, Liziane no estaba dispuesta a ceder ni un milímetro.

—¡Cuidado! —advirtió, justo cuando me incliné hacia adelante para servirme una porción.

—Dudo que fueras capaz de envenenar una comida que compartes con nuestro hijo.

—Yo que tú, no pondría las manos en el fuego.

La miré mientras me llevaba una buena porción de camarones a la boca.

—Mmm... delicioso.

—Imbécil —murmuró entre dientes, y yo solté una carcajada.

La empleada sirvió a Javier, que comía pedacitos pequeños de mariscos y arroz bien condimentado.

Liziane no dejaba de observarme con esa expresión recelosa, como si quisiera dejarme en claro que no bajaría la guardia ni por un segundo.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo cuarenta y tres

Después de comer, volvimos a la piscina. Yo seguía esperando que Dante se fuera, pero eso no ocurría. Ese imbécil no dejaba de empujarme al límite, probando hasta dónde llegaba mi paciencia y cuánto podía aguantar sin matarlo frente a nuestro hijo.

Javier le enseñó sus pistolas de agua y los dos se pasaron el resto de la tarde disparándose, Dante escondido detrás de las reposeras y Javier buscándolo. El niño también disfrutó con el teatro de su padre, simulando haber sido herido de muerte al ser disparado por el agua.

Sentada en una toalla, tomando el sol, les eché un buen vistazo, quería garantizar la seguridad de mi pequeño, pero para ser sincera, nunca le había visto tan feliz con otra persona que no fuera yo.

Puede que no conociera a su padre desde hacía tres años, pero era como si él y Dante hubieran vivido juntos desde siempre. Era una conexión extraña que me molestaba mucho, porque no podía hacer nada al respecto.

Yo quería que Javier le odiara, tuviera miedo y llorara a su alrededor, pero mi hijo se comportaba de una manera completamente distinta. Se le veía en los ojos lo enamorado que estaba de su padre.

Cuando el sol se puso y la noche empezó a caer sobre nosotros, me levanté de la reposera y tomé a Javier en mi regazo.

—No, mamá... —Empezó a gemir.

—Es hora de que te bañes. —Hice un gesto a Madalena, que miraba desde lejos, y la niñera se acercó para llevarse al niño.

—¿Te quedas, papá? —Se giró hacia Dante con sus ojitos. Estaba claro que estaba agotado.

—No me voy a ninguna parte, hijo —prometió el italiano.

En cuanto Javier se fue con la niñera, apreté los dientes ante Dante.

—Será mejor que te vayas.

—¿Y quedar como un mentiroso ante nuestro hijo?

—Para empezar, no deberías haberle dicho que te quedabas.

—Aquí estoy bien. —Se encogió de hombros.

—No eres bienvenido.

—Podemos resignificar esto.

—¡Imbécil! Sal de mi casa.

—No, no lo haré. —Se acercó, quedando a milímetros de mí —. ¿Por qué no vamos a nadar?

—¿En qué momento pensaste que accedería a esto?

—Entonces no digas que no te lo advertí —dijo, rodeándome la cintura con una mano y tirando de mí hasta el borde de la piscina para que cayéramos juntos.

Solo me di cuenta de lo que había pasado cuando ya estaba sumergiéndome hasta el fondo y salí lo más rápido que pude, jadeando y echándome el pelo mojado hacia atrás, mirando a Dante de pie frente a mí.

Estaba oscuro, pero las luces alrededor de la piscina me permitieron recorrer con la mirada su pecho desnudo y los penetrantes ojos azules que tenían una expresión mucho más autoritaria de lo que me gustaba.

—Haz que tus hombres se vayan —ordenó, con un gesto de ojos hacia los que estaban detrás de mis hombros.

—¿Por qué haría eso?

—No querrás que nos vean teniendo sexo, ¿verdad?

—No vamos a... —Apreté los dientes para contener un gemido cuando, debajo del agua, Dante estiró la parte delantera de mi bikini, deslizando los dedos por mi vulva, cubierto solo por una fina capa de tela.

—¡Quita la mano! —Le empujé el brazo para alejarlo.

Él no se detuvo, solo sonrió.

—Está bien, entonces lo haremos con público. —Rodeó mi cintura, atrayéndome hacia él, y con la otra mano deshizo el lazo de la parte de abajo de mi bikini.

Tuve que sujetarla antes de que flotara a nuestro alrededor.

—¡Maldito, deja de hacer eso!

—No. —Dejó escapar una risa burlona antes de deslizar sus dedos dentro de mí de un modo que me hizo gruñir.

—¡Fuera de aquí! —grité a los soldados que nos observaban como estatuas—. ¡Fuera, todos!

Dante sonrió triunfante y lo empujé con fuerza contra el borde de la piscina, haciendo que se golpeara la espalda contra las baldosas.

—¡No tienes autoridad aquí! Puedes gobernar Italia, pero no me quitarás España.

—No quiero a España. —Se dio la vuelta, me agarró de la cintura y fue mi turno de sentir la rigidez de la pared—. Te quiero a ti.

—Tú... —No pude terminar la frase porque su boca dominó la mía. Sentí el peso de su lengua mientras sus dientes rozaban mis labios y sus manos pesadas y firmes me arrancaban la parte de arriba de la bikini.

—Cásate conmigo —dijo en tono firme, con mirada penetrante, mientras sus manos bajaban al agua, rodeando mi cuerpo hasta la cintura.

—¡Ni siquiera muerta!

—No solo tenemos que ser amantes.

—Ni amantes, ni nada.

—Si tú lo dices. —Se rió sarcásticamente, deslizando sus dedos dentro de mí de tal forma que tuve que retorcerme para no gemir.

Cuando se dio cuenta de que estaba un poco blanda por el placer, Dante me agarró por la cintura y me sentó desnuda en el borde de la piscina. Comprobé rápidamente que no había soldados cerca antes de cerrar los ojos cuando deslizó su cabeza entre mis muslos.

Sus pesadas manos me agarraron la piel de una forma que dejaría marcas mientras inclinaba la cabeza hacia abajo. Me agarré a su pelo suave y húmedo cuando sentí sus dientes en mi montículo. Mordió la parte exterior de mi vulva antes de empezar a chuparme los labios vaginales de forma salvaje. Me deleité con la sensación de su pesada lengua presionando mi clítoris mientras hundía su boca hasta el fondo.

Me lo había imaginado haciéndome sexo oral varias veces, pero no había pensado que sería tan enloquecedor y salvaje.

Me solté de su pelo, incliné un poco el cuerpo hacia atrás y me agarré al borde de la piscina, clavando las uñas en el suelo mientras rodaba sobre su cara, suplicando más.

Debería apartarlo, pero no había una célula mía dispuesta a hacerlo.

Dante me chupó, me mordió, jugó con su lengua en mi punto más sensible y me penetró con ella, alternando con sus dedos. Podría haber estado entre mis piernas, pero aun así el muy cabrón se las arregló para hacerse con el control de la situación.

Estaba a punto de acabar, sintiendo mi cuerpo al borde del éxtasis, cuando se detuvo. Gruñí, intentando tirar de su cabeza hacia

atrás, pero me obligó a mantenerla levantada.

—Vamos —le pedí.

—No. —Se rió.

—¡Maldito! —Resoplé.

—No te voy a meter la lengua y los dedos únicamente.

Rugí y él volvió a tirar de mí hacia la piscina. Solo entonces me di cuenta de que se había quitado la ropa interior y estaba desnudo, igual que yo. Su cuerpo fuerte y pesado me apretó contra la pared mientras sus manos rodeaban mis muslos y los colocaban alrededor de su cintura. Gemí y me agarré a sus hombros mientras me penetraba de un fuerte tirón.

El agua se movía, creando olas en la piscina mientras él empujaba su cuerpo contra el mío y se movía hacia fuera en un delicioso y enloquecedor movimiento repetitivo.

Me agarré a su cuello, tirándole del pelo, y nos miramos fijamente antes de volver a besarnos de un modo que amortiguó un poco mis gemidos.

El firme roce de su pecho contra el mío me puso aún más cachonda y acabé, dejando que sus labios amortiguaran mis gritos mientras me penetraba cada vez con más fuerza. Me dolía la espalda de tanto golpearme contra la dura pared, pero ése era el menor de mis problemas.

Yo había llegado al orgasmo, pero él no, lo que le hizo seguir moviéndose, sin parar, cada vez más rápido. Por mucho que me odiara por ello, era delicioso tener mi cuerpo tan cerca del suyo.

Jadeé, sintiendo que se acercaba otro clímax hasta que su líquido me llenó, caliente, intenso, fuerte. Dante aflojó el ritmo, pero siguió dentro de mí un rato más hasta que volví a acabar, estremeciéndome y gimiendo.

Permanecimos juntos un rato más, paralizados y jadeantes, mientras nos recuperábamos, hasta que lo aparté.

—Ahora tienes que irte.

—No sin antes darle las buenas noches a mi hijo.

—Esto ya se está pasando de la raya.

—Podría ser mucho más fácil si aceptaras casarte conmigo.

—De ninguna manera. —Me escabullí hacia un lado, saliendo de sus brazos, e intenté recuperar un poco de dignidad después de haber tenido sexo con él otra vez.

—Liziane... —Salió de la piscina detrás de mí.

—Te vas a despedir de Javier y te vas a ir. —Tomé la toalla de la reposera y me envolví con ella.

Dante me tomó de la muñeca, pero me solté de inmediato. Ni siquiera quería mirarlo, porque sabía que ese podía ser mi punto débil.

—¿Y si no quiero irme?

—Haré que mis hombres te saquen a rastras.

—¿Antes o después de que volvamos a tener sexo? —se burló, como si fuera una broma y no algo que me volvía loca.

—No vamos a... —Corté la frase en seco cuando él me arrancó la toalla y me empujó contra una de las reposeras.

Antes de que pudiera defenderme, usó la toalla para atarme las muñecas. Las sostuvo arriba con una mano mientras con la otra retorcía el pezón de uno de mis senos.

—¡Maldito!

Él se rió, lamiendo el otro pezón, que ya estaba muy duro, como si yo no acabara de recuperarme de un polvo frenético en la piscina.

—¡Suéltame!

—No —dijo con firmeza, manteniendo mis brazos atados arriba.

—No tienes idea de lo que estás haciendo.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo. —Mordió mi boca antes de devorar mi cuello, chupándolo de una forma que seguramente dejaría una marca morada.

Intenté patalear, empujarlo, pero con él arrodillado entre mis piernas y las muñecas atadas, era prácticamente imposible. No había nada que odiara más de ese hombre que su capacidad para someterme.

Me gustaba ser fuerte, implacable, pero él me mostraba que aún había límites que no lograba superar.

Pensé que simplemente se inclinaría para metérmela de nuevo. Para ser sincera, era exactamente lo que mi cuerpo quería mientras mi vulva palpitaba, demostrándome que estaba lista para más. Sin embargo, Dante me dio la vuelta. A pesar de mis protestas, me colocó boca abajo sobre la reposera. Su mano seguía sujetando mis muñecas atadas de un modo que dificultaba mis movimientos, y yo me quedé mirando el suelo justo cuando una palmada estalló sobre mi nalga.

Por más que tratara de imponerme, no podía negar lo mucho más fuerte que él era. Con los puños atados, estaba en desventaja total, y no solo podía hacer conmigo lo que quisiera... lo estaba haciendo.

Mi culo ardía por la seguidilla de nalgadas cuando el maldito italiano separó mis nalgas.

—No vas a...

—¡Shh! —me interrumpió con autoridad—. Cállate.

—¡Maldito seas, no! —ladré al sentir algo caliente y húmedo resbalando por mis nalgas.

—¡Eres mía!

—Ni lo sueñes... —Fui silenciada cuando él me penetró por donde nunca antes había sido explorada.

Apreté los labios mientras los ojos se me iban hacia atrás. Soltó mis muñecas para poner ambas manos sobre mis nalgas, hundiéndose en mí.

—¡Carajo, Dante! —Volví a desear matarlo mientras me dominaba esa extraña mezcla de excitación, sumisión y rabia.

Jamás le habría entregado mi culo voluntariamente, pero el maldito italiano tomaba lo que quería, y en ese momento, cabalgaba sobre mí, encajando su pelvis contra mis nalgas y obligando a mi cuerpo a abrirse más.

—Si prometes comportarte, te suelto los brazos para que te toques —susurró al oído de una forma que me hizo estremecer aún más.

—Me voy a comportar cuando te clave un cuchillo en el cuello.

Él soltó una carcajada, separó más mis nalgas y embistió con más fuerza, arrancándome un grito.

—Va a ser más rico si te masturbas, pero puedes seguir ahí haciéndote la ruda, siempre y cuando me aprietes así hasta que te acabe toda. —Sus palabras me sacaban de quicio y, al mismo tiempo, me encendían más—. Entonces, ¿qué va a ser, perra española?

—¡Suelta ya mis muñecas!

Él rió, se inclinó y me desató, pero siguió sujetando una de mis manos mientras guiaba la otra hasta mi clítoris. Seguí su orden tácita de tocarme, y todo mi cuerpo vibró con un placer salvaje.

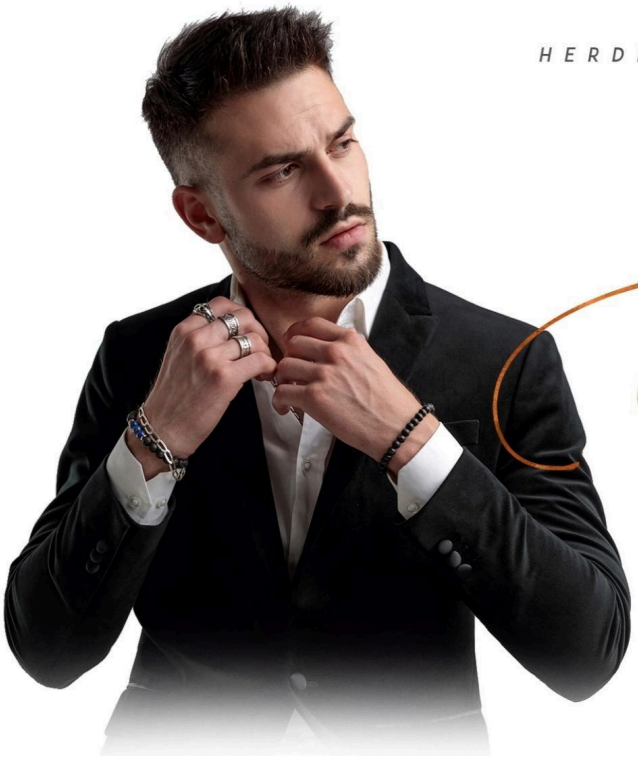
Dante finalmente me sostuvo de la muñeca y me agarró del cabello. Mientras mis dedos se movían con más frenesí, él aceleraba las embestidas, empujándome hacia adelante con cada sacudida contra mi culo.

Fue demencial, me llenó de furia, pero antes de darme cuenta, estaba gimiendo, gritando y desplomándome sobre la

reposera. Dante sacó su verga en el último segundo y lo sentí eyacular sobre mi espalda.

Esa batalla de poder me estaba volviendo loca.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo cuarenta y cuatro

—Buenas noches, hijo mío. —Me incliné sobre Javier y acaricié su cabello.

—¿Te vas a quedar hasta mañana?

—No puedo, tengo asuntos importantes que resolver.

—¿Pero vas a volver?

—Claro que sí.

—Está bien...

—Duerme bien, mi amor.

Me despedí de él y caminé hacia la puerta, donde Liziane nos observaba aún con esa expresión seria.

—Ya era hora de que te largaras —murmuró.

—Sé que querías tenerme en tu cama. —Le guiñé un ojo.

—Solo si es para que despiertes bañado en sangre y con la garganta cortada.

Me reí sin tomarme en serio su amenaza y me incliné para agarrarle el culo, jalándola hacia mí, y le di un beso rápido antes de que girara el rostro. Haberla tomado por detrás fue más que delicioso, y no podía esperar para repetirlo, pero tenía que irme, así que lo dejaría para otra ocasión.

Ella me acompañó hasta que salí de la mansión. Afuera me esperaban Thiago y otros soldados, junto al auto. Ajusté los gemelos de la camisa y me acomodé en el asiento trasero.

—Por fin apareces —gruñó mi primo—. Ya estaba harto de esperarte mientras tú jugabas a tener una familia.

—Hice mucho más que jugar a la familia. —Me humedecí los labios al recordar el sabor de Liziane.

Thiago resopló mientras se acomodaba a mi lado y golpeó el asiento delantero para que el conductor pusiera el auto en marcha.

—Vámonos de aquí.

Guardé silencio mientras nos dirigíamos al aeropuerto, donde el jet privado ya nos esperaba para volver a Roma.

Solo en ese momento revisé el celular y encontré algunos mensajes de Lorenzo.

Lorenzo:

Espero que no estés muerto, sino demasiado ocupado para contestar.

Dante:

Estoy vivo.

Lorenzo:

Menos mal. ¿Cómo te fue?

Dante:

Tuve un gran día con mi hijo. Nadamos, jugamos con pistolas de agua.

Lorenzo:

¿Y la madre?

Dante:

Se va a acordar de mí el resto de la semana cuando intente sentarse.

Lorenzo:

Parece que fue un día bastante agitado. Buena excusa para no responderme antes.

Dante:

Estaba ocupado.

Lorenzo:

Me imagino que lograste llegar a un acuerdo con ella y que la española aceptó casarse contigo.

Dante:

Eso va a ser un poco más complicado.

Lorenzo:

¿Ella está rechazando al Don de la mafia italiana?

Dante:

Cree que lo que yo quiero es su poder.

Lorenzo:

En parte...

Dante:

Mientras tenga esa idea en la cabeza, no va a ceder.

Lorenzo:

¿Y qué piensas hacer?

Dante:

Todavía no lo sé.

Lorenzo:

Tu padre espera que te cases con ella antes de que se sepa que el niño es tu hijo.

Dante:

No sé si eso será posible.

Lorenzo:

Ojalá puedas lograrlo.

Dante:

Ella me pone a prueba de todas las formas posibles.

Lorenzo:

Y a ti te encanta eso.

Dante:

No me encanta nada. Javier lleva mi sangre, es mi deber estar con él y protegerlo hasta que crezca.

Lorenzo:

No hablo del niño, sino de lo mucho que te emociona acostarte con la madre.

Dante:

Solo es una mujer atractiva.

Lorenzo:

Claro...

Dante:

Hablamos cuando llegue a casa.

Guardé el celular en el bolsillo justo cuando llegamos al aeropuerto. Me bajé del auto y caminé junto a Thiago hacia la aeronave privada. Dudaba que esa fuera la última vez que vendría a España en esas condiciones.

Lorenzo tenía razón: necesitaba resolver ese impasse con Liziane. Todos seguían esperando un matrimonio por alianza, y no había opción más lógica que la mujer que ya era madre de mi hijo. El gran problema era lograr convencerla de eso.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo cuarenta y cinco

—Lo saben —murmuró Miguel junto a mi oído antes de que entrara a la sala para una reunión con mis capos.

Los líderes locales habían venido de todas partes de España para discutir detalles comunes del negocio, intercambiar información y, por supuesto, asegurarse de que yo seguía siendo una buena líder y no estaba arruinándolo todo.

Contuve el aire con fuerza y lo solté lentamente al empujar la puerta y encontrarme con todos allí, incluso aquellos que solían faltar ocasionalmente. Aunque iba bien vestida, con joyas y maquillaje impecable, me miraban como si estuviera desnuda. Pero me esforcé al máximo para no mostrar ni una pizca de incomodidad.

Eso era lo que querían, verme débil, pero no pensaba darles ese gusto. Había derramado sangre para demostrar que merecía ese puesto, y lo haría otra vez si fuese necesario.

Aunque yo no le había dicho nada a nadie, la presencia de Dante en mi casa hacía dos días hablaba por sí sola. Los empleados rumoreaban, los soldados comentaban entre ellos y, obviamente, la noticia llegó a oídos de esos hombres que ahora me miraban con aire de indignación.

—¿Cuándo pensabas contarnos que tienes una aventura con Dante Bellucci?

—¿Aventura? —Solté una carcajada, inclinándome sobre la cabecera de la enorme mesa de madera clara para mirar fijamente al tipo—. Yo no lo llamaría una aventura.

—Pero él es el padre de tu hijo.

—¿Desde cuándo tengo que compartir con ustedes con quién me acuesto? Eso no afecta en nada a los negocios.

—¿Cómo que no afecta? ¡No estamos hablando de cualquier soldado, sino del jefe de la mafia italiana!

—¿De verdad? ¡No lo había notado! —Me encogí de hombros.

—El niño...

—Es mi hijo y seguirá siéndolo. Javier se encargará de tu culo gordo algún día y eso es todo lo que necesitas saber.

—¿Y qué hay de Italia? —preguntó uno.

—¿No se supone que Javier heredará el poder allá? —continuó otro—. Hasta donde sabemos, Dante no tiene más hijos.

—¿Los llamé aquí para discutir la línea de sucesión de la mafia italiana?

Uno de ellos se atrevió a negar con la cabeza.

—Perfecto. Entonces cállense la boca y no vuelvan a tocar ese tema. Quién sea el padre de Javier no importaba antes y sigue sin importar. ¿O acaso eso ha afectado el abastecimiento o la seguridad de ustedes?

—No, pero...

—Pero nada, Pablo —solté entre dientes, y el hombre retrocedió.

—Excelente.

En algún momento sabía que esa situación iba a explotar. Aunque intenté evitarlo, en el fondo me había preparado para esto. Y logré contener el fuego antes de que se convirtiera en un incendio.

La reunión fue sorprendentemente rápida, más de lo habitual, pero yo cortaba cualquier conversación que se acercara a mencionar a Javier o a Dante. Sabía que no iban a rendirse tan fácil, pero yo tampoco iba a ceder.

Cualquier posible vínculo con Dante no cambiaba nada. Yo seguía siendo la dueña de España y no iba a permitir que eso

cambiara.

Apenas salí de la sala, Miguel me acompañó hasta mi oficina sin decir una sola palabra, hasta que nos encerramos en el despacho.

—Supiste controlar la situación muy bien.

—¿Tenía otra opción? Esos tipos son como hienas que, aunque me respetan, están ansiosos por devorarme cuando me vean caer.

—No es para tanto...

—¿No? —Levanté las cejas con incredulidad mientras me sentaba en la silla de cuero.

—Te respetan.

—Pero preferirían que fuera un hombre quien estuviera en mi lugar.

—Así está estructurada la mafia, Lizi.

—Que se joda la estructura. Yo estoy donde estoy, y nadie me va a sacar de aquí, mucho menos Dante.

—Pensé que ustedes ya se habían arreglado, después de... —Miguel sabía lo del sexo, pero no lo dejé terminar la frase.

—"Arreglar" es una palabra muy grande.

—Él quiere formar parte de la vida del niño. Lo entiendo.

—¿Lo entiendes? —Me irrité.

—Está siendo bueno para Javier.

—Lo dudo mucho. —Crucé los brazos—. Pero no se trata solo de querer formar parte de la vida de Javier. Dante quiere que nos casemos.

—¿Y tú qué piensas?

—Que es una locura. ¿Qué más voy a pensar?

—Tal vez le gustas.

—Solo hay una cosa que tenemos en común ese hombre y yo, Miguel: el poder. ¿Qué otro motivo tendría para querer casarse conmigo, si no es la posibilidad de clavarle las garras a España? No voy a entregarle mi territorio.

—Quizá puedan llegar a un acuerdo.

—¿En serio estás considerando eso? —Me incliné hacia él, entre sorprendida e indignada.

—Tal vez deberías considerarlo. Como solía decir tu padre: *las alianzas son mejores que las guerras.*

—Esto no es una alianza, es una rendición.

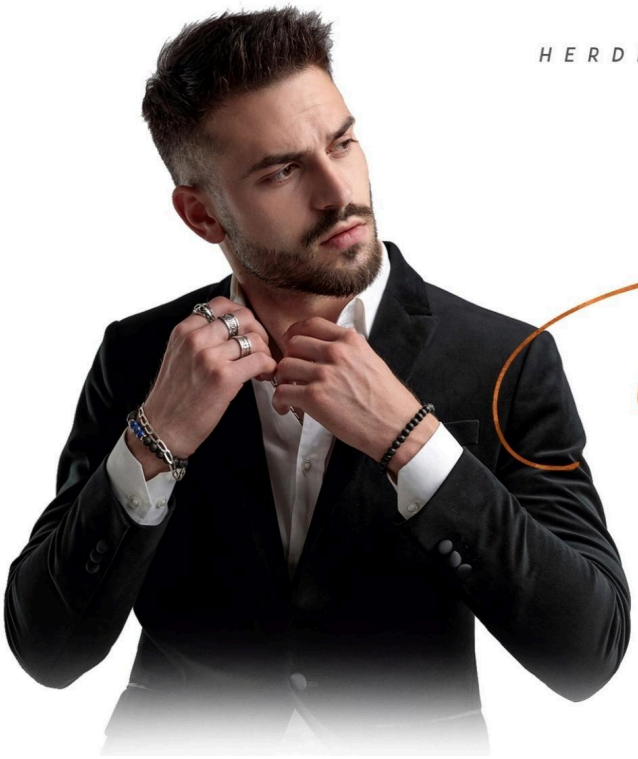
—Quizá no tenga por qué serlo.

—Cállate, Miguel.

—Como quieras, Lizi.

Ese maldito ya se imponía sin que yo lo permitiera. Si aceptaba convertirme en su esposa, eso podría quitarme lo que más trabajo me costó conseguir. No podía aceptar eso, sin importar lo que me dijeran.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo cuarenta y seis

Decir que no había logrado que ella aceptara el matrimonio no era la noticia que mi padre quería escuchar, y su expresión solo consiguió ponerme aún más de mal humor.

Podía elegir a cualquier mujer de Europa y sería mía con solo unas palabras, pero la española estaba haciendo que todo esto fuera muchísimo más difícil.

—¿Hablaste con ella? ¿Le pediste que pensara en el hijo?

—Claro que sí.

—Aun así, no aceptó.

—Te dije que no es una mujer fácil de manejar.

—¡Tú eres un Don! —Mi padre golpeó la mesa con ambas manos, pero esta vez no me moví ni un centímetro.

—¡Y ella también lo es!

—¿Y el niño?

—Dijo que ya tiene a España, que no necesita a Italia.

—¿Y vas a dejarlo todo así nada más? Es tu sangre.

—No lo estoy dejando así, papá. No pienso abandonarlo, pero tampoco puedo ponerle una pistola en la cabeza a Liziane para obligarla a casarse conmigo.

—Tal vez deba ir yo mismo a España a negociar con ella.

—Dudo que consigas un resultado distinto —murmuré.

Antes de que la discusión continuara, escuchamos un golpe en la puerta, lo que hizo que ambos nos giráramos para mirar.

Mi padre fue a abrirla y giró la manija. Imaginé que sería alguno de mis primos, pero me sorprendí al ver que era mi abuela.

—Con permiso.

—¿Qué haces aquí, mamá?

—Escuché algo sobre el hijo de Dante.

—¿Estabas escuchando nuestra conversación?

—Pasaba por el pasillo. Puedo estar vieja, Marco, pero mi oído sigue funcionando muy bien, y ustedes no estaban hablando precisamente en voz baja.

—Es un asunto que voy a resolver, abuela. Es mejor que no lo divulgues por ahora.

—Parece que el problema no es el niño, sino la amenaza al poder de ella.

—¿Qué estás diciendo, madre? —preguntó mi padre, ahora más interesado.

—Dante necesita convencerla de que no va a intentar quitarle el control de España si se convierte en su esposo.

—Pero lo esperado es que controlemos ambos territorios. Es lo más ventajoso para nosotros.

—¿Y cuál es la ventaja para ella? —preguntó la abuela, y ninguno de nosotros supo qué responder—. Ella no va a renunciar al poder. Ni yo lo haría. España es de ella, y solo aceptará casarse con Dante si eso queda muy claro.

—¿Y cómo crees que eso va a funcionar, mamá?

—Imaginen que cada uno es dueño de su propia empresa, sin meterse en las decisiones del otro —dijo la anciana, encogiéndose de hombros, dejándome sorprendido con una analogía tan clara—. Si no son aliados de verdad, ese matrimonio no se va a dar.

—¿Y Javier?

—Él puede heredar ambos territorios o compartirlos con un hermano. Dudo que sea un problema para ustedes tener otro hijo,

considerando el historial de esta familia.

Solté una sonrisa discreta y mi padre permaneció serio.

—De cualquier forma, tienes que asegurarte de que ese matrimonio ocurra.

—Está bien, papá.

Él ofreció su brazo a mi abuela para ayudarla a salir del despacho, dejándome solo.

En cuanto se cerró la puerta, saqué el celular del bolsillo y le mandé un mensaje a Liziane.

Dante:

Ven el próximo fin de semana aquí. A mi familia le encantaría conocer a Javier.

Liziane:

No voy a ir a ninguna parte.

Dante:

Creí que ya habíamos superado esa etapa.

Apuesto a que el niño me extraña.

Liziane:

Cambiará de opinión cuando crezca un poco y descubra al imbécil que tiene como padre.

Dante:

Ni tú misma crees eso.

Liziane:

Narcisista.

Dante:

Deja que Javier conozca a mi familia. Eso va a pasar tarde o temprano, y será bueno para él.

Liziane:

¿Y convertirse en el bastardo de los italianos?

Dante:

Eso es culpa tuya, no mía, ya que no quieres casarte.

Liziane:

¿Por qué habría de entregarte España tan fácilmente?

Dante:

Ya te dije que no es España lo que quiero.

Liziane:

¿De verdad crees que soy idiota?

Dante:

Estoy seguro de que eres una mujer muy inteligente, o no habrías mantenido el poder tanto tiempo.

Liziane:

Es bueno que lo tengas claro.

Dante:

Prometo no meterme en los asuntos de España cuando estemos casados.

Liziane:

¿Y crees que eso basta para que confíe en ti?

Dante:

Puedo firmar algo si quieres.

Liziane:

Veré si puedo ir a Italia el próximo fin de semana.

Dante:

Los estaré esperando.

Estaba claro que para convencerla necesitaría mucho más que simples argumentos, pero comenzaba a notar que deseaba ese matrimonio más de lo que había imaginado.

No era como con Isabela, con quien podía postergar las cosas durante años si me lo permitían.

Liziane estaba loca. Me hervía la sangre, al mismo tiempo que no podía dejar de quererla cerca.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo cuarenta y siete

Eran apenas tres días de retraso, no había motivos para que me preocupara. Probablemente había sido el estrés de las últimas semanas; lidiar con el secuestro de Javier y con que Dante descubriera que era el padre de mi hijo me había dejado completamente desquiciada.

Era obvio que mi cuerpo podía haberse salido de su reloj perfecto y haberse descompensado un poco, pero todo era completamente normal. *No estaba…*

—¡Mierda, qué carajo!

Incliné la cabeza hacia adelante, apoyándola contra los azulejos del baño mientras tomaba la tira del test que había dejado sobre el lavabo. Estaba convencida de que no había motivo alguno para alarmarme por el retraso de mi menstruación. Había muchas explicaciones posibles que no necesariamente significaban un embarazo, pero yo ya había pasado por eso antes y al menos necesitaba estar segura.

Positivo…

Dos líneas rojas que me dejaron aturdida durante algunos segundos.

—Señora. —Escuché un golpe en la puerta que me hizo pegar un salto del susto.

—¿Qué pasa? —gruñí.

—¿Está todo bien?

—Sí —mentí.

—¿Puedo arreglar su cama? —preguntó la empleada del otro lado—. ¿O piensa volver a acostarse?

—Puedes arreglarla.

—Está bien, ¿necesita algo?

—¡No!

Su voz se desvaneció y oí sus pasos alejándose de la puerta.

Me quedé unos instantes más sentada en el inodoro, tratando de recuperarme, pero pronto me levanté, arrojé la prueba dentro del sanitario y tiré de la cadena. Nadie necesitaba saber sobre mi embarazo hasta que fuera estrictamente necesario.

Abracé a mi hijo, que estaba sentado en su silla alta, embadurnado con las frutas del desayuno, y rodeé la mesa hasta llegar junto a Miguel. Sin embargo, antes de que pudiera sentarme en la cabecera, él me tomó de la muñeca.

—¿Está todo bien? Te ves pálida.

—Estoy bien.

—Sabes que te conozco demasiado.

Lo miré por unos segundos. Miguel era como un padre para mí, mi mano derecha y la persona en quien más confiaba. Parecía sensato compartir esa información con él.

Me incliné hacia su oído y le confesé:

—Estoy embarazada.

—Oh —dejó escapar un sonido de sorpresa antes de recomponerse—. ¿Alguna posibilidad de que no sea de Dante?

—Ninguna. No puede ser de otro.

—Deberían haber usado protección.

—Como si en ese momento hubiera tenido elección —rezongué.

—¿Qué piensas hacer?

—Mantenerlo en secreto.

—¿Y crees que no harán preguntas cuando se te note la barriga? ¿Que él no lo va a notar?

—Hasta entonces tendré algo de tiempo.

—Javier se pondrá feliz con un hermano o una hermana.

—Sí... —Solté un suspiro profundo mientras me sentaba en la mesa del desayuno—. Por ahora, olvida este tema.

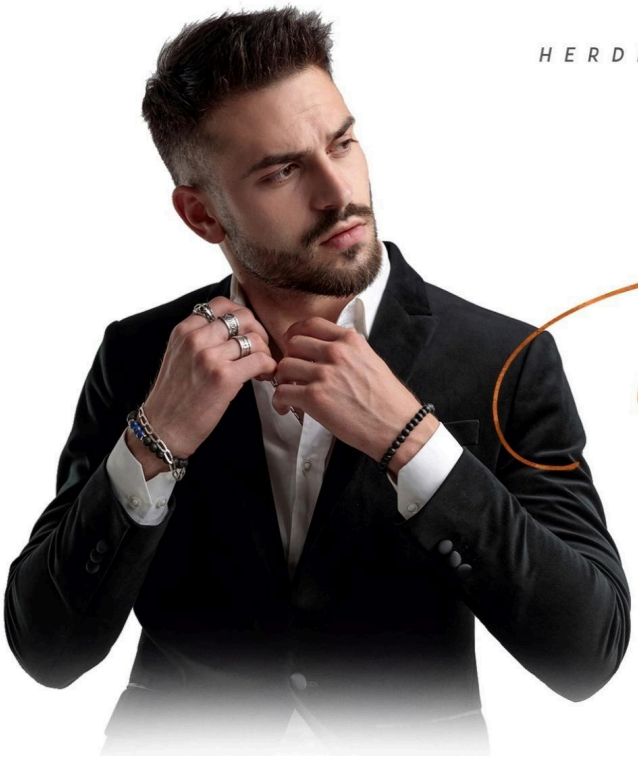
—Ya lo olvidé.

—Perfecto.

Amaba a mi hijo, pero no estaba en mis planes permitir que Dante me embarazara de nuevo. Era obvio que un segundo hijo solo complicaba aún más la delicada situación que ya estábamos viviendo.

Dante me quería como su esposa, pero yo no podía confiar en él.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo cuarenta y ocho

Verifiqué la hora en mi reloj de pulsera en cuanto bajé del auto frente a la pista del aeropuerto, esperando que el jet privado de Liziane apareciera en el horizonte. Ella me había dicho que vendría, aunque no tenía la certeza de que pudiera confiar en su palabra, porque había ignorado por completo mi última exigencia.

La semana había pasado terriblemente lenta y, lo admito, extrañaba a mi hijo… y quizás también a ella. Había algo en esa loca que no me dejaba quitármela de la cabeza.

Estaba a punto de sacar el teléfono y pedirle a Ettore que rastreara los vuelos de salida y llegada cuando divisé la aeronave en el horizonte, maniobrando para aterrizar.

Ella vino…

Una sonrisa se formó en mi rostro.

Me quedé junto al auto, con los brazos cruzados y la expresión seria mientras colocaban la escalerilla junto a la aeronave y se abría la puerta. Primero bajaron algunos soldados, y finalmente vi a Liziane con Javier en brazos.

Apenas bajaron por completo la escalinata, ella puso al niño en el suelo y él vino corriendo hacia mí.

—¡Papá!

Me agaché para recibirlo y el pequeño rodeó mi cuello con sus bracitos.

—Hola, hijo.

—¿Hay piscina? —Movía la cabeza de un lado al otro, tratando de imaginar si ya habíamos llegado.

—Sí, hay piscina. Podemos nadar más tarde.

—¡Yujuu! —gritó emocionado, y sonreí.

Mis ojos se desviaron por detrás de él cuando su madre se acercó. Liziane llevaba un vestido rojo, estampado con rosas del mismo color, que seguro a mi tía Luize le encantaría, pero lo único que yo podía pensar era en cuándo podría arrancárselo.

—Qué bueno que vinieron.

—Quizá no sea tan bueno —murmuró, recordándome lo difícil que era hacerla ceder.

Me vino a la mente la conversación con mi padre y la intervención de mi abuela. Liziane no iba a entregarme España, del mismo modo que no lo había hecho con ninguno de los otros candidatos a marido. Si quería convencerla de casarse conmigo, tenía que dejarle claro que no iba a meterme en sus negocios y que seguiría siendo la reina soberbia que tanto se enorgullecía de ser.

—Estoy seguro de que puedo hacerte cambiar de opinión —dije con una sonrisa sugerente.

—No vine hasta aquí para tener sexo todo el fin de semana.

—¿Por qué no unir lo útil con lo agradable?

Abrí la puerta del auto para que subieran. Acomodé a Javier en una silla infantil y le abroché el cinturón, mientras Liziane observaba en silencio.

—¿Hace cuánto compraste eso?

—Estaba esperando que vinieran. La seguridad nunca está de más, ¿no crees?

Solo resopló sin decir nada y entró al auto, sentándose al lado de nuestro hijo. Fui el último en subir y cerré la puerta tras de mí.

Extendí el brazo y puse la mano sobre su muslo, pero ella golpeó el dorso de mi mano y la apartó de un empujón.

—¡Quítame la mano!

—Ya hemos compartido más intimidad que esto.

—Eso no significa que sea tu puta.

—No, deberías ser mi esposa.

—Ya dejé clara mi opinión al respecto.

—No estoy de acuerdo con ella.

—Ese ya es tu problema —dijo, encogiéndose de hombros, dejando claro que no le importaba mi opinión.

Sabía muy bien cómo hacerme hervir la sangre, pero ya había entendido su juego, y pensaba darle la vuelta a mi favor.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo cuarenta y nueve

Bajamos al garaje de la mansión de los italianos. Era una casa enorme, con tres pisos y muchas ventanas. Mucho más grande que en la que yo vivía, pero considerando el tamaño de la familia que ese lugar albergaba, no era ninguna sorpresa.

Javier estaba curioso, observando cada detalle de la casa de su papá y buscando la piscina, tal como Dante le había prometido. Por más que eso me incomodara, no podía negar lo feliz que estaba mi hijo. Me gustaba verlo sonreír, admirar todo con entusiasmo. Por un momento, quise olvidarme del resto y enfocarme solo en su felicidad.

—Estaremos aquí —avisó Miguel, quedándose en el garaje con los otros soldados.

Me limité a asentir con un movimiento de cabeza.

Dante ya había tenido oportunidades para matarme antes y no lo había hecho, así que supuse que no necesitaba preocuparme esta vez, aunque siempre era mejor mantenerse alerta.

Javier iba en brazos de su padre, mirando de un lado a otro, cuando entramos en la sala de estar y el niño se encogió. Por mi parte, mantuve la compostura mientras recorría con la mirada los muchos rostros que ocupaban sofás, sillones o estaban de pie.

La enorme y famosa familia Bellucci estaba allí, toda reunida, esperando el momento de conocer a mi pequeño.

Javier abrazó con más fuerza el cuello de Dante y escondió la cabeza en su hombro, justo antes de que una mujer se levantara y viniera hacia nosotros.

—¿Así que este es mi nieto? —Tocó la espalda de mi hijo, pero él no se atrevió a voltearse para mirarla.

—Todo está bien, hijo —Dante acarició el cabello liso y oscuro del niño, pero no fue suficiente para tranquilizarlo.

Después de intentar, sin éxito, que Javier saliera del regazo de su padre para ir con ella, la mujer se giró hacia mí con una amplia sonrisa.

—Soy la madre de Dante —dijo, extendiéndome la mano.

—Lo sé —respondí, estrechando sus dedos con la mínima cordialidad.

Laís Bellucci, esposa del antiguo Don. Sería muy ingenua si no supiera exactamente quién era. De origen portugués, la mujer era tía del Don de Portugal, madre del Don de Italia y suegra del de Rusia.

Si algo sabían hacer bien los Bellucci, era esparcir su poder e influencia.

—Bienvenida —dijo, manteniendo la sonrisa.

—Gracias.

Javier nunca había estado frente a tantas personas curiosas por él, y eso lo puso tímido. A mí también. Cuando otras dos mujeres se le acercaron, el niño giró y estiró su bracito hacia mí, sabiendo que yo lo protegería.

Lo tomé en brazos y ellas retrocedieron.

—Todo está bien —le susurré a mi hijo, que apoyó la cabeza en mi pecho, calmándose con el ritmo de mi corazón.

—Ven conmigo —Dante me tomó del brazo, tirando de mí.

—¿A dónde?

—Arriba. —Indicó con un movimiento de cabeza hacia la escalera—. Quiero que tú y Javier vean algo.

Dudé un poco, pero terminé accediendo. Dejé que Dante fuera delante y lo seguí por el pasillo hasta una de las puertas. En

cuanto la abrió, me sorprendió encontrar una habitación infantil. Una cama baja, estantes con muchos juguetes, y un armario lleno de ropa que claramente era de la talla de Javier.

—¿Qué es esto? —pregunté, apretando los dientes.

—Su cuarto.

—Javier ya tiene un cuarto.

—No lo tenía aquí.

—Como si fuera a quedarse aquí...

Mi hijo se puso inquieto en mis brazos, así que lo bajé al suelo y corrió entusiasmado a explorar el nuevo espacio y los juguetes que le llamaban la atención.

—¡Maldita sea, Lizi! Es mi hijo —Dante explotó en cuanto Javier se alejó de nosotros.

—Una desgracia del destino.

Una que se había repetido otra vez...

Contuve el impulso de tocarme el vientre al recordar que estaba embarazada de nuevo. Ya estábamos enfrentados por este hijo, no quería que él supiera aún que habría otro.

—Tú no cedes nunca, ¿verdad?

—Sé muy bien lo que pasa cuando mujeres como yo ceden.

—Definitivamente no conozco a otra mujer como tú. Cualquier otra ya habría abandonado el juego para tener una vida más cómoda.

—Yo no soy cualquier otra.

—Eso ya lo aprendí muy bien.

—¡Mira, mamá! —Javier levantó uno de los juguetes y me lo mostró agitando la mano.

—¡Qué bonito, hijo!

—¿De quién es? —Se acercó a Dante y le entregó el juguete a su padre.

—Es tuyo —respondió él.

—¿Mío? —Javier parecía confundido—. ¿Por qué?

—Porque todo es tuyo.

—¿Sí?

Dante asintió.

Javier salió corriendo emocionado, aunque no terminara de entender lo que eso significaba.

—No tenemos porqué seguir divididos —dijo Dante, rodeándome la cintura con el brazo, y tuve que luchar contra el impulso de pegarme más a él.

—Claro… ¿para qué conformarte solo con Italia, verdad?

Me sujetó con fuerza, me giró y me empujó contra la pared del pasillo, fuera de la vista de nuestro hijo.

—Ya te dije que ese no es mi objetivo.

—¿Crees que soy estúpida?

—Estúpida es lo último que eres.

—Entonces deberías pensarlo mejor. —Le sostuve la mirada con firmeza—. No seré como tu madre o las demás mujeres, esperando al marido en una jaula de oro, criando hijos sin tener derecho a decidir sobre nada...

Dante mordió mi labio inferior, interrumpiéndome.

—Me gustas exactamente así.

—Ni tú te lo crees —dije con tono de burla.

—Ya te dije que no necesitas entregarme a España. Cada uno sigue con sus negocios sin meterse en los del otro.

—Hablar es muy fácil.

—Sé que querrías degollarme en cuanto duerma si descubres que te mentí.

—Eso es bastante probable.

—Uno de los principios de un buen matrimonio es confiar el uno en el otro.

—No confío en ti.

—¿No sería mejor para todos que confiaras?

Bajó su nariz por mi cuello y toda mi piel se erizó con su aliento rozándome.

Por más que intentara mantenerme firme, ese desgraciado era muy tentador y su labia era difícil de resistir.

Dante mordió la base de mi cuello y me estremecí, sintiendo cómo el calor se expandía por todo mi cuerpo. Su mano bajó de mi cintura, subiendo por debajo de la falda de mi vestido y recorriendo el interior de mi muslo, pero justo antes de que tocara mi ropa interior, lo empujé, segundos antes de que Javier apareciera detrás de nosotros en el pasillo.

—¡Papá! ¡Mamá!

—¿Qué pasa? —Le sonreí.

—¡Vengan a jugar!

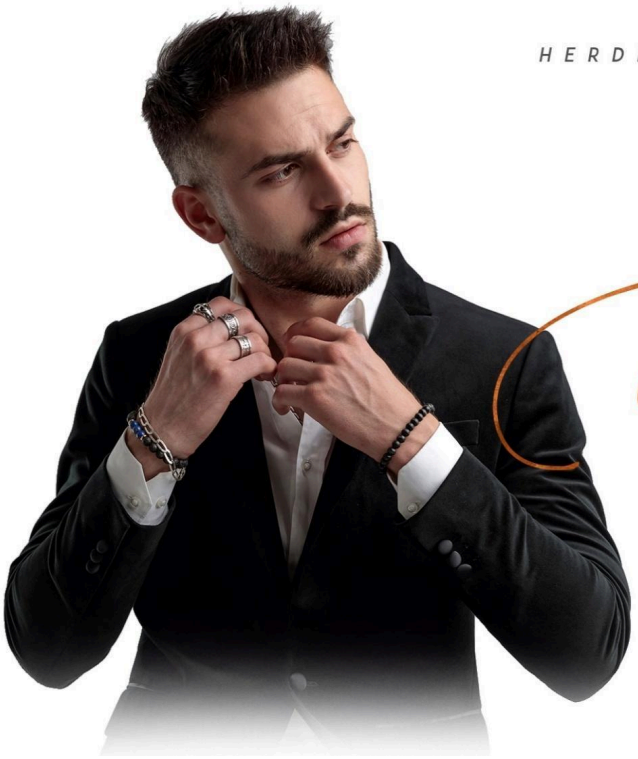
—No terminamos esta conversación —murmuró Dante.

—No pienses que voy a cambiar de opinión.

—¡Ven, mamá! —Javier me tiró del brazo hacia la habitación.

Dante y yo entramos con él y nos sentamos en el suelo acolchado para jugar.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo cincuenta

El almuerzo fue servido como más le gustaba a mi abuela. Todos reunidos alrededor de la enorme mesa en el jardín, bajo un árbol tropical que daba una sombra fresca y no perdía sus hojas en invierno.

Necesitábamos más sillas, pero como mis hermanas y la prima Manuela pasaban la mayor parte del tiempo afuera, la falta de espacio era un problema ocasional.

Javier fue acomodado en una silla alta junto a su madre y, como Don, yo me dirigí a la cabecera de la mesa que mi padre me había cedido hacía unos años. Pero antes de sentarme, Lorenzo se acercó y me susurró al oído:

—¿Cómo va el plan para convertirla en la señora Bellucci?

—Complicado —murmuré, y él soltó una risa—. Me gusta ella.

—No estoy tan seguro de que a ella le gustes tú.

—Eso es cuestión de tiempo, ya verá que somos una buena familia.

Lo empujé a un lado y Lorenzo fue a sentarse junto a su esposa y su hijo.

—Es un enorme placer recibirlos aquí —dijo mi abuela, dirigiéndose a Liziane y a mi hijo.

—Muchas gracias por la hospitalidad.

—No hay de qué. Siempre serán bienvenidos en esta casa.

Liziane sonrió, mientras Javier observaba a todos, esta vez con más curiosidad que miedo. Como Liziane había exiliado a los primos para que no le quitaran su lugar y era hija única, probablemente el niño no estaba acostumbrado a una familia tan grande.

Un rato después del almuerzo, lo llevé a la piscina como le había prometido. Pasamos la tarde jugando, mientras su madre nos observaba desde una reposera. Javier la llamó varias veces para que se uniera a nosotros, pero Liziane prefirió mantenerse distante.

Ella me estaba observando, evaluando cada uno de mis movimientos para asegurarse de si era o no de fiar.

Dormir con un ojo siempre abierto...

Podría parecer un dicho tonto, pero cuando uno nacía en la mafia y ocupaba una posición de tanta importancia, era fundamental estar siempre un paso adelante de los enemigos. Y durante mucho tiempo, ella me había visto como uno.

Aunque parecía difícil para ella, yo estaba seguro de que podíamos dejar nuestra rivalidad de lado y construir un matrimonio que nos beneficiara a ambos, y que además fuera lo mejor para nuestro hijo.

Casarme no era una idea que deseara, hasta que la vi como una opción. Necesitaba tener hijos, pero ya tenía uno. Como decía la abuela, no tendríamos dificultades para hacer otro.

Liziane era una mujer que me volvía loco, al mismo tiempo que me moría de ganas por ella. Quería que estuviera en bikini con nosotros en la piscina, pero me conformaba con la imagen de sus muslos al descubierto bajo la falda del vestido, y el generoso escote que dejaba ver las curvas de sus pechos medianos, mientras el sol del atardecer brillaba sobre su cabello castaño.

Quizás era mejor que estuviera vestida y a distancia. Eso aseguraba que me comportara delante de nuestro hijo.

Después de la cena, hice de todo para convencerla de pasar la noche ahí. Le dije que teníamos asuntos que tratar, aunque ella seguía firme en su decisión de no casarse conmigo. Todavía necesitaba ser más persuasivo para que cambiara de idea.

De todas formas, casados o no, lo que más deseaba en ese momento era quedarme a solas con ella.

Acomodamos a Javier en su cama y nuestro hijo se quedó dormido de inmediato. Estaba agotado después de un día tan movido, conociendo gente nueva y divirtiéndose conmigo.

—Imagino que una casa de este tamaño debe tener una habitación de huéspedes para mí —comentó Liziane, mientras caminábamos por el pasillo.

—Tú no vas a ir a una habitación de huéspedes —dije con un tono firme, haciendo que abriera los ojos por la sorpresa—. Vas a la mía.

—Yo no...

—Deja de ser terca. —La tomé de la cintura, atrayéndola hacia mí hasta que nuestros rostros quedaron a milímetros de distancia, tanto que nuestras respiraciones se mezclaban.

Ella golpeó mi pecho con las manos y enredó los dedos en la tela de mi camisa, manteniéndose con aire confiado.

—No tengo ninguna intención de dejarte dormir.

—¿Quién dijo que yo...?

Le mordí los labios, apretándola más contra mí, y la hice estremecer entre mis brazos.

—Quiero... —terminó la frase, cambiando por completo el sentido de todo.

La arrastré a mi habitación y cerré la puerta tras nosotros sin pensármelo dos veces. Mi familia podía pensar lo que quisiera sobre el sexo prematrimonial, pero el hecho de que ya tuviéramos un hijo hacía evidente que lo habíamos hecho.

No me importaban unas cuantas caras feas al día siguiente con tal de que mi verga pasara toda la noche dentro de ella.

Apreté a Liziane contra la pared y ella jadeó cuando le tiré del pelo hacia un lado y le mordí el cuello, chupando y dejando marcas de mis dientes en su piel oscura. Le pasé la lengua por la oreja,

lamiéndole el lóbulo, y sus ojos se pusieron en blanco. Podría haberlo negado con toda la vehemencia del mundo, pero su cuerpo se opuso, demostrando lo excitada que se sentía cuando estaba conmigo.

Sus uñas se clavaron en la tela de mi camisa y soltó un gemido agudo, justo antes de que yo tirara de su pelo y acercara su boca a la mía, hundiendo mi lengua salvajemente entre sus labios y manchando aquel carmín rojo que me había llamado la atención todo el día.

Ella respondió a mi beso con el mismo deseo y hambre desenfrenada, mientras yo recorría con mis manos el costado de su cuerpo, apretándolo hasta llegar al escote que me había hipnotizado durante el día. Tiré hacia abajo de ambos lados del vestido y lo rasgué por la mitad, empujando lo que quedaba al suelo.

—Acabarás con toda mi ropa —gruñó contra mis labios.

—Te prefiero desnuda.

—¡Cretino! Ahhh...

Deslicé mi mano dentro de su tanga y ella rodó contra la pared, mordiéndome la boca para ahogar sus gemidos. Sin ningún miedo, toqué su vulva, haciendo que abriera las piernas para dejarme más espacio. Abrí sus labios vaginales mayores, pasando mi dedo por su clítoris hasta penetrarla y sentir su humedad, que ya empapaba su tanga.

Liziane tiró de ella hacia abajo, quizá para ahorrarse una rotura, porque mi siguiente paso era romper su tanga.

Cuando su sujetador cayó al suelo, agarré uno de sus pezones, chupándolo mientras mis dedos seguían jugando con su clítoris.

Apretó las uñas contra mis hombros y me bajó la camisa. Levanté los brazos solo para dejar que terminara de quitármela y volví a acercar mi boca a sus pechos mientras mis manos abrían y quitaban mis pantalones.

La agarré del pelo con una mano y di un paso atrás, obligándola a tirarse al suelo hasta que Liziane dobló las rodillas.

—¿Qué haces? —gruñó.

—Chúpamela. —Con la otra mano, sujeté mi verga y la froté contra sus labios manchados de carmín.

—¡No!

—Abre la boca.

—Voy a arrancarte la verga con los dientes.

—No, no lo harás. —Estaba siendo más confiado de lo que debería, pero tenerla de rodillas con mi verga en la boca era algo que realmente deseaba—. Chúpamela, vamos. —La agarré firmemente del pelo con una mano y tiré de su mentón hacia abajo con la otra.

Se humedeció los labios y supe que, por mucho que lo negara, había un deseo que la impulsaba a probarme.

Liziane me agarró la verga con ambas manos y finalmente se la tragó. Tuve que contener un gemido al sentir su boca caliente y muy húmeda deslizarse por mi garganta.

Qué delicioso...

Seguí agarrado a su pelo, manteniendo un mínimo de control mientras sus labios subían y bajaban sobre mí. Sus finos dedos me estimulaban, aumentando aún más mi placer. De vez en cuando se detenía, su lengua rodeaba mi glande y lo hacía todo aún más delicioso.

Le solté el pelo, dejándolo caer ondulado y salvaje sobre sus hombros mientras ella permanecía en mi boca. No la aparté mientras mi erección crecía y mi deseo de bombear en su garganta se volvía incontrolable.

Cuando exploté contra sus perfectos labios, me aseguré de que tragara cada gota de mi semen, drenándome hasta el final para

que pudiera aprovechar al máximo el clímax.

Liziane se levantó, se limpió las comisuras de los labios mientras me miraba fijamente y no dijo nada mientras me empujaba a la cama por los hombros. Me hizo caer boca abajo y se subió encima de mí, pero en lugar de sentarse sobre mi verga, que aún se estaba recuperando, subió más alto, arrodillándose alrededor de mi cabeza y poniendo su vagina justo en mi boca. Rodó sobre mi cara, frotando sus húmedos labios vaginales contra mi rostro.

Sin decir una palabra, la agarré de los muslos, deslizando los dedos en su suave piel y empecé a chuparla como una sabrosa fruta, lamiéndola y penetrándola con la lengua mientras Liziane se revolvía en mi cara.

Cayó hacia atrás, gimiendo mientras apoyaba las manos en mi estómago.

Mi boca se llenó de su sabor mientras notaba cómo se acercaba su placer mientras ella hacía lo posible por revolcarse más y luchaba por contener sus gemidos. Empecé a mover mi lengua arriba y abajo, pasando de su abertura y rodeando su clítoris. La penetré con unos cuantos golpes, sintiendo cómo se ponía rígida, cómo se retorcía, como si estuviera en un estado de enorme expectación, hasta que se desplomó hacia atrás, jadeando, tumbada con la cabeza sobre mis piernas y su vulva aún en mi cara.

Nos quedamos así un rato, recuperándonos de toda la odisea, pero yo estaba lejos de sentirme satisfecho aquella noche.

En cuanto volví a estar listo, rodé hasta un lado de la cama y tomé una corbata de la mesita. Giré a Liziane y la coloqué boca abajo. Ella aún estaba demasiado débil por el orgasmo para detenerme. Le agarré las muñecas y se las pasé por la espalda, atándolas con la corbata.

—¡Maldito! —gruñó contra la sábana.

—Eres más mía de lo que quieres admitir.

—Eso no te da derecho a atarme así.

—Te haré lo que quiera. —Le di una palmada en su redondo culo y gruñó como un animal enfurecido.

—¡Por mi culo otra vez no!

—Por tu culo sí. —Le acaricié las nalgas, mirando la apretada hendidura que había entre ellas—. Pero no tengo prisa por llegar.

Miré una de las almohadas de la cama y le quité la funda, la enrollé para usarla como mordaza y la até entre los dientes de Liziane. Podría gritar todo lo que quisiera, pero todos sus sonidos quedarían amortiguados.

La agarré del pelo, tirando de ella hacia arriba y acerqué mi boca a su oreja.

—España puede ser tuya, pero eres mi perra.

Estaba furiosa, sus ojos ardían de ira, pero no podía liberarse de sus ataduras.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo cincuenta y uno

Odiaba a aquel hombre cuando conseguía convertirme en una puta sumisa, por mucha fuerza que tuviera. Hice todo lo posible por liberarme de la forma en que me había atado las muñecas, o quitarme la improvisada mordaza que tenía en la boca, pero me parecía completamente imposible.

Cuando su mano volvió a mi culo, dejándolo ardiente, mi cuerpo vibró con su erección, que no quería admitir. Lo peor de todo es que me gustaba sentir su cuerpo sobre el mío. Aunque yo ya había llegado al orgasmo, mi vagina palpitaba pidiendo más mientras él dominaba mi cuerpo.

Dante me agarró del pelo, tirando de mí hacia arriba. Podía sentir su cuerpo detrás mío y su verga dura rozándome el culo, mientras me mordisqueaba el cuello, enviando un torrente de éxtasis a través de mis células.

Sin dejar de agarrarme el pelo con fuerza, su otra mano me separó las nalgas y pensé que iba a clavarme la verga en el ano como antes, pero su miembro entró hasta el fondo de mi vagina, empalándome por completo. Quise gritar, en una mezcla de placer y rabia, pero la mordaza que tenía en la boca me lo impidió, dejando escapar solo sonidos bajos y apagados.

Su mano se soltó de mi pelo y se acercó a mi cuello, estrangulándome ligeramente mientras tiraba de mí hacia atrás para que me sentara sobre su verga, rodando sobre ella y, de forma silenciosa, Dante me demostró cuánto control tenía.

Sentía sus dientes rozándome los hombros, la nuca y las orejas, y no podía contener mi propio deseo de seguir moviéndome, subiendo y bajando por su miembro rígido incrustado dentro mío.

Su mano, que había estado en mi cintura, se deslizó entre mis muslos, mientras la otra me estrangulaba aún más. Jadeé, con mis gemidos ahogados, cuando su dedo separó mis labios vaginales y presionó en el punto más placentero de mi cuerpo.

Había perdido la noción de todo, inmersa en mi propio placer mientras me movía arriba y abajo en ella, respirando cada vez más fuerte y rindiéndome inevitablemente al maldito italiano.

Él sabía cómo capturarme, mantenerme cautiva y tomarme como rehén de la forma más excitante del mundo.

Empecé a estremecerme. Aunque mis gemidos eran ahogados, la forma en que lo apretaba y mi expresión dejaban claro que estaba acabando otra vez.

Apenas tuve tiempo de recuperarme y Dante me lanzó hacia delante, soltándome, y mi cara se hundió en las almohadas sin fundas, con las manos atadas a la espalda, ni siquiera podía apoyarme en el colchón, la poca estabilidad que tenía era gracias a mis rodillas.

Mientras yo seguía embriagada de placer, Dante sacó su verga de mi vagina y me la metió por el culo. El leve dolor me hizo gritar, pero no pude darme la vuelta ni escapar, porque además de las muñecas atadas y la mordaza, me sujetaba fuertemente por la cintura, manteniéndome quieta para poder hacerme lo que quisiera.

Su cuerpo golpeó mi culo una y otra vez, haciéndome temblar hasta que sentí cómo me acababa, llenándome con su caliente líquido, derramando hasta la última gota y, finalmente, saliendo de mí y rodando hacia un lado de la cama.

Su mano rodeó mi cara y finalmente me quitó la mordaza.

—¡Te voy a matar! —Amenacé.

—Sé que me quieres. —Se rió.

—¡Suéltame!

—Como quieras. —Me desató la corbata y mis muñecas cayeron al suelo doloridas.

—Mi culo no es tu patio de recreo.

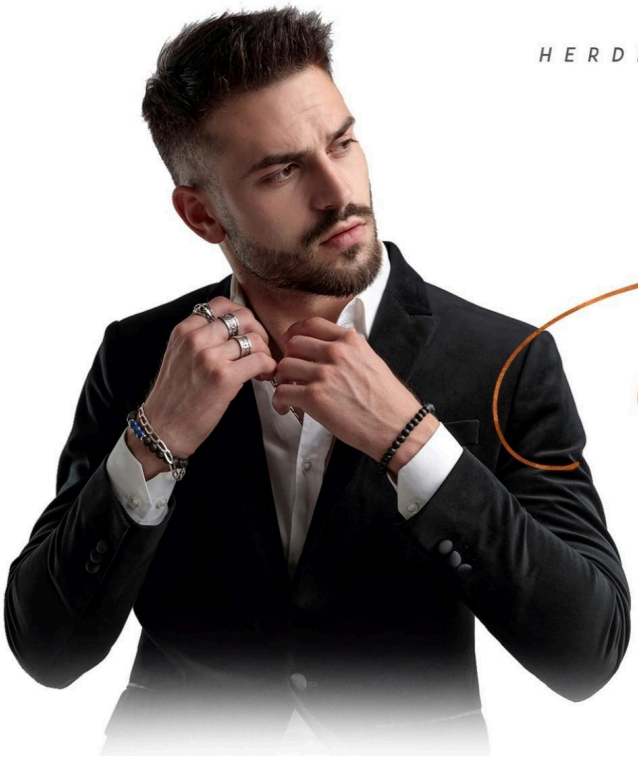
—Todo tu cuerpo es mi mayor diversión. —Se rió como si no le importaran mis amenazas ni mis palabras de rebeldía.

—¿Crees que será así si acepto casarme contigo?

—Creo que va a ser mucho mejor. Porque te tendré todos los días.

Permanecí en silencio, como si me hubiera quedado sin palabras, hasta que me levanté de la cama y fui al baño a lavarme. Estaba sudorosa, empapada de semen y completamente agotada.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo cincuenta y dos

Desperté con ella a mi lado en la cama.

La atraje hacia mí, disfrutando del aroma a rosas de su cabello y la suavidad de su piel, pero ese simple gesto fue suficiente para despertarla.

—Tengo que irme —dijo, intentando zafarse de mis brazos, pero no la dejé.

—Ahora no.

—Tengo otros compromisos, ¿sabías?

—Ninguno más importante que yo.

—¡Qué engreído!

—Ya me conoces bien. —Rozé mi barba contra su cuello, haciéndola ronronear como una gata mimada.

—Javier ya debe estar despierto y buscándonos.

—En esta casa sobran mujeres que pueden encargarse de él. Podemos quedarnos un rato más en la cama.

Rodé encima de ella y sujeté sus muñecas, reteniéndolas en la cama.

—Estoy adolorida —confesó, y una sonrisa se extendió en mis labios.

—Me encanta escuchar eso.

Ella apretó los dientes, mirándome fijamente.

—Voy a fijar la fecha de nuestra boda.

—¿Qué? —Se revolvió, intentando liberarse de mi agarre—. Ya te dije que no me voy a casar contigo.

—Es lo mejor para nosotros y para nuestro hijo.

—Será lo mejor para ti, pero definitivamente no lo es para mí. ¿Crees que voy a abandonar mi casa y mudarme a esta mansión? ¿Piensas que voy a dejar mi rutina y a España por ti?

—Tenemos aviones. No es un problema movernos entre Italia y España. Vamos a encontrar la forma de dividirnos entre los dos países.

—¿Dividirnos? —Frunció el ceño.

—Apuesto a que tu cama es lo suficientemente grande como para que quepa yo durante las noches en que estemos allá.

—Esto no va a funcionar.

Noté finalmente un leve matiz de duda en sus ojos, lo cual me dio algo de esperanza para convencerla.

—Solo lo sabremos si lo intentamos.

—¿Y si no quiero intentarlo?

—Tú quieres mucho más que solo intentarlo. —Mordí sus labios antes de comenzar a besarla.

Mis manos soltaron sus muñecas y comenzaron a deslizarse hacia sus tetas cuando oí que llamaban a la puerta.

—¿Quién es? —gruñí con molestia. No quería que nos interrumpieran.

—Javier no deja de pedir por su mamá. —Escuché la voz de mi madre al otro lado de la puerta.

¿De verdad no podía encargarse de su nieto por unas horas? Liziane y yo teníamos un asunto muy importante que resolver.

—Ya voy —respondió ella, escapando de mí y rodando fuera de la cama.

Fue al baño y regresó usando mi bata, peinándose el cabello con los dedos.

—Necesito un vestido nuevo.

—Te lo conseguiré —dije, sentándome en la cama.

—Solo necesito averiguar dónde pusieron mis cosas, porque traje una muda de ropa.

—¿Solo una muda?

—Tienes que dejar de romperlas.

Solté una risa baja mientras ella destrancaba la puerta y salía del cuarto.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo cincuenta y tres

Después de pasar un día más con los Bellucci, por fin estábamos de vuelta en el avión, regresando a casa.

Javier se había divertido tanto, que apenas lo abroché con el cinturón en uno de los asientos, se quedó dormido. Lo acomodé en el sofá de forma más confortable y coloqué uno de los cojines bajo su cabeza para que le sirviera de almohada.

Miguel solo observaba, hasta que abrí el minibar, tomé una botella de agua junto a una lata de refresco y bebí varios tragos. Rechazar el alcohol fue difícil, sobre todo porque temía levantar sospechas, pero nadie pareció imaginar que yo estuviera embarazada otra vez.

—Fue un buen fin de semana —comentó Miguel.

—Tal vez...

—Javier se divirtió mucho. Está agotado.

—Es solo un niño, cualquier cosa le parece divertida.

—Sabes que no es tan simple.

Tragué saliva y tuve que admitirlo en silencio.

Bebí un poco más de agua y miré por la ventana del avión antes de volver a mirarlo.

—Sé honesto conmigo.

—Siempre lo soy, Lizi.

—¿Qué opinas del matrimonio con Dante?

—Es una alianza inigualable para España. Más poder y control...

—¡Sé honesto, Miguel!

—Sé que no vas a agachar la cabeza y dejar que él tome el control por el que tanto has luchado.

—Dividirme entre Italia y España suena caótico.

—La mayoría de tus órdenes pueden darse por teléfono, no lo veo como un problema. Además, me tienes a mí para asegurarme de que todo salga como tú esperas.

—Javier...

—Es solo un niño, aún falta mucho para que el rol de Don recaiga sobre él. Además, todos ya saben que es hijo de Dante. Independientemente de que se casen o no, no puedes impedir que algún día quiera asumir Italia si es su voluntad.

Guardé silencio, reflexionando sobre todo. Había muchos puntos a favor, pero también algunos en contra que mantenían mis alarmas encendidas.

—¿Le contaste que estás esperando otro hijo? —preguntó Miguel después de un largo rato, al ver que no decía nada más.

—No.

—Sabes que tarde o temprano lo va a descubrir, igual que pasó con Javier.

—Ese momento no es hoy. Dante ya está decidido a casarse conmigo, si sabe que volví a quedar embarazada, tendrá otro punto a su favor.

—Tal vez realmente deberías considerarlo.

—¿De verdad estás de acuerdo con este matrimonio, Miguel?

Quería que me dijera que no, que me demostrara que tenía razón al mantenerme cautelosa, pero no fue lo que escuché.

—Estoy de acuerdo. Hay muchos beneficios en dejar de ser su amante para convertirte en su esposa. No se trata solo de su poder en España, sino del tuyo sobre Italia.

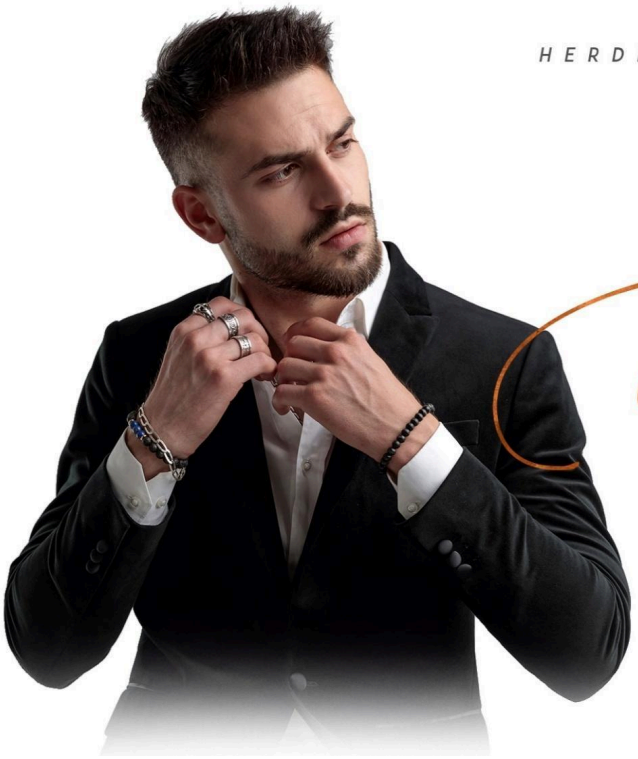
Asentí, manteniéndome pensativa, analizando todo.

No confiaba completamente, pero tal vez era necesario arriesgarse y ver cómo se desarrollaban las cosas.

¿Sería Dante capaz de cumplir su promesa y no meterse en mis negocios?

Esa era una pregunta que solo podría responder si me atrevía a intentarlo.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo cincuenta y cuatro

—Los informes son alentadores —comenté con Nicolae mientras revisaba las hojas de cálculo que me había entregado esa tarde.

—Los costos disminuyeron desde que los envíos volvieron a llegar por barco, como antes.

—Apuesto a que los capos están satisfechos —dije, girándome hacia Lorenzo, que asintió.

—Cuanto más dinero ganan, mejor para todos.

—¡Por supuesto! —Me acomodé en la silla mientras observaba a mis primos en la sala de reuniones.

—Creo que tu relación con Liziane podría convertirse en un problema —Ettore cambió completamente de tema, justo cuando la parte contable ya estaba resuelta.

—¿Cómo que un problema? —No tenía idea de por dónde iba esa conversación—. Si mi padre quería una alianza, esta es tan buena como el matrimonio de Pietra con el ruso.

—No me refiero a eso.

—Entonces, sé más claro.

—Aunque sea una coincidencia desafortunada, la española está detrás de la muerte de tu última prometida.

—Como si yo no hubiera intentado matarla también.

—No sé si los capos lo verán así, especialmente los Sforza.

—Si intentan algo, recuérdales que solo están de vuelta en el poder porque nuestra familia lo permitió.

Ettore no respondió, solo asintió con la cabeza.

—¿Eso es todo? —pregunté, girándome hacia Nicolae.

—Sí, Dante.

Empujé la silla hacia atrás y me levanté, pasando junto a Ettore y Nicolae hasta acercarme a Lorenzo. Le di una palmada en el hombro.

—Vamos, tenemos otros asuntos que resolver.

—De acuerdo.

Caminamos juntos por el pasillo hasta que Lorenzo por fin dijo algo:

—Ettore tiene razón.

—Lo sé, por eso necesito que vigilen a los Sforza. No quiero que se acerquen ni a Liziane ni a mi hijo.

—Nos mantendremos atentos.

—Perfecto.

Bajamos por el ascensor hasta el garaje del edificio, construido por el tío Mateo y administrado por sus hijos, y caminamos hacia el vehículo estacionado, donde un conductor y un soldado ya nos esperaban. Además, otro coche venía detrás para reforzar nuestra seguridad.

El conductor abrió la puerta y me acomodé primero, seguido de Lorenzo que se sentó a mi lado.

—¿A dónde vamos, jefe?

—A Ostia.

Asintió y arrancó el auto.

Saqué el celular del bolsillo al sentirlo vibrar y vi un mensaje de Liziane.

Liziane:

La boda será en España.

No era exactamente el “sí” que esperaba recibir de ella, pero ya debería estar acostumbrado a su habilidad para hacer las cosas de una manera que yo nunca anticipaba.

Dante:

A mi padre no le hará mucha gracia que no sigamos la tradición familiar. Tenemos iglesia, salón, y organizadores listos.

Liziane:

Aquí en España también tenemos todo eso.

Dante:

De eso no tengo dudas.

Liziane:

Perfecto, si tan bueno eres convenciendo, puedes encargarte tú de hablar con tu padre.

Dante:

Si esa es tu condición...

Liziane:

Lo es.

Dante:

Puedo encargarme.

¿Cuándo?

Liziane:

Yo lo decidiré.

Dante:

En unas semanas.

Liziane:

Veré qué se puede hacer.

Dante:

Tú mandas en España. Podrías hacerlo hoy si quisieras.

Liziane:

Pero no quiero, necesito buscar un vestido.

Dante:

No me importaría si solo usaras una lencería blanca.

Liziane:

Pero al cura y a los invitados sí les importará.

Dante:

Lamentablemente.

¿Necesitas que haga algo?

Liziane:

Espera. Te avisaré en cuanto decida cuándo, dónde y cómo lo quiero.

Dante:

De acuerdo.

Te veré mañana.

Liziane:

¿Por qué?

Dante:

Mi prometida merece un anillo.

Liziane:

¿Estás seguro de que solo quieres ponerme un anillo?

Dante:

Estoy seguro de que vas a estar tan agradecida que querrás recompensarme.

Liziane:

¿Y si te digo que no habrá más sexo hasta el matrimonio?

Dante:

Ya tuvimos suficiente como para que el matrimonio sea una formalidad. Además, es una buena oportunidad para pasar tiempo con mi hijo.

Liziane:

Está bien.

—Te veo sonriendo. ¿Cuál es la noticia? —Lorenzo notó mi expresión cuando dejé de escribir en el celular.

—Me voy a casar.

—Pensé que moriría sin escucharte decir eso con una sonrisa.

—Algunas cosas cambian. Ella está loca, pero...

—La amas —completó la frase por mí.

—Iba a decir que es una gran elección —respondí, encogiéndome de hombros, incapaz de admitir que Lorenzo tenía razón.

—Una excelente alianza, sin duda alguna.

—Exactamente —murmuré, desviando la mirada hacia la ventana, dando por terminado el tema.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo cincuenta y cinco

Intenté borrar la sonrisa cuando lo vi aparecer en mi sala al final de ese día, pero por suerte, Javier corriendo hacia él terminó distrayéndolo.

—¡Papá!

—¡Hola, campeón! —Dante lo levantó en brazos y le acarició la cabeza—. ¿Cómo estás?

—Bien.

Dante interactuó un poco con su hijo antes de bajarlo al suelo y venir hacia mí, donde yo estaba sentada en un sillón. Tomó mi mano y me jaló suavemente hasta que me puse de pie.

Me soltó por unos segundos mientras rebuscaba en el bolsillo del saco y sacaba una cajita de terciopelo. De ella, sacó un anillo que deslizó en mi dedo sin siquiera pedir permiso, bajándolo hasta la base como si estuviera marcándome como suya.

—¿Quién dijo que tú…?

—Shhh… —Tomó mi mentón y rodeó mi cintura, atrayéndome hacia él y hundiendo su lengua en mi boca, silenciándome con un beso autoritario que, al mismo tiempo, me encendió por dentro.

—¡Está nuestro hijo! —Me aparté, golpeando su pecho con las manos, haciéndolo retroceder mientras trataba de recuperar el aliento.

—Es mejor que se acostumbre a ver a papá y a mamá juntos.

Apreté los dientes y él se rió.

Negué con la cabeza antes de bajar la mirada y fijarme en el anillo que ahora llevaba puesto. Tenía un enorme diamante cuadrado, rodeado de otros más pequeños, en un aro de oro de casi

medio centímetro de grosor. Un anillo grande y bastante extravagante.

—Espero que sea digno de una reina —dijo con un leve tono burlón, provocándome un poco.

—Es decente.

—Qué bueno que te gustó. —Se acomodó en el sofá justo cuando Javier volvía a acercarse para mostrarle un juguete nuevo.

Era increíble cuánto se alegraba mi hijo con la presencia de su padre, aunque me costara admitirlo.

—¿Ya fijaste la fecha?

—Dentro de dos semanas, en la catedral de Madrid.

—Perfecto. Espero verte con un vestido muy bonito.

—¿No crees que ya estás pidiendo demasiado?

—No eres la única que puede querer ciertas cosas. —Se encogió de hombros con ese aire burlón que me helaba la sangre, y al mismo tiempo me encendía entre las piernas.

—Madalena, vigila a Javier —le ordené a la niñera mientras tomaba a Dante del brazo y lo arrastraba conmigo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, mirando a todos lados mientras lo llevaba al segundo piso de la casa.

Cerré la puerta del estudio con llave detrás de nosotros y lo enfrenté.

—Creía que ibas a esperar a que Javier se durmiera.

—¡Cállate! —Puse mis manos sobre sus hombros y lo empujé contra la puerta.

Sus fuertes brazos se cerraron en torno a mi cintura y Dante nos hizo girar, aprovechando su turno para apretarme contra la superficie.

—¿Has cambiado de opinión sobre esperar a la boda? —bromeó mientras su boca recorría mi cuello, inhalando el aroma de mi piel antes de dar un mordisco que me produjo escalofríos.

—¿Quién dijo...? —Me interrumpió un gemido cuando me bajó los tirantes de la blusa, llevándose consigo el sujetador y dejando mis tetas al aire.

Me estremecí al sentir su boca en mi pezón y me retorcí contra la madera de la puerta, poniéndome de puntillas.

En el fondo, tenía razón, no había razón para esperar a la boda.

Con los brazos alrededor de mi cintura, me acercó a él y me llevó por el despacho, sentándome sobre el escritorio y apartando el cuaderno y otros objetos. Hizo que un bote de bolígrafos cayera al suelo, esparciéndolos por el suelo, pero a ninguno de los dos nos importó mientras su boca se acercaba a la mía y sus dientes me dejaban el sabor férreo de la sangre al rozarme los labios.

Le abrí los dos botones de la chaqueta y le empujé al suelo mientras su boca recorría mis tetas y mi cuello, dejando un húmedo rastro de besos, chupetones y mordiscos.

Me mordió en la curva del pecho y clavé las uñas en la madera del escritorio para impedir que se me escapara un sonoro gemido mientras sus manos me arrancaban la ropa y se deshacían de mi tanga con tal rapidez que no supe si habían sobrevivido o se habían convertido en otro puñado de tela desgarrada.

Con la misma agilidad con la que Dante me dejó desnuda, se bajó la cremallera de los pantalones y se los bajó, tirando de su ropa interior hasta la mitad de sus muslos y acercándome más al borde del mueble. Se abalanzó sobre mí con tal fuerza que todo mi cuerpo vibró como si hubiera sido arrastrado por un terremoto.

Me agarré a sus hombros y sentí su aliento en mi cuello mientras, sin una pizca de calma o delicadeza, empujaba su cuerpo

contra el mío, clavándome su verga profundamente, con hambre y fuerza, como si pudiera fundirse.

Deliraba con las oleadas de placer que cada embestida enviaba por mi cuerpo. Eché la cabeza hacia atrás, los ojos se me pusieron en blanco y cerré los labios para evitar un escándalo.

Sus manos recorrían mis muslos, mis piernas y mis pechos, apretando, manoseando y presionando de un modo que aumentaba aún más mi placer.

Lo que más deseaba era que no se detuviera. Tenerlo entre mis piernas era mucho mejor de lo que podía admitir, sobre todo cuando solo teníamos sexo y no nos matábamos en el proceso.

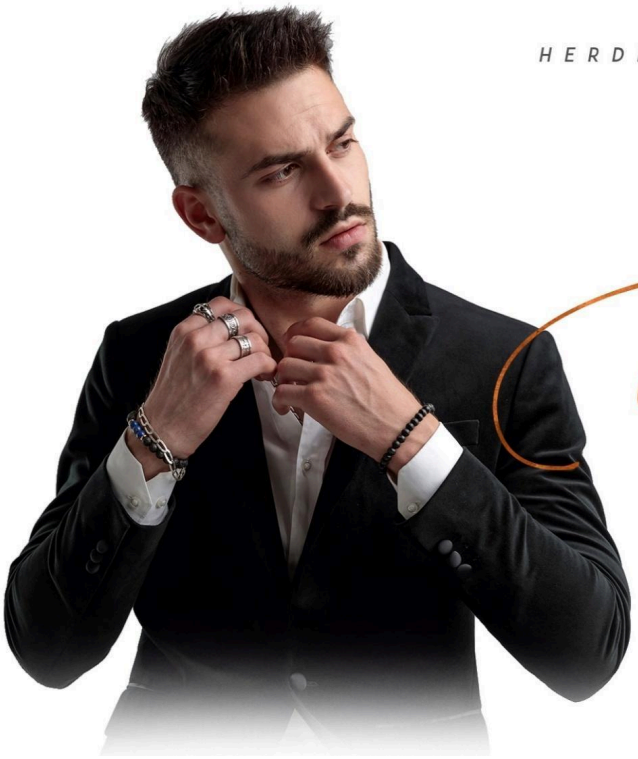
Le oía gemir en voz baja contra el mueble, aumentando su ritmo hasta el punto de que los muebles crujían. Cada vez que su cuerpo chocaba con el mío y luego se deslizaba, me sentía más cerca del clímax.

En el momento en que sus dedos se hundieron en mis nalgas y me empujó profundamente, provocándome espasmos, acabé, rodando sobre la mesa y rindiéndome a la increíble oleada de placer.

Dante tomó mi boca para darme otro beso desenfrenado, aunque ambos nos quedamos sin aliento en cuanto se unió a mi orgasmo.

Ese matrimonio me reportaría unos beneficios muy agradables.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo cincuenta y seis

—¿Por qué la boda no se va a hacer aquí, en Italia? —refunfuñó mi padre cuando le informé sobre la decisión de Liziane.

—Ella insiste en que sea en España.

—Tenemos una tradición.

—Papá —inspiré profundamente, inclinando la cabeza hacia adelante—, ¿prefieres que la boda no suceda?

—¡Por supuesto que no! —gritó—. Mi nieto ya ha pasado demasiado tiempo sin llevar el apellido Bellucci.

—Entonces podemos dejar de lado una iglesia y un salón de fiestas antiguo.

Guardó silencio, refunfuñando por lo bajo. La unión tradicional que él tanto deseaba ya había quedado atrás desde hacía mucho tiempo, porque Liziane y yo habíamos intentado matarnos mutuamente y saltado varias etapas que él consideraba esenciales antes de tener un hijo. Sin embargo, considerando quién era ella y el poder que tenía, algunas excepciones podían permitirse.

—¿Cuándo será la boda? —cedió finalmente al notar que no tenía sentido seguir discutiendo sobre eso.

—En dos semanas.

—¡Perfecto! ¿Dónde?

—En la catedral de Madrid.

—Parece un buen lugar.

—Es bonita y amplia. Estoy seguro de que tendrá espacio para todos nuestros aliados y los de ella.

—¿Y después vendrán a vivir aquí?

—Nos dividiremos entre Italia y España. —No le permití interrumpirme antes de completar la frase—. Son dos territorios que deben ser gobernados.

—Tienes razón.

—Será un buen matrimonio, como se esperaba de alguien como yo. Y como bono, ganamos España y ponemos fin a los conflictos en el Estrecho.

—Esa boda debió haberse hecho mucho antes.

—Lo importante es que se va a hacer.

—Sí...

Mi padre estaba muy apegado a las tradiciones, muchas de las cuales había llevado consigo durante toda la vida y pensaba mantener hasta el final. Intentó transmitírmelas, pero yo era un hombre distinto, tal vez un poco más moderno, y las había adaptado de una forma que tuvieran sentido para mí.

Aunque hubiera responsabilidades, la importancia de una alianza y el estatus, Lorenzo tenía razón. Quería casarme con ella, no solo por el peso de estar al lado de la jefa de la mafia española, sino porque la quería a ella.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo cincuenta y siete

Dos semanas después...

Me giré hacia Miguel cuando apareció en la puerta de la habitación, justo mientras la estilista colocaba el velo y hacía los últimos retoques en mi peinado, que se había deshecho un poco al ponerme el vestido de novia.

—Estás hermosa.

—Gracias —respondí con una sonrisa forzada.

—¿Qué pasa? —preguntó, acercándose al notar mi tensión.

—Aún estoy a tiempo de desistir. Dime que estoy cometiendo una estupidez, que confiar en el italiano es lo más tonto que voy a hacer en mi vida. Voy a terminar convirtiéndome en una esposa prisionera y voy a perder todo por lo que tanto he luchado.

—Tú no vas a permitir que eso suceda.

—No, no voy a hacerlo.

—Entonces, ¿qué es lo que tanto te perturba?

—Enamorarme de él.

Miguel simplemente sonrió, dejando ver en su mirada esa verdad que yo aún no podía admitir.

Ya estaba enamorada del maldito italiano.

—Tienes que decírselo. —Miguel ya no hablaba de mis sentimientos.

—Lo haré después de la fiesta —respondí, colocando instintivamente las manos sobre mi vientre.

—Se va a poner feliz.

—Eso espero.

—¿Lista para salir?

Me giré hacia la estilista, que asintió con la cabeza.

—Estoy lista.

Miguel me ofreció el brazo y le permití guiarme fuera de la habitación. No era mi padre, pero desde mi infancia había sido lo más cercano a uno. Siempre estuvo ahí para cuidarme, protegerme y darme los mejores consejos, o al menos lo intentaba.

Subimos a una limusina blanca, alquilada especialmente para la boda, y tomé el ramo que combinaba rosas rojas y blancas, con hojas y flores silvestres.

Una boda...

Desde que había asumido el mando de la mafia española, me había jurado a mí misma que no me casaría. No quería que ningún hombre me arrebatara el poder que había conquistado con tanto sacrificio. Sin embargo, Miguel tenía razón: mi relación con Dante siempre había sido explosiva, pero había algo más que simple poder.

El chofer condujo por las calles de Madrid hasta la catedral, donde el arzobispo celebraría mi boda, ante la presencia de todos los capos de España e Italia. A pesar de todos mis temores, mis líderes locales estaban satisfechos con el matrimonio. No lo veían como una sumisión ante Italia, sino como la posibilidad de una figura masculina al mando. Aunque me respetaban, nunca habían sido mis mayores admiradores.

Pero una cosa sí podía asegurar: no permitiría que nada cambiara, sin importar lo que ellos pensaran.

Apoyé el ramo en el regazo y llevé ambas manos hacia mi abdomen.

Íbamos a tener otro bebé. Aunque no fue algo planeado, me sentía feliz con la noticia. Aunque pasaría algunos meses más vulnerable, Miguel ya me había defendido antes y podría hacerlo

otra vez. Además, Javier había sido lo mejor que me había pasado en la vida, y sería bueno darle un hermano o hermana.

—¿Se está moviendo? —preguntó Miguel con curiosidad.

—No —respondí con una sonrisa—. Aún es muy pronto.

—¿Estás con expectativa?

—Sí.

—Vas a ser feliz, Lizi. Te lo mereces.

—Gracias —suspiré, volviendo a sujetar el ramo mientras miraba por la ventana hasta que noté que el vehículo se detenía frente a la enorme iglesia.

—Hemos llegado —anunció el chofer, aunque yo ya me había dado cuenta.

Miguel fue el primero en bajar del auto y me ofreció la mano. Entrelacé mis dedos con los suyos y pisé el suelo con el pie derecho.

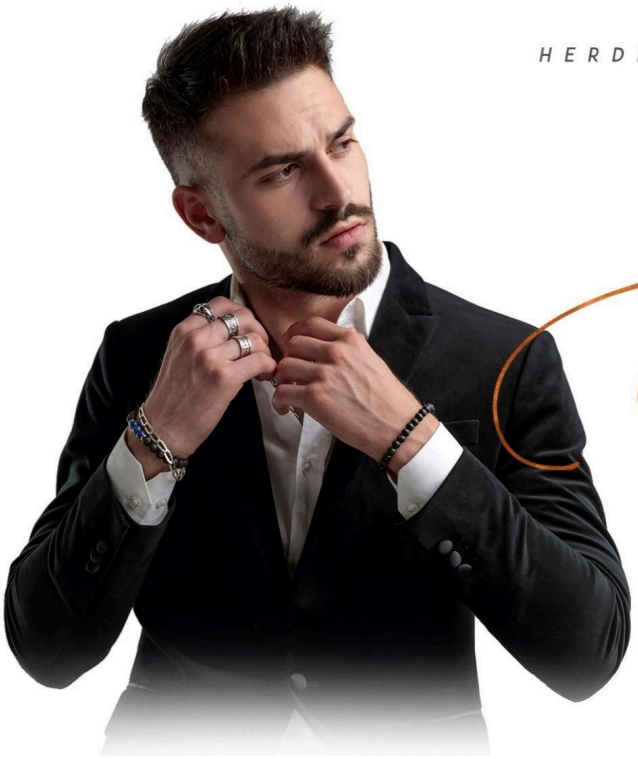
Había muchas personas allí, tanto afuera como dentro de la iglesia. Para todos los efectos, yo era la heredera de una vasta red de empresas por toda la ciudad y el país, al mando desde la muerte de mi padre.

Di algunos pasos, subiendo los escalones de la catedral con Miguel a mi lado, cuando de repente, él me giró, colocándose frente a mí.

Todo fue demasiado rápido, no alcancé a reaccionar. Apenas vi el brillo del cañón del arma entre los curiosos cuando ya se habían disparado los tiros. Dos balas alcanzaron de lleno la espalda de Miguel, que me envolvía con su cuerpo para protegerme.

El impacto fue tan fuerte que lo hizo caer sobre mí y, con los tacones, perdí el equilibrio y caí hacia atrás con él encima. Otros hombres se movilizaron para perseguir al atacante, pero antes de que pudiera procesar lo que había pasado, mi cabeza golpeó el suelo y, con el peso de Miguel sobre mí, perdí el conocimiento.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo cincuenta y ocho

Estaba dentro de la iglesia, esperando en el altar, algo inquieto y ligeramente ansioso, cuando la marcha nupcial empezó a sonar y las puertas dobles finalmente se abrieron. Esperé ver a Liziane cruzar por ellas, pero entonces escuché los disparos.

Estruendosos, secos como un trueno, pero inconfundibles para quien creció escuchando el sonido de las armas de fuego.

—¡Lizi!

No esperé nada más antes de saltar del altar y correr hacia la entrada de la iglesia. Sentí que alguien venía detrás de mí, y cuando me detuve en la puerta, vi que mi padre y mis primos estaban conmigo.

La busqué con la mirada y la encontré inconsciente, bajo una montaña de músculos y huesos. Miguel parecía haber recibido los disparos por ella, pero no tenía certeza, y no logré tranquilizarme.

—¡Thiago, Ettore, atrapen al malnacido que hizo esto! —empecé a dar órdenes—. ¡Lorenzo, necesito una ambulancia, ya!

—Sí. —Fue lo único que escuché que murmuraron.

Quité a Miguel de encima de ella, haciendo que su cuerpo rodara al suelo, y la atraje a mis brazos.

—¡Lizi!

No respondió.

Revisé su cuerpo rápidamente. El hermoso vestido blanco que me habría encantado rasgar estaba sucio de polvo por la caída, pero no había señales de sangre, hasta que pasé la mano por su cabeza y mis dedos se humedecieron con líquido rojo. Mi corazón empezó a latir con aún más fuerza.

—¿Dónde diablos está la ambulancia? —rugí.

—Ya vienen en camino —respondió Lorenzo.

—¡Que se apuren!

—Llevaba puesto un chaleco antibalas. —Escuché decir a mi padre mientras revisaba a Miguel—. Debería recuperar la conciencia pronto.

Pareció pasar una eternidad hasta que escuché las sirenas y vi que una ambulancia se detenía junto a la limusina que había traído a Liziane. Los paramédicos bajaron con una camilla.

—¿Fueron disparos?

—Ella cayó —respondí—. Se golpeó la cabeza y está sangrando.

—Vamos a llevarla al hospital.

A regañadientes, la sacaron de mis brazos y la colocaron en la camilla, pero ninguno de ellos se atrevió a decirme que no podía acompañarla. También colocaron a Miguel dentro del vehículo antes de partir hacia el hospital.

Durante el trayecto, me sentía culpable. Pensaba que debería haber aumentado la seguridad o tomado alguna medida que evitara ese atentado. Liziane y yo teníamos suficientes enemigos como para no querer que nos uniéramos.

Mientras los paramédicos controlaban sus signos vitales, le tomé la mano entre las mías. Sus dedos estaban más fríos de lo normal. Tal vez era el sudor frío en mis palmas, pero era difícil saberlo.

—Lizi, despierta —supliqué, besando el dorso de su mano.

Ni siquiera se movió, y eso hizo que el dolor en mi pecho se intensificara.

—¡Tienen que hacer que despierte! —grité a los paramédicos.

—Ya casi llegamos al hospital. Haremos todo lo posible.

Pero para mí, eso no era suficiente.

La ambulancia se detuvo en el área de emergencias y sacaron las dos camillas del vehículo. Corrí detrás de ellos, pero en cuanto pasamos por una puerta roja con señales de advertencia, un guardia de seguridad me puso la mano en el pecho y me empujó hacia atrás.

—Señor, debe esperar aquí.

—¡Se llevaron a mi esposa! Necesito estar con ella.

—No hay nada que pueda hacer ahora. Tiene que dejar que los médicos trabajen. —Señaló una pequeña sala con algunas sillas —. Puede esperar allí.

—¿Esperar? —repetí, incrédulo. Era lo último que quería hacer en ese momento.

—Apenas tengamos noticias, vendremos a hablar con usted. Por ahora, debe esperar.

Quise golpearlo, preguntarle si tenía idea de con quién estaba hablando, pero estaba demasiado alterado incluso para eso.

Ya había perdido a una prometida antes, pero esta me importaba de verdad, y la sensación era completamente diferente.

Sin opción, me arrastré hasta una de las sillas y me dejé caer en ella, sintiendo cómo mi cuerpo se hundía en el tapizado, hasta que vi a mis padres correr hacia mí.

—¡Dante! —Mi madre me abrazó y yo le devolví el gesto casi sin darme cuenta—. Ella va a estar bien, ¿verdad?

—Tiene que estarlo. —Tragué saliva, sintiendo un sabor amargo invadir mi boca.

Aparté a mi madre y miré a mi padre.

—¿Dónde está mi hijo?

—Con nuestros hombres. Theo lo está vigilando para asegurarse de que esté protegido. Tu hermana y los rusos también están cerca. No le pasará nada.

—No le debería haber pasado nada a Liziane. —Apreté los puños, sintiendo mis uñas clavarse en las palmas mientras la rabia me consumía por dentro.

—Estamos en territorio de ella, no podíamos imaginar...

—Quiero la cabeza de quien hizo esto —lo interrumpí sin dejar que terminara.

—Debes actuar con cautela.

—¡Al diablo la cautela! —grité, haciendo que los demás en la sala de espera del hospital me miraran asustados—. Quiero sangre —agregué, bajando el tono, pero dejando claro mi furia.

No sé si fue una eternidad o apenas unos segundos, pero finalmente un médico se acercó a mí.

—¿Usted debe ser el futuro esposo? —dijo, al notar mi elegante traje y mi apariencia.

—Sí. ¿Puedo verla?

—La están trasladando a una habitación para dejarla en observación. En cuanto esté instalada, podrá subir.

—¿Está bien?

—Tuvo una conmoción. Tiene una inflamación leve en la cabeza, pero esperamos que despierte en algunas horas... o días.

—¿¡Días!?

—Dependerá de su evolución.

Intenté respirar hondo cuando mi madre acarició mi hombro. Todo lo que quería era verla, asegurarme de que estuviera bien.

—El hombre que recibió los disparos ya despertó. Está recibiendo suero, pero por suerte el chaleco absorbió la mayor parte

del impacto. No tiene heridas graves y recibirá el alta en una hora.

Asentí con la cabeza.

Liziane estaría feliz con eso, pero primero tenía que despertar.

El médico me dijo que me llamarían cuando pudiera ir a su habitación y desapareció por el pasillo, dejándome allí, solo con mis padres, un sabor amargo en la boca y una sensación asfixiante oprimiendo mi pecho y mi garganta.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo cincuenta y nueve

—¡Ay! —me quejé, sintiendo cómo mi cabeza palpitaba mientras hacía un esfuerzo por abrir los ojos.

El lugar a mi alrededor era claro, con paredes blancas y lisas, y una televisión justo frente a mí. No se parecía en nada a la catedral de Madrid. Se suponía que debía estar casándome, o quizá ya me había casado, pero me tomó un momento recordar los disparos, a Miguel protegiéndome y la caída.

—¡Liziane!

—¡Dante! —parpadeé varias veces hasta enfocar sus ojos azules y notar que me miraba con una expresión desesperada.

—Estoy en un hospital —deduje por la cama y el suero en mi brazo—. ¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

—Creo que llego tarde a nuestra boda —solté con ironía, y él frunció el ceño.

—Eso no tiene gracia.

—¿Vas a decir que no te alegraste de casi haberte librado de mí?

—Me alegra que hayas despertado —dijo, tomando mi rostro entre sus manos para darme un beso lento, cargado de desesperación, muy distinto a lo que solíamos compartir—. No vuelvas a darme un susto así.

—No puedo prometer nada. —Reí suavemente.

En medio de ese momento de calma, mis recuerdos se fueron aclarando.

—¡Mi hijo!

—Javier está bien —me aseguró Dante—. Mis hombres y los tuyos lo están cuidando. Nadie se acercará a él sin que lo sepamos.

—No hablo de él —dije, bajando la mano hasta mi abdomen. Dante retrocedió un paso, con los ojos bien abiertos, impactado.

—¿Estás embarazada? —preguntó, con la boca entreabierta.

Asentí, aunque el leve movimiento me hizo doler la cabeza de nuevo.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Iba a hacerlo después de la boda. —Sonreí, un poco incómoda.

Dante apretó un botón rojo junto a la cama y, en segundos, una enfermera apareció en la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó al vernos.

—Necesito saber si el bebé está bien. ¡Ahora! —exigió Dante, dejando a la mujer algo desconcertada.

—Llamaré al médico para que ordene una ecografía.

—¡Rápido!

Ella salió casi corriendo por el pasillo.

—¿Desde hace cuánto? —volvió a preguntarme Dante.

—Un mes, casi dos.

—En ese entonces no querías casarte conmigo.

—Es un pequeño detalle.

—Eres mía —dijo, inclinándose para apoyar su frente contra la mía, sosteniéndome con ambas manos.

—Aún no nos casamos. A menos que haya dicho que sí mientras estaba inconsciente.

—Me importa un carajo una ceremonia antigua y un papel —murmuró, antes de besarme de nuevo, y su mano bajó hasta mi vientre justo cuando alguien carraspeó y lo hizo separarse de mí.

Vi al médico en la puerta.

—Vamos a llevarla a hacer la ecografía. ¿Cree que puede levantarse?

—Con ayuda, tal vez —admití. Aún me sentía mareada y con dolor de cabeza.

Dante rodeó la cama y me ofreció la mano. Bajé las piernas con cuidado y me incorporé lentamente, temiendo que si me movía demasiado rápido, todo me diera vueltas y volviera a desmayarme.

Noté que ya no llevaba el vestido de novia, sino una bata del hospital. El médico me entregó un par de pantuflas, y los tres bajamos en el ascensor hasta el área de exámenes.

En la sala, otro médico me esperaba. Me indicó que me recostara en la camilla mientras preparaba el transductor y lo cubría con una funda protectora.

—¿Cuánto tiempo de embarazo? —me preguntó.

—Unas nueve semanas, contando desde mi última menstruación.

Él se acercó a mí con el dispositivo, y Dante resopló, dejándome notar los celos en su mirada.

—¿Qué crees que vas a hacer?

—El examen —respondió el médico, algo confundido.

—¿Metiéndole eso?

—Sí.

—¿Tienes que hacerlo tú?

—¡Dante, cállate! —lo reprendí antes de que convirtiera eso en un escándalo—. ¿Quieres o no saber si nuestro bebé está bien?

—Quiero, pero...

—Puede continuar, doctor —dije, mientras acomodaba las piernas.

Dante apretó la mandíbula, y yo tomé su mano, obligándolo a mirarme. Solo era un examen, no había motivo para exagerar.

Llevé toda mi atención al monitor, donde apareció la imagen de mi útero. Ahí estaba, pequeño aún, pero con forma de tener brazos y piernas.

Finalmente, Dante relajó su postura defensiva y sonrió.

—¿Está bien?

Esa era la única pregunta importante.

—Sí —respondió el médico, y sentí un enorme alivio—. No hay señales de que la caída haya afectado el embarazo.

El hombre ajustó el equipo y, de pronto, se escuchó un sonido fuerte, como un galope.

—¿Qué es eso? —preguntó Dante, inclinándose.

—Su corazón —me atreví a responder.

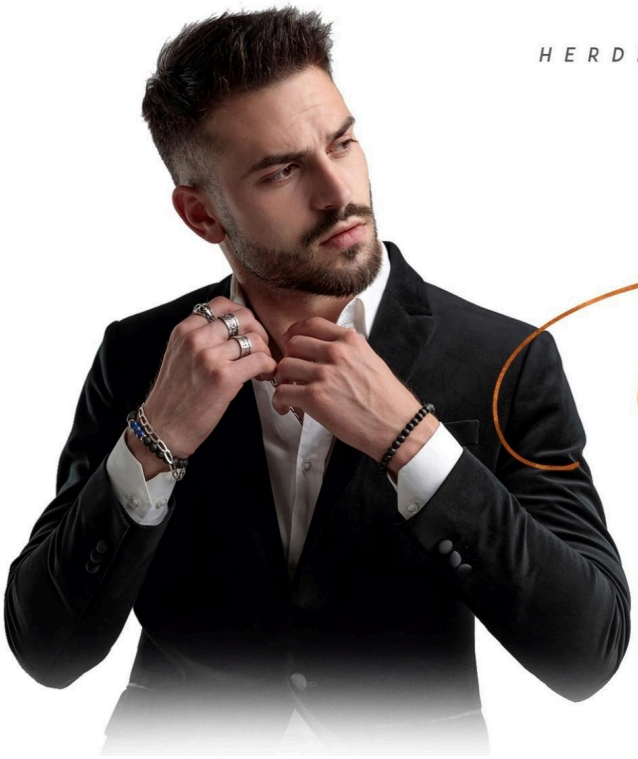
La sonrisa de mi prometido se amplió aún más.

—Este embarazo no me lo voy a perder.

—Ojalá vomite sobre ti —lo provoqué, y el médico soltó una carcajada.

—Valdrá la pena —dijo Dante, colocando su mano sobre mi vientre. Y supe, sin lugar a dudas, cuánto lo alegraba esta noticia.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo sesenta

Me reuní con mis primos en la casa de Liziane en cuanto ella recibió el alta del hospital. Había dejado todo de lado para asegurarme de que estuviera bien, pero eso no significaba que hubiera olvidado mi deseo de vengarme de quienquiera que hubiese intentado matarla.

La ayudé a acomodarse en el sillón, consciente de lo extremadamente cuidadoso que me estaba volviendo, sobre todo después de descubrir que estaba embarazada. Ya teníamos a Javier, pero quería que todo saliera bien con nuestro segundo hijo y que llegara al mundo tan sano como su hermano.

—Estoy bien —dijo, rechazando el cojín que le ofrecí.

Me detuve al lado del sillón, apoyando una mano en el respaldo mientras encaraba a Thiago y Ettore, quienes acababan de entrar en la sala y se colocaban frente a mí.

—Ahora quiero respuestas. ¿Quién fue?

—Tú ya sabes... —murmuró Ettore.

—No estoy aquí para adivinar —dije con fastidio, apretando el respaldo del sillón—. Quiero un nombre.

—Sforza.

—Parece que ya disfrutaron del poder más tiempo del que debían.

—No les hizo ninguna gracia enterarse de que te casarías con la responsable de la muerte de Isabela.

—¿Y decidieron cavar la tumba del resto de su familia?

—No todos los líderes tienen la inteligencia que deberían —dijo Ettore, cruzando los brazos con firmeza.

—¿Puedo encargarme de ellos? —preguntó Thiago, apenas esperando mi aprobación para actuar.

—No solo.

—¡Dante! —Liziane extendió el brazo para tomar el mío, al darse cuenta de lo que significaban mis palabras.

—Les voy a recordar que soy yo quien decide sobre la vida y la muerte en Italia.

—Tienes una boda que atender —me recordó Liziane, y sonreí.

—No te vas a librar de mí, española. Reprograma todo para dentro de dos días. Me encargaré del asunto con los Sforza y vuelvo.

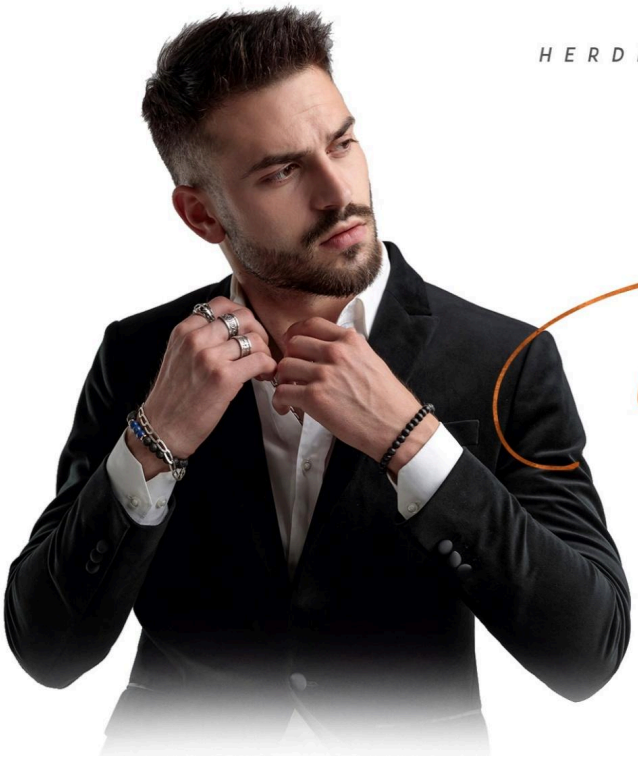
—Ten cuidado.

—Lo tendré.

—No lo olvides —dijo, tomando mi mano y llevándola a su vientre, reforzando aún más uno de los motivos que tenía para regresar.

—No lo haré.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo sesenta y uno

Venganza...

Esa era una palabra que conocíamos muy bien, y que nos motivaba como pocas, aunque al final todos intentaran evitarla. Porque para nosotros, sin importar el precio, iríamos hasta el final.

No creía que haber elegido a Isabela hubiera sido un error, sobre todo porque no sabía de Javier, y mi relación con Liziane nunca había sido la mejor, aunque una pasión incontrolable siempre ardiera entre nosotros. Sin embargo, los Sforza se iban a arrepentir de la decisión que tomaron. Intentar matar a Liziane no era algo que yo perdonaría, por más que creyeran tener el derecho.

Debieron quedarse callados, tragar la pérdida y seguir adelante como una buena familia mafiosa, acatando mis órdenes. Porque actuar en mi contra era un camino sin retorno.

Si no los usaba como ejemplo, pronto tendría que enfrentar futuras rebeliones y capos cuestionando mi autoridad.

Yo era el Don, el jefe, quien dictaba las órdenes. A las demás familias les correspondía acatarlas y mantenerse obedientes. Así, todos ganaban.

Más de treinta años atrás, antes de que yo naciera, mi padre había quitado el poder a los rusos y se lo había devuelto a los Sforza, bajo un juramento de sangre que exigía obediencia incuestionable. Pero ellos habían fallado, y ahora tendrían que afrontar las consecuencias.

Bajé del auto, ajusté mi traje y tomé mi arma, revisando una vez más que el cargador estuviera lleno.

Yo era el jefe. No necesitaba ensuciarme las manos. Thiago perfectamente podía acabar con todos ellos sin mi ayuda. Pero esta

vez habían ido demasiado lejos. Estuvieron a punto de hacerme perder a mi segundo hijo. Y eso no iba a perdonarlo.

—Bellucci... —balbuceó uno de los guardias que vigilaban la entrada de la mansión de los Sforza, en Milán.

Sus ojos se abrieron como platos al vernos, pero no debía sorprenderse ante nuestra presencia, considerando las órdenes que sus jefes habían dado para asesinar a mi prometida.

—Voy a avisar...

Su frase no se completó. Un disparo mío le atravesó la frente antes de que pudiera pensarlo siquiera. Cayó de rodillas, desplomándose sin vida.

—Hoy vienes con ganas de divertirte —ironizó Thiago.

—Vengo a asegurarme de que nunca más se atrevan a acercarse a mi familia.

—También me sirve. —Se encogió de hombros.

Retrocedí unos pasos cuando Ettore se acercó al portón de hierro y colocó una pequeña carga explosiva sobre la cerradura, haciéndola estallar segundos después para que pudiéramos entrar.

Aunque estaba sediento de venganza, me moví con cautela. Dejé que mis hombres avanzaran primero.

Había hecho una promesa a Liziane y debía regresar entero para nuestra boda.

Escuché los disparos y me refugié detrás de una columna de concreto, cerca del área de la piscina.

Los Sforza ya habían advertido nuestra entrada y respondían el fuego. Eran lo bastante astutos para entender que no estábamos allí para negociar.

—Déjenme a Andrea —ordené a través del comunicador que usábamos entre mis primos y yo.

—Como quieras —respondió Thiago.

Me incliné y vi a uno de sus hombres apuntándome. Disparé y le acerté en el brazo, haciéndolo caer hacia atrás. Me cubrí de nuevo justo cuando tres balas impactaron en la columna.

Aunque mi traje era antibalas, no pensaba arriesgarme a que sus municiones fueran perforantes ni iba a ofrecer mi cabeza como blanco.

Una ráfaga de disparos ensordecedora resonó por toda la propiedad, reverberando como un trueno que sacudía mi mente.

Dos de mis hombres avanzaron, haciéndome una señal para que los siguiera. Vi dos cuerpos en el suelo y rematé a otro herido antes de que cruzáramos hacia la casa.

Adentro todo estaba demasiado silencioso, a pesar de los gritos que había escuchado momentos antes.

Vi a un tipo armado en la escalera. Le disparé antes de que pudiera apretar el gatillo, pero en ese instante recibí un disparo en la espalda. Solo sentí el impacto.

Gracias a la tecnología de los trajes, las balas no se absorbían como en un chaleco: rebotaban, lo que disminuía el daño. Aun así, la fuerza era suficiente para tambalearme.

Me giré y disparé al atacante que se ocultaba detrás del sofá.

Escuché pasos. Me volteé y vi a Thiago bajando las escaleras, arrastrando al líder de los Sforza por el cuello de la camisa. Lo lanzó a mis pies.

—Todo tuyo.

—¡Hijo de puta! —Le di una patada en la cara. Andrea cayó hacia atrás, aturdido, y antes de que pudiera levantarse, lo golpeé de nuevo, haciendo que cayera de culo sobre los vidrios rotos esparcidos por el suelo.

—¿Esperabas que lo dejara pasar así como así? —escupió sangre, mirándome con furia.

—Era lo más sensato.

—¡Esa puta española mató a mi hija!

—Isabela fue solo un daño colateral en un mundo que tú y yo conocemos demasiado bien.

—Hablas como si no te importara.

—Tu familia había recuperado el prestigio y el poder. Pero tú lo arruinaste todo al ordenar matar a Liziane el día de nuestra boda.

—No iba a permitir que te casaras con ella.

Le disparé en el pie. Gritó de dolor.

—Lástima que no vivas lo suficiente como para aprender que soy yo quien decide.

—Ella no era digna de ocupar el lugar de mi hija.

Otro disparo, esta vez a la rodilla, lo hizo retroceder a rastras.

La muerte de Andrea dejaría un mensaje claro para cualquiera que pensara en desafiarme. Yo no tenía piedad ni perdón para los traidores.

Le disparé en el hombro. Cayó al suelo, revolcándose de dolor. Podría haberle volado la cabeza y acabar rápido con su sufrimiento, pero no. Él tenía que sufrir como yo sufrí cuando pensé que Liziane podía estar muerta.

Me agaché, lo tomé del cuello y lo levanté en el aire. Se retorcía mientras lo sostenía, mirando cómo la vida se le escapaba por los ojos.

—Cuando estés en el infierno, recuerda elegir mejor a tus enemigos. —Lo lancé contra la mesa de centro, que se partió en dos.

Andrea me miró una última vez, antes de soltar su último aliento.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Lizian

Capítulo sesenta y dos

Sentí cierto alivio al pisar la iglesia días después y mirar a mi alrededor, asegurándome de que no había nadie más escondido entre las sombras, esperando el momento oportuno para atacarme.

Ya debería haberme acostumbrado a que intentaran matarme, pero nunca era fácil. A veces uno se deja llevar por la ilusión de que todo está bien y que no hay nada de qué preocuparse. Y sin embargo, ya debería haber aprendido que bajar la guardia es un error monumental.

—La seguridad fue reforzada —aseguró Miguel, caminando lentamente a mi lado hacia el altar—. Ninguna amenaza se va a acercar a ti.

Confiaba en él, y sabía que Dante ya se había encargado de quienes intentaron asesinarme. Aun así, el hecho de estar embarazada hacía que mi instinto de autoprotección se activara con más fuerza. No quería que nada malo me pasara, ni a mí ni al bebé.

—Por fin —susurró el italiano cuando me detuve frente a él y levanté la cabeza para mirarlo.

—Así parece que estabas desesperado por casarte.

—¿Y tú no?

—Tal vez —respondí, encogiéndome de hombros.

—Te amo, española. —Soltó de pronto, tomándome completamente por sorpresa y sacándome una sonrisa.

—Yo también te amo —confesé algo que había guardado muy dentro de mí.

Saludó a Miguel y me ofreció el brazo. Caminamos juntos hasta el altar, donde el Arzobispo ya nos esperaba para comenzar la ceremonia.

—Estamos aquí reunidos...

La voz del celebrante empezó a desvanecerse en el fondo de mi mente mientras observaba a Dante parado junto a mí. Luego giré la cabeza lentamente y vi a nuestro hijo sentado en la primera fila con la niñera.

Dante era la prueba más clara de que el amor y el odio pueden estar mucho más cerca de lo que creemos. No voy a negar que en el fondo seguía teniendo algo de miedo, de duda, por el matrimonio, por lo que podría venir después, por mantener el poder. Pero aun así, era feliz. Esa elección, aunque implicaba un enorme juego de poder, hacía que mi corazón latiera con fuerza y me temblaran las piernas.

Dante besó el dorso de mi mano mientras deslizaba el anillo de bodas en mi dedo, y yo hice lo mismo con el suyo, prometiendo en voz alta que estaríamos juntos hasta que la muerte nos separara.

Después de la ceremonia, salimos de la iglesia bajo una lluvia de arroz y pétalos de rosas blancas, hasta llegar a la limusina que nos esperaba afuera. El chofer abrió la puerta y nos acomodamos en el asiento trasero.

—Ya no hay nada que discutir, ahora eres mía, hasta en el nombre —dijo con una sonrisa burlona, mientras me miraba.

Le lancé el ramo a la cara en medio de una carcajada.

—Más bien tú eres mío.

—El matrimonio es de ida y vuelta, al final —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Ya te dije que hablas demasiado?

—Hay formas muy placenteras de hacerme callar. —Me lanzó una mirada lasciva.

—Atrevido —murmuré mientras me acomodaba sobre su regazo, levantando con cuidado la pesada falda del vestido.

—¿Solo yo? —Acercó sus labios a mi oído y sopló suavemente, haciéndome estremecer.

—Sí...

—No te lo crees ni tú.

Me levantó la falda y me bajó las bragas de encaje blanco, forzándolas hasta que la fina tela reventó.

—¡Tenemos una fiesta! Tengo que llegar vestida.

—Nadie sabrá que estás sin bragas. Solo yo... —Jugó con las yemas de sus dedos en mi vulva de una forma que me excitó aún más y me hizo revolcarme en su regazo pidiendo más.

Dante se bajó la cremallera de los pantalones y yo le empujé los hombros hacia atrás, apretándolo contra el respaldo del asiento, mientras me levantaba por las caderas y bajaba con fuerza, empalándome de una forma que me hizo sucumbir y estremecerme. Aún no estaba lo bastante mojada, lo que me causó un poco de incomodidad pero una fricción aún más deliciosa.

Sus firmes manos me agarraron el culo por debajo del vestido, cruzadas por las tiras del liguero mientras me hacían rebotar sobre su regazo. Incliné la cabeza hacia la suya, buscando sus labios, besándolo con fuego y deseo mientras me revolvía aún más intensamente en su regazo.

Me mordió el cuello mientras deslizaba su boca por él y gemí aún más fuerte, apretándolo dentro de mí de tal manera que el placer se hizo aún más enloquecedor.

Sus dedos se hundieron aún más en mis nalgas.

—No eyacules sobre mí —murmuré.

—¿Por qué no?

—No quiero llegar al salón toda pegoteada.

—Maldita... —Le tapé los labios con un dedo levantado para que se callara.

—Será mejor que no te atrevas.

—Eres cruel —gimió en tono de rebeldía, mientras me hacía rebotar sobre su verga.

—Ya lo sabías cuando decidiste casarte. —Volví a enredar mi lengua en la suya y él rió contra mis labios, aumentando el ritmo.

Dante me agarró de la cintura y me hizo girar, tumbándome de espaldas sobre el asiento, sin importarle si me estropeaba o no el peinado, y empujó más rápido, más fuerte, en una búsqueda desenfrenada de placer a la que yo ya estaba acostumbrada.

Ya casi estaba llegando, cuando se apartó de mí y envolvió su verga en el pañuelo que llevaba en el bolsillo.

Tomé su otra mano y la puse sobre mi clítoris, haciendo que me masturbara hasta que yo también llegué al orgasmo.

Me removí en el asiento, dejando escapar un suspiro en medio de una sonrisa de satisfacción.

Tardé un rato en recuperarme antes de levantarme, arreglándome el vestido y el pelo.

—Ahora podemos dar la bienvenida a nuestros invitados.

—Tendrás un descanso de mí hasta la noche. —Dante se ajustó los pantalones mientras se humedecía los labios.

—¿Crees que aún puedes hacer algo por la noche?

—Acabaré contigo —amenazó.

—Ya veremos. —Reí por lo bajo, burlándome de él.

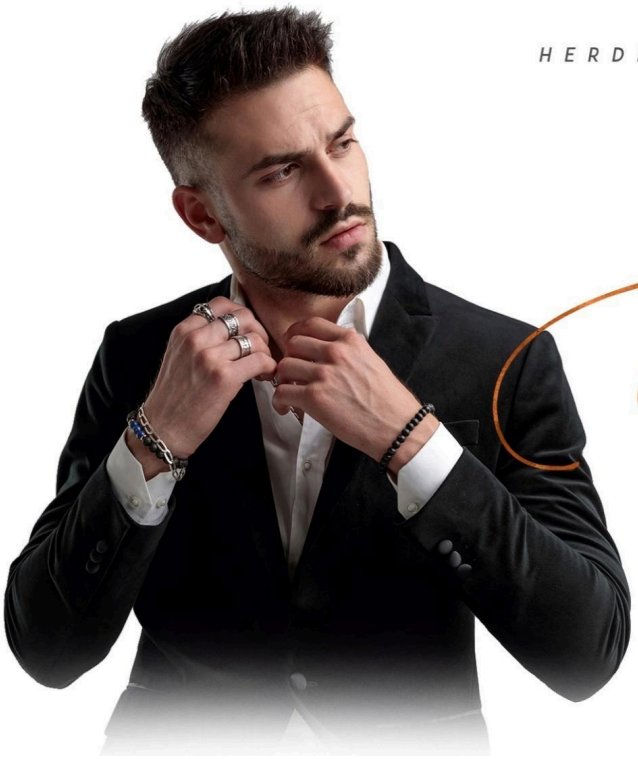
Antes de que pudiera decir algo más, la limusina se detuvo y el chofer tocó la puerta antes de abrirla, evitando sorprendernos en pleno acto. Aunque no podía ver lo que ocurría en el asiento trasero, imaginaba que los sonidos bastaban para delatarnos.

Tomada del brazo de Dante, entré al salón de fiestas donde recibiríamos a nuestros invitados: familiares, allegados y, sobre todo,

los socios comerciales que habían venido a presenciar en persona la unión de España con Italia.

Todos estaban ansiosos por saber cómo serían los negocios a partir de ahora, pero Dante y yo teníamos un acuerdo… y yo esperaba que él lo cumpliera.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Capítulo sesenta y tres

Meses después...

—¿Dónde está? —Entré corriendo a la mansión en España tan rápido como pude.

No quería dejarla sola justo al final del embarazo, pero había asuntos en Italia que no podían esperar y requerían de mi presencia urgente.

Nuestra hija no debía nacer al menos en dos semanas, así que pensé que un viaje de ida y vuelta el mismo día no traería consecuencias, hasta que recibí una llamada de Miguel avisándome que Liziane había entrado en trabajo de parto.

Ya me había perdido el nacimiento de Javier y no podía permitir que eso sucediera otra vez.

—En la habitación —indicó Miguel, señalando hacia el piso de arriba.

—¿Ya llegó el equipo médico?

—Sí, están con ella. Solo faltas tú.

Subí las escaleras con pasos largos, casi saltando los escalones, mientras me quitaba el saco, que terminé dejando apoyado en la puerta en cuanto entré en la habitación. Liziane estaba en uno de los cuartos de huéspedes que habíamos acondicionado para el parto. Mi esposa, terca como siempre, había insistido en dar a luz en casa en vez de ir a un hospital.

Ya había aprendido que discutir con ella nunca daba buenos resultados. Además, no me importaba mientras ella se sintiera lo más cómoda posible.

Liziane estaba en una bañera redonda, vestida solo con la parte superior del bikini, y dos mujeres la acompañaban, observando con atención mientras ella hacía muecas de dolor.

—Dante —dijo con los ojos brillantes al verme entrar—. Pensé que no llegarías a tiempo.

—No me perdería este momento por nada —le aseguré, mientras me quitaba la ropa, quedándome solo en calzoncillos para meterme en la bañera y abrazarla por detrás, envolviendo con cuidado su vientre abultado.

Liziane me clavó las uñas en los brazos mientras gritaba, seguramente por una de las contracciones.

—¿Te han anestesiado? —le pregunté, preocupado, mientras la oía jadear.

—¿Crees que la necesito?

—¡Qué terca eres!

—Si tienes miedo, puedes esperar afuera.

—No me voy a ningún lado.

—¡Ahhh! —volvió a gritar, y no supe si el agua que corría por su frente era de la bañera o sudor por el esfuerzo físico.

Liziane era fuerte, dura, y estaba seguro de que lo lograría.

Le masajeé el vientre y besé su cuello mientras ella empujaba con todas sus fuerzas para que nuestra hija viniera al mundo.

—Ahhhhh...

—Te amo —murmuré junto a su oído.

—Yo también te amo —respondió, entre jadeos.

Cada vez que gritaba o apretaba con fuerza mi brazo, deseaba poder tomar al menos una parte de su dolor.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que Liziane se dejó caer sobre mí, completamente exhausta, y entonces escuché el llanto de nuestra hija.

Una de las mujeres la tomó, la limpió y la envolvió en una manta antes de entregárnosla.

Liziane todavía respiraba con dificultad, pero alternó su mirada entre mí y la niña antes de sonreír.

—Es hermosa.

—Tanto como tú —dije, inclinándome para besar la frente de la bebé.

Nos quedamos en silencio, mirando a nuestra hija, hasta que Liziane volvió a hablar.

—España seguirá en manos de mujeres.

—¿Ah, sí? —Fruncí el ceño—. Ya veremos qué opina Javier de eso.

Ella esbozó una gran sonrisa y la besé.

La sucesión de la mafia no parecía tan importante en ese momento. Solo quería pensar en ella y en la familia que habíamos construido juntos.

—¿Cómo la vamos a llamar?

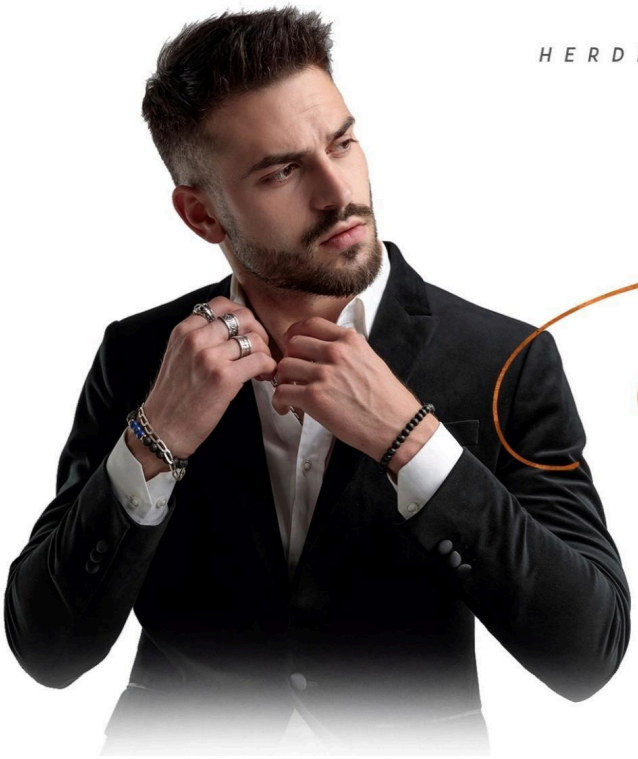
—Rosario —dijo Liziane, sin dejar de mirar a nuestra hija—. Rosi.

—Como mi abuela —respondí, emocionado por la elección.

—Sí.

—Es un nombre hermoso —dije, mientras acariciaba a ambas.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO



Dante

Epílogo

Diez años después...

Desde niño aprendí que no había nada más importante que *la famiglia*. Nada nos movía más que la sangre, y debíamos honrarla hasta el final, sin importar las circunstancias.

La mafia era una gran familia, sí, pero la que teníamos en casa era la más importante de todas. Esa era una lección que estaba transmitiendo a mis hijos. Quería que los cuatro entendieran que, pase lo que pase, la familia era el bien más valioso.

Mataríamos y moriríamos los unos por los otros.

—Levanta la cabeza, ojos fijos en el objetivo —dije, mientras levantaba el mentón de Rosi y corregía la posición de sus pequeñas manos alrededor del cañón del revólver.

—Está bien, papá.

—¿Lista? —Me posicioné detrás de ella, preparado para sostener su cuerpo si se echaba hacia atrás por el retroceso.

—Sí.

—Quita el seguro, apunta y aprieta el gatillo.

Vi cómo enfocaba el objetivo al fondo del galpón y disparaba. Falló, pero aún tenía mucho tiempo para aprender antes de que realmente necesitara usar un arma.

—Javier lo hace mejor —refunfuñó, torciendo los labios. Tenía un carácter fuerte como el de su madre, y seguramente me haría pasar algunos dolores de cabeza, pero eso solo lograba que la amara más.

—Javier es mayor y entrena desde hace más tiempo que tú. Solo necesitas un poco de paciencia, también vas a hacerlo bien.

—Voy a intentarlo de nuevo —dijo, y se preparó para disparar otra vez. Esta vez el tiro fue un poco más cercano al blanco.

Antes de que Rosario pudiera hacer otro disparo, Liziane apareció con nuestro hijo menor, Manuel, en brazos. Tenía poco más de seis meses y seguía siendo muy dependiente de ella, mientras que Alma, de cinco años, ya empezaba a mostrar señales claras de su independencia.

—¡Mamá! —Rosi me entregó el arma y corrió hacia ella.

—No te preocupes, después les vamos a mostrar a los chicos de lo que somos capaces.

—¡Sí!

Liziane me guiñó un ojo y yo negué con la cabeza.

—Tu abuela está esperando. Pueden seguir entrenando después.

—¿Han llegado ya mis hermanas?

—Solo Manuela no está aún en la mansión, pero al parecer, llegará en unos minutos. El avión ya aterrizó.

—Está bien. —Me acerqué a ella y extendí los brazos para recibir a Manuel en mi pecho.

La familia había crecido mucho en los últimos años, sobre todo después de que todos se casaran, y reuniones como aquella, con cada miembro de la familia Bellucci presente, se habían vuelto más raras. Sin embargo, sabía que mientras mi abuela siguiera viva y lúcida, haría lo posible por mantener viva esa tradición, recordándonos que no importaba cuán crueles fuéramos para lograr nuestros objetivos: siempre tendríamos la presencia y el amor de la familia.

Manuel jugaba con el cuello de mi camisa mientras caminábamos hacia el jardín, donde la mesa había tenido que dividirse en tres porque ya no cabíamos todos los hijos, nietos y bisnietos juntos en una sola.

Pero lo único que importaba era que estábamos todos ahí.

Puse a mi hijo en su silla alta y me giré para saludar a Pietra. Noté que su barriga había crecido desde la última vez que nos habíamos visto. Aún era sutil, pero para un buen observador, ya era evidente.

—¿Estás embarazada?

—Esta vez fue por completo un descuido —respondió con una risita nerviosa, mientras se tocaba el vientre. Su marido, como siempre, se mantenía serio detrás de ella, observándome en silencio.

Rusos...

—La abstinencia es un excelente método anticonceptivo, ¿sabías?

—No digas tonterías. —Me dio una palmadita en el brazo.

—No me gusta pensar en mi hermanita teniendo sexo.

—Entonces no lo pienses —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Dónde están los niños? —Cambié de tema.

—¿Niños? Realmente te quedaste en el tiempo, y luego criticas a papá. ¡Ya son muchachos!

Pietra llamó a sus hijos y vi a dos adolescentes rubios acercarse.

Uno de ellos ya era más alto que yo y el otro no tardaría mucho en alcanzarme. El mayor tenía la misma expresión seria que su padre, y algunos tatuajes similares. Me pregunté qué tanto ya habrían hecho y cuánto se habrían involucrado en los asuntos de la mafia rusa.

Los hijos de Pietra no eran los únicos que ya habían dejado la niñez atrás; los de Perla también estaban grandes y ya no actuaban como niños.

Algunos de los más pequeños aún no tenían edad para jugar con los míos, pero los mayores, si aún no habían tomado posiciones dentro del negocio, lo harían pronto.

Cuando miré a Javier, con poco más de catorce años, me di cuenta de que yo también me estaba haciendo viejo, y que pronto sería él quien tomara mi lugar, así como Rosario cuidaría de la mafia española junto a su hermano.

Al final, el tiempo pasaba más rápido de lo que me gustaba admitir.

Corrí la silla en la cabecera de la mesa, el lugar donde me sentaba con frecuencia, y le hice una señal a mi abuela para que se acomodara en ella. Los años habían dejado huella en su forma de caminar y en sus gestos, pero para nosotros seguía tan firme como siempre.

Observé cómo los demás tomaban asiento: mis dos hermanas, mi prima Manuela, Lorenzo, Thiago, Ettore, Nicolae, Nina, Giovane y por último, yo. Estábamos allí, exactamente como lo hacíamos cuando éramos niños. Reunidos con nuestros padres, recordándonos que nada de lo que hacíamos era más importante que eso.

Y era una lección que esperaba que los próximos treinta Bellucci supieran siempre.

¡Fin!

Sobre el autor

Jéssica Macedo, de 29 años, es una de las jóvenes más prometedoras del país, según Forbes Brasil. Vive en Belo Horizonte, Minas Gerais. Desde su apartamento, acompañada de su esposo y tres gatos, produce una serie de libros de fantasía, romances de época y contemporáneos, y, sobre todo, novelas eróticas, un verdadero fenómeno editorial entre las mujeres, con rápidas ventas en plataformas digitales.

Autora superventas en Amazon, comenzó su trayectoria literaria a los nueve años y se autoproclamó autora a los 14, con el lanzamiento de su primer libro, "O Vale das Sombras". Con más de 100 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Contribuyó a la adaptación de una de sus novelas, "Eternamente Minha", a una película distribuida en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es la figura principal de un equipo de autoras, en su mayoría mujeres, que conforman el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de su experiencia con otras editoriales.

Descubre otros libros de la autora en redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/



Sitio web del autor en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY

Leer También



link =>https://amzn.eu/d/dTD73Um

Sinossi:

Jennifer nunca creyó en el destino, pero este parece empeñado en unirla a Leonardo...

Después de conocerlo en el instituto cuando aún eran adolescentes, despreciarlo y ver cómo todo se desmoronaba justo cuando por fin se atrevió a confesar lo que sentía, Jennifer pensó que no volvería a cruzarse con él jamás. Sin embargo, el destino tenía otros planes para ellos.

Al comenzar a trabajar en un importante proyecto, Jennifer se topa con el último jefe que habría imaginado: el primer hombre que conquistó su corazón y al que no veía desde hacía más de una década. No obstante, muchas cosas han sucedido en todos esos años lejos el uno del otro.

¿Quedará todavía algo de amor entre ellos o ambos habrán seguido ya con sus vidas?


Mía
POR CONTRATO
Familia Mazzi • Libro 1
JÉSSICA MACEDO
Grupo Editorial
Portal



link => https://amzn.eu/d/3Wqglvb

Sinossi:

Casarme era algo que nunca había imaginado hacer. La soltería me ofrecía muchas ventajas y las disfrutaba mucho.

Nací en el seno de una familia influyente que poseía una compañía aérea y siempre lo tuve todo, pero la política me dio el poder. Sin embargo, siempre he sido un hombre muy ambicioso.

Quería más, quería la presidencia del país.

Yo creía que era la mejor opción, no sólo por mi ego, sino por mis logros políticos. Sin embargo, muchos miembros del partido

parecían no estar de acuerdo con mi candidatura.

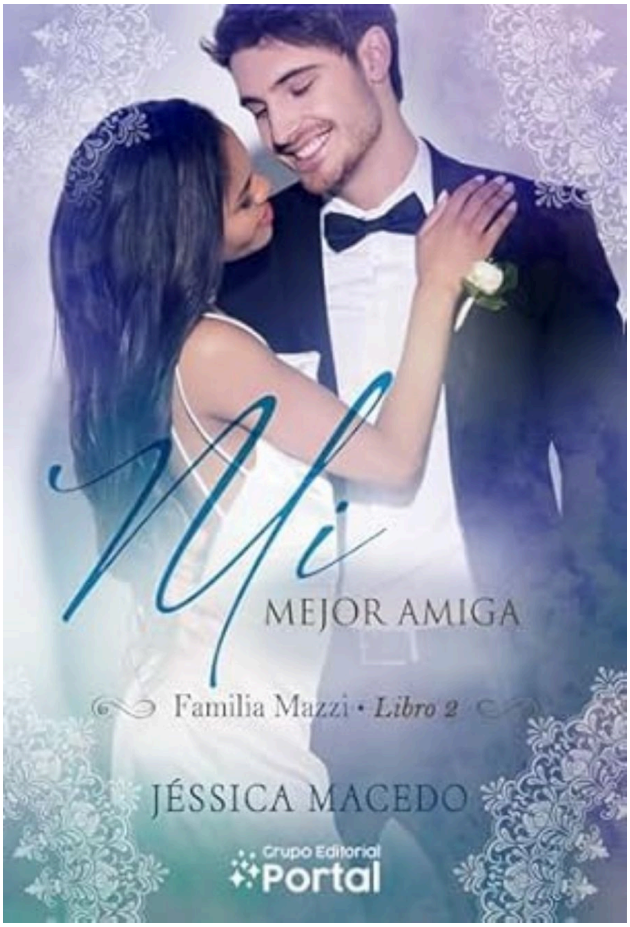
No era el hombre perfecto a sus ojos, incluso con todo su dinero e influencia. Habrían preferido otro candidato, alguien que favoreciera los valores tradicionales, un hombre comprometido con su familia.

Tenía que casarme.

Pero el dinero podía solucionarlo todo, sin que yo tuviera que cambiar mi estilo de vida. Un matrimonio por contrato era lo que necesitaba.

Penélope es doce años más joven que yo, ingenua, pobre y fácil de moldear. A mi lado, sería la decoración perfecta. Nunca tuvo nada y se comportaría para mantener el mundo que yo le ofrecía

Lo controlaría todo, como siempre he hecho. Pero no podía prever que ella sería capaz de infiltrarse en las barreras de mi corazón.



link => https://amzn.eu/d/8cspI6K

Sinossi:

Excéntrico, insensible, grosero, maleducado. Estos eran algunos de los muchos adjetivos que la gente utilizaba para describirme, pero pocos me conocían realmente.

Nacido en el seno de una familia adinerada propietaria de una gran compañía aérea, siempre estuve a la sombra de mi hermano mayor, pero no me importaba porque, a diferencia de Maxwell, a quien le gustaba el protagonismo, yo prefería mantenerme alejada del resto del mundo.

Aunque la reclusión era mi mejor estilo de vida, mi mayor pasión me llevaba a socializar con la gente, aunque la mayoría de las

veces no supieran cómo lidiar con mis "extrañas" maneras de relacionarme.

Director general de una compañía de danza de Broadway, solían tacharme de insensible porque me resultaba muy difícil relacionarme con los empleados. Entonces apareció ella, el puente entre el resto del mundo y yo.

Aline era mucho más que una secretaria, se convirtió en mi mejor y única amiga. Era una relación que no quería perder por nada del mundo. No podía dejar que la atracción que sentía por ella la alejara de mí.

Red social (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/
Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/
Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/
Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br